Patrick Lapeyre

La vida es breve y el deseo infinito

DESTINO

Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Créditos

1

El sol sin viento empieza a quemar. El coche blanco está aparcado al pie de la carretera, a la entrada de una cañada bordeada de arbustos y de matorrales de helechos.

En el coche, un hombre con los pelos de punta parece estar durmiendo con los ojos abiertos y la cabeza apoyada en la ventanilla. Es moreno, de ojos oscuros, con largas pestañas muy finas que parecen pestañas de niño.

Se llama Blériot, hace poco que cumplió cuarenta y uno, y hoy —día de la Ascensión— lleva una corbatita de cuero negro y va calzado con unas Converse rojas.

Los pocos coches que circulan por la carretera parecen ondular en la calina mientras él, inmóvil, sigue escrutando el paisaje —los pastos, los rebaños que buscan la sombra—, como si mentalmente estuviera contando los animales. Luego, sin interrumpir en ningún momento el hilo de su atención, acaba por salir del coche, hace unos someros ejercicios de estiramiento, se masajea los riñones entumecidos y se sienta sobre la capota, con las piernas cruzadas.

En un momento dado, dentro del coche suena su teléfono. Pero él no se mueve. Es como si no estuviera allí.

Blériot adquirió esta extraña facultad de estar a la vez presente y ausente sin entrenarse ni esforzarse, simplemente escuchando casualmente algún fragmento de piano mientras observaba las ventanas de sus vecinos.

Más adelante se dio cuenta de que se apañaba con cualquier sonido, siempre que mirase fijamente un punto a media distancia y dejase de respirar, como un nadador que padece una crisis de apnea.

Y eso es exactamente lo que está haciendo ahora, hasta que siente que los pulmones le van a estallar y no le queda más remedio que respirar.

De repente se siente ligero e imprevisible, mientras la sangre va refluyendo hacia sus extremidades.

Entonces enciende un cigarrillo y en el mismo instante se da cuenta de que lleva dos días sin comer nada.

Recorre en el coche una treintena de kilómetros en busca de un restaurante medianamente apetecible, y, ya cansado, acaba por aparcar ante un edificio de una sola planta rodeado de una terraza de madera y cinco o seis palmeras polvorientas.

Dentro, el aire es húmedo, y no circula, pese a las ventanas abiertas y el gran ventilador azul que descansa sobre el mostrador.

A estas horas en el comedor ya casi no hay nadie, salvo un trío de camioneros españoles y una pareja fatigada que parece haber perdido las ganas de hablarse. El aire que remueve el ventilador barre de abajo arriba el rostro de una camarera atareada tras la barra, y le alborota la

rubia melena.

Es un día cualquiera de principios de verano; un día en que Blériot, que no espera nada ni a nadie, mientras se come las crudités calcula a qué hora llegará a la vista de las estribaciones de los Cévennes, cuando la llamada musical de su móvil —parecida a las trompetas del destino— vuelve a sonar en la tarde vacía.

Louis, soy yo, dice enseguida Nora con su voz frágil y velada que él reconocería entre mil, en este momento estoy en Amiens, en casa de unos amigos ingleses. En principio, dentro de unos días estaré en París.

¿En París? pregunta él levantándose precipitadamente para ir al lavabo, al abrigo de oídos indiscretos.

Ella le llama desde un café frente a la estación.

¿Y tú?, le pregunta, ¿dónde estás?

¿Que dónde estoy? repite él, porque suele pensar despacio, tan despacio que en general es el último en enterarse de lo que pasa en su propia vida.

Voy a visitar a mis padres y estoy comiendo no sé dónde, cerca de Rodez, empieza a decir, antes de darse cuenta —sus labios siguen moviéndose en el vacío— de que la llamada se ha cortado.

Intenta reestablecer el contacto varias veces, pero invariablemente se encuentra con la misma voz grabada: *Please, leave a message after the bip*.

En ese instante la luz del lavabo se apaga y Blériot se queda de pie a oscuras, con el teléfono en la mano, sin buscar el interruptor ni intentar siquiera abrir la puerta, como si necesitase recogerse en la oscuridad para comprender qué le está pasando.

Porque llevaba dos años esperando esa llamada.

Cuando vuelve a su mesa, permanece por un rato con los brazos caídos ante su plato, sintiendo como un ligero acceso de fiebre, acompañada de escalofríos.

Quizá hay chicas que desaparecen para tener el placer de regresar un día, piensa mientras busca la servilleta.

Entonces pide otro vaso de vino y se dispone a despachar el plato de carne fría, procurando que no se le note nada, manteniendo esa expresión un poco preocupada con la que suele ocultar sus emociones.

Mientras los camioneros españoles han comenzado una partida de cartas —detrás de él, la pareja en crisis sigue sin decirse ni palabra—, él se mantiene erguido en su silla, en plena posesión de sí mismo, y, salvo por un ligero temblor en las manos, nada delata en qué perplejidad, en qué estado emocional le ha dejado esa llamada.

Vuelto hacia la ventana, frunciendo el ceño a la luz exterior, Blériot experimenta dos sentimientos contradictorios, y se pregunta si el segundo, la excitación, no será una especie de pantalla o de añagaza

para velar el primero, que no tiene nombre pero que parece una mezcla de presagio y de miedo a sufrir.

Pero al mismo tiempo, cuanto más se dice esto, más crece su excitación, como para desviarle de su aprensión y mostrarle qué suerte tiene de poder volver a verla en París.

Antes de subir al coche, la llama otra vez con el móvil, con el mismo resultado. Vuelve a escuchar el mensaje en inglés. Lo que casi le alivia, dado lo indeciso que está.

Como ha tomado la prudente decisión de no cambiar sus planes inmediatos, a continuación telefonea a sus padres para decirles que llegará a su casa hacia el anochecer, y luego llama a su mujer, para nada en concreto, sólo para hablar con ella y de paso comprobar que no está al tanto de nada.

¿Diga? dice la voz de su esposa. En ese instante Blériot siente que le fallan las piernas como si de repente estuviera exhausto, y tiene el tiempo justo para colgar.

Es el calor, piensa, al ver delante de él a la pareja en crisis que se va en un coupé rojo, como Jack Palance y Brigitte Bardot.

Luego se queda unos minutos encerrado en su coche, sintiendo una ligera náusea. Mientras ve desfilar los camiones por la carretera entre las dos hileras de plátanos, trata de recordar dónde vio a Nora por última vez, hace dos años, y se da cuenta de que no puede.

Por más que fuerce la memoria no encuentra nada, ni un sonido, ni una imagen. Como si su conciencia hubiera borrado la escena para que él la repita. Para que la última vez vuelva a suceder.

A continuación, conduce un buen rato sin pensar más en ella, conduce porque sí, entre montañas solitarias y nubes altas, suspendidas en vuelo geoestacionario sobre el valle.

Como hace calor conduce con todas las ventanillas cerradas y el aire acondicionado se esparce silenciosamente por el habitáculo, como un gas anestesiante que atenúa su sensación de realidad y embota sus recuerdos inmediatos. Hasta el punto de que todo lo que acaba de pasarle, la llamada de Nora, el anuncio de que regresa, la llamada que se ha cortado, se ve afectado por tal coeficiente de incertidumbre que lo mismo todo ha sido cosa de su imaginación.

Quizá porque cuando esperamos ciertos acontecimientos durante demasiado tiempo —en su caso, dos años y dos meses—, superan nuestra capacidad de reacción, desbordando nuestra conciencia, y en adelante ya sólo son asimilables en forma de sueño.

Blériot despierta del todo al reconocer la periferia de Millau, su viaducto, su autopista atascada, sus casas tristes, y en el horizonte los anuncios de hamburguesas, que estimulan el deseo de los niños y desmoralizan a los animales.

Entonces toma la primera salida a la derecha para abandonar la

autopista, y se encuentra en una especie de zona periférica, pasa junto a una maternidad, unos bloques de hormigón, dos o tres tiendas aún cerradas, un cementerio —es toda una vida lo que desfila ante sus ojos —, y enfila una larga pendiente que asciende entre colinas cubiertas de maleza.

Ahora está solo en la carretera y se pone a conducir tan prudentemente como si se hallase en misión de observación en un país desconocido. Hasta donde alcanza la vista ve mesetas pétreas, bordeadas por cornisas y precipicios al pie de los cuales se atisba de vez en cuando un río que fluye casi oculto por los árboles. Entonces se le ocurre que a esta altura nadie puede dar con él, y a la inversa, porque no debe de haber ni casas ni gasolineras en kilómetros de distancia.

Si quisiera, podría desaparecer sin dejar huella, cambiar de nombre, empezar una nueva vida al fondo de un valle perdido, casarse con una pastora. (A veces a Blériot le encanta darse miedo.)

Aparca el coche a la sombra, en un área desierta, y se queda allí un ratito, husmeando el viento, asaltado por un olor resinoso y a hierba segada, mientras busca en la guantera una crema de protección solar con la que se unta generosamente rostro y antebrazos; luego improvisa un partidillo de baloncesto imaginario para relajar los músculos y vuelve a ponerse al volante.

De repente se siente rejuvenecido.

Durante dos años, encerrado en el círculo de su tristeza, se ha aplicado metódicamente a envejecer. Ha vivido colgado de un hilo invisible, la cabeza gacha, sin preocuparse de nadie, entregado a sus asuntillos y a sus líos, y renunciando a todo lo demás como si quisiera apagarse.

Y de hecho ya estaba casi apagado cuando ella ha llamado.

Todavía bajo el efecto de esa intervención, Blériot escucha distraídamente unos aires de Massenet, conduciendo ahora con un placer indolente por esas carreteras en bucle de las colinas de los Cévennes, sombreadas por oscuros castaños. Hasta el momento en que percibe, suspendido en lo alto, un pueblecito que aparentemente no figura en el mapa, y de repente decide hacer un alto allí y lanzarse en busca de cigarrillos.

El pueblo, edificado con piedras rojas, se reduce a dos calles paralelas que desembocan en una placita escalonada alrededor del ayuntamiento y del caféestanco. Blériot compra un paquete de rubio y decide celebrar su nueva juventud gratificándose con una caña de cerveza que paladea en el mostrador, mientras escucha disimuladamente a los lugareños sentados en la terraza que discuten de subvenciones y política agrícola, seguramente más por matar el rato que por convicción sindical. Con sus gorras, parecen un círculo de

champiñones charlatanes que esperan a que anochezca.

De vuelta a la calle, vuelve a sentir la bofetada del calor y se queda un rato recostado contra la pared del ayuntamiento, aprovechando la sombra de la plaza y la ligera corriente de aire que le refresca las piernas.

Luego se dirige decididamente hacia su coche. No es que tenga mucha prisa por reunirse con sus padres —si por él fuera, volvería al bar y pediría otra cerveza— sino que desde la llamada de Nora algo sordo en él, impaciencia o ansiedad, le empuja hacia delante.

Así pues Blériot inclina su cuerpo alto y delgado, casi tubular, para sentarse al volante, vuelve a ponerse las gafas de sol, se ajusta los auriculares —cuando uno es joven, lo es para siempre— y arranca a toda velocidad.

Como entre París y Londres hay una diferencia horaria de una hora, casi son las dieciséis treinta de ese mismo día del mes de mayo cuando Murphy Blomdale empuja la puerta de su piso, deja el equipaje, y al cabo de dos o tres minutos tiene la gélida sensación de que Nora ya no está allí.

A su alrededor, todo tiene un aspecto tranquilo e inanimado, las ventanas sobre el patio han quedado abiertas, y un silencio de tres días se ha enquistado en el piso, instalándose en cualquier rincón, resonando diferentemente en cada cuarto. Nunca este lugar le había parecido tan espacioso e inanimado.

Incluso el tiempo parece fijo, inerte, exactamente como si aquel instante de vida, aquel pedazo de la tarde, se hubiera contraído por completo y nunca más fuera a sucederle nada.

Sacudiéndose este mórbido hechizo, Murphy reanuda su exploración, pasando del salón a su despacho, y luego de su despacho a su alcoba: el ropero está vacío, los cajones revueltos como si hubieran venido los ladrones, y, en vez de los marcos con sus fotos lo único que queda sobre el velador es una capa de polvo, con un llavero.

Asunto terminado.

Cualquiera en su lugar se hubiera rendido a la evidencia. Pero él no. No logra creerlo. Además se mira de frente en el espejo para ver si tiene aspecto de creerlo, pero no, tiene esos ojos del que no se lo cree.

Semejante negación de la realidad tiene que tener una explicación. Murphy Blomdale es un chico voluntarista, cien por cien americano, austero y a la vez hiperactivo, al que sus jefes suelen poner como ejemplo; un muchacho que cada día se enfrenta a la anarquía de los flujos financieros, a la incertidumbre de los mercados, a la velocidad de los cambios y a la volatilidad de los capitales. O sea: nada que pueda prepararle para llegar a ser algún día el héroe romántico de un drama amoroso.

Este papel que de repente le adjudica el destino es tan impropio de él que prefiere hacer como si no se hubiera enterado.

Murphy, que aún sostiene en la mano el llavero de Nora, mira un momento hacia la calle para creer en algo.

Espera ver a peatones o niños que acaban de salir de la escuela, que le apaciguarían sacándole de su mal sueño. Pero a esta hora Liverpool Road parece una larga arteria ardiente, tan animada como el desierto del Gobi.

La luz se refleja en las aceras con una intensidad insólita, casi inquietante.

Entonces saca el teléfono del bolsillo interior y llama a Nora una docena de veces. Como ella sigue sin responder, intenta contactar con

su hermana Dorothée en Greenwich, con el mismo resultado.

Debe hacer ya tiempo que no vive en Londres, piensa mientras se lava los dedos como si el teléfono se le hubiera fundido en la mano.

Para dominar la ansiedad y hacerse una idea un poco más objetiva de la situación, decide reanudar las investigaciones en sentido inverso, empezando por la alcoba y el cuarto de baño y siguiendo por el despacho.

Lo único que encuentra es un zapato olvidado al fondo de un armario, un cinturón de cuero, un fular malva, una edición de bolsillo de los relatos de Somerset Maugham, una edición escolar de Milton, otra de Chejov, y además algunas revistas de moda que coloca con todo lo demás en una estantería.

Más tarde, cuando todo haya terminado y sólo le queden lamentos, siempre podrá poner estas reliquias en una vitrina, con un cartelito.

Con esta triste perspectiva, toma la decisión de volver al salón, cuando ve en transparencia la huella de una mano de Nora impresa en el cristal del pasillo. Una mano tan clara, tan viva, que tiene la impresión de que le está saludando antes de borrarse.

Entonces sus piernas efectúan una curiosa rotación, y se pone a dar vueltas sobre sí mismo, con los brazos separados como un patinador, mientras los movimientos del cuerpo parecen completamente desconectados de la conciencia.

Si no hubiera tenido el reflejo de agarrarse a una silla seguro que hubiera acabado tumbado en el parqué.

Una vez sentado en la silla, Murphy Blomdale se queda un rato postrado, con las piernas extendidas, el dedo inútilmente apoyado en la tecla del móvil, la mirada perdida en el vacío, tan desprovisto de recursos como un hombre atacado por el no-ser.

En este instante, Blériot aún no conoce a Nora, y por consiguiente todo esto sucede en otra vida.

Una tarde de septiembre se encuentra con su mujer en casa de los Bonnet-Smith —unos Verdurin de baja estofa— que poseen a la orilla del Eure una mansión dotada con un gran parque con árboles, por donde los invitados han empezado a dispersarse en grupitos en busca de un poco de fresco.

Blériot, que no habla con nadie salvo con su mujer, se mantiene aparte, al pie de la escalinata, y como de costumbre se pregunta qué pinta allí. De manera que cuando Sabine, con voz algo brusca —la pareja está atravesando un periodo difícil—, le anuncia que sus amigos Sophie y Bertrand Laval les proponen una pequeña excursión por los alrededores, se dispone a seguirles, pero lo piensa mejor, primero porque hace calor y luego porque prefiere holgazanear por la casa.

Le quedan treinta minutos antes de conocer a Nora. Esto él lo ignora por completo. Pero está preparado. Necesita correr una aventura. No cabe duda de que todos los hombres, en un momento dado, necesitan tener una aventura para convencerse de que al menos una vez en su vida les ha pasado algo bello e inolvidable.

La verdad es que esto Blériot ya lo sabía cuando se instaló a vivir con Sabine, pero después lo olvidó. Lo que no le impide seguir repitiéndose —cada vez parece más autosugestión— que está casado con la más inteligente y amorosa de las mujeres, la que más feliz puede hacerle, y que si hubiera que empezar desde el principio lo repetiría todo sin vacilar ni un segundo.

En realidad, su afecto conyugal nunca fue tan vehemente como él pretende creer, y a pesar de los lazos de complicidad y ternura intermitente su relación se ha ido volviendo incomprensible.

La verdad es que quienes les conocen no entienden nada.

Pero a Blériot le parece estupendo que digan lo que quieran. Su relación no tiene explicación lógica, es como las leyendas.

Cuando Sabine se va con sus amigos, él se repliega al interior de la casa, en busca de una copa de champagne, y se encuentra, ante el bufete, flanqueado por un tal Jean-Jacques con el que ya es la tercera vez que se cruza.

Pese a su buena voluntad, Blériot no ha logrado comprender si es semiólogo o sociólogo. Quizá porque su traje blanco y sus botines con botones le recuerdan más bien a un cantante italiano. Además, tiene la horripilante manía de levantarse continuamente el cuello de la chaqueta y de acariciarse la cabellera. Incluso cuando va al lavabo.

Como no tienen gran cosa que decirse, mientras beben un sorbo de champagne, ambos vuelven la cabeza simultáneamente con la

esperanza de ver a alguien agradable con quien hablar. El primero de los dos que se desembarace del otro gana.

Pierde Blériot.

Le quedan once minutos.

Dicho así, parece que detrás de la puerta aguarde una joven desconocida y que cuando Blériot entre, y se vuelva, experimentará una emoción tan súbita e imprevisible como una avalancha.

Pero no entra ninguna mujer. Él sigue ante el bufete con la copa en la mano, entre dos universitarias que denigran fieramente a una de sus colegas y un puñado de ex izquierdistas que se han adherido a la causa del capital, y que ahora la han tomado con los funcionarios. Es casi un concurso de bajezas.

Mientras Blériot se pregunta por qué tiene que soportar semejantes conversaciones, a la derecha una joven pareja reclama su atención, una pareja que de golpe le devuelve la fe en el prójimo.

Él es más bien alto, con algo de indolente y de aburrido, y por hacer algo hojea una revista de arte olvidada sobre un mueble, mientras que la joven semioculta detrás suyo parece tan menuda, tan transparente, que comparado con ella su compañero parece un gigante.

Blériot, en un estado de extrema receptividad, nota que ella de vez en cuando se pone de puntillas para decirle algo al oído, y que él tiene una forma curiosa de ladear la cabeza y posar sobre ella una mirada que sintoniza con la suya.

Están aislados, junto a la puerta que da al jardín, y no parece que los demás les importen nada, ni deseen que nadie se interese en ellos. Parece que estén en guardia y listos para fugarse a la menor señal de alarma, como dos gamos asustadizos.

Blériot, que por culpa de las idas y venidas de los otros invitados los ha perdido de vista, emprende una discreta maniobra de aproximación. Y a propósito, algún día le gustaría comprender por qué la belleza le hace tan frágil y vulnerable.

Como hecho a propósito, en el instante en que se está acercando a ellos reconoce a Valérie Mell, una amiga de su mujer que le hace gestos ostentosos desde el corredor.

En lo que tarda en acercarse a ella, interesarse por la salud de su hijo —que se cayó de la moto— y mostrar un poco de compasión, aquellos dos ya han desaparecido. Y luego por más que Blériot explore los alrededores y vuelva a la casa, no da con ellos.

Su esposa tampoco aparece. Pero esto de momento le relaja.

Después, hay como un colapso temporal entre el momento en que aún está en la casa, con la copa de champagne en la mano, reflexionando sobre el temor que siempre le ha inspirado el carácter receloso y versátil de su mujer, y el momento en que, guiado por su

instinto de depredador, da una vuelta por el parque y de repente se encuentra en una pequeña glorieta, a dos pasos de la joven de los ojos castaños. Sin su compañero.

Sacudido por esta señal del azar, primero Blériot se retrae, procurando evidentemente no mirarla con demasiada fijeza.

Mientras ella, ligeramente de perfil, con los pies apoyados en un banco de piedra, se balancea en su silla, él verifica que no hay moros en la costa, y luego, como parece que no le ha visto, sigue allí plantado y temblando ante la idea de molestarla, pero incapaz de irse.

Abordarla como es debido, pedirle permiso para sentarse, pronunciar las palabras adecuadas para iniciar una conversación… todo esto queda por encima de sus posibilidades.

Ya está a punto de dar media vuelta e irse tal como llegó, cuando ella le pregunta con absoluta naturalidad si es amigo de Paul y Élisa.

¿De Paul y Élisa?, repite él, bajándose las gafas de sol.

En ese instante, al acercarse a ella, Blériot, que nunca se fija en las cosas, se da cuenta de que tiene los labios secos, las mejillas pálidas y sedosas, y como una ligera red de pequitas alrededor de los ojos.

Ahora le parece aún más insensata que antes.

Pero, aunque le cueste más de lo que ella pueda imaginar, tiene la honestidad de confesarle que no conoce ni a Paul ni a Élisa. En cambio, conoce a un tal Jean-Jacques Baret o Bari, Sophie y Bertrand Laval, y también a Robert Bonnet-Smith: el cual, según ella, no es otro que el novio de la madre de Spencer, el muchacho con el que ella vive.

Todo queda claro.

Spencer se ha ido a dormir al coche, le dice ella, siempre haciendo equilibrios con la silla, con las manos cruzadas tras la cabeza.

La gente le aburre y además no aguanta el alcohol, añade con un acentito inglés que él hasta ahora no había percibido.

Como teme el momento fatídico en que ella seguro que le preguntará si ha venido solo, prefiere no insistir sobre Spencer y comentarle su consternación a propósito de los otros invitados —es un tema que suele funcionar—, con una mención especial a la banda de profesores universitarios que ocupa los pisos de la casa. Están por todas partes. Profesores de pie, profesores sentados, echados. Parece que estuvieran en una casa de reposo para profesores.

Es la primera vez que Blériot la ve sonreír.

Además tiene una forma muy bonita de sonreír mostrando la punta de los dientes, pero él no hace ningún comentario.

¿Usted cómo se llama? Le pregunta ella de repente, dejando de balancearse.

Blériot, dice él. Oficialmente, Louis Blériot-Ringuet.

Lo de Blériot es porque soy primo lejano del aviador, y Louis,

porque mi padre, que es ingeniero aeronáutico, debe de ser el único hombre en el mundo que haya querido llamar a su hijo Louis Blériot. La historia de Ringuet se la ahorro.

Yo, para consolarme, me digo que Louis BlériotRinguet suena un poco como Ray Sugar Robinson o Charlie Bird Parker.

Ya se ve que es usted modesto, señala ella partiéndose de risa.

Era sólo por ponerle algún ejemplo, pero si le parece demasiado largo puede contentarse con llamarme Blériot, como casi todos mis amigos.

Prefiero Louis, dice ella sin explicarse.

¿Y usted? pregunta él, tras un momento de vacilación, como si ella probablemente tuviera un nombre secreto.

Nora, responde espontáneamente, Nora Neville. Soy inglesa por parte de madre y medio francesa por parte de padre. Creo que mis antepasados venían de la región del Havre.

Señorita Neville, dice Blériot en un tono impostadamente solemne, no tengo el gusto de conocer a sus padres pero les agradezco de todo corazón que la hayan traído al mundo. Se lo digo muy en serio.

Llámeme Nora, simplemente Nora, le pide ella devolviéndole la sonrisa.

Al mismo tiempo él no puede dejar de observar que ha sido una sonrisa diferente de la anterior, una sonrisa ligeramente pensativa.

Se diría que ha entendido su juego y que le sonríe con la indulgencia de las mujeres que ya se han topado con docenas de sujetos como él y saben muy bien lo que están pensando.

A él no se le ocurre, evidentemente, que mejor sería que le cediese la plaza a otro.

Porque en ese instante —caminan un poco por el fondo del parque, al abrigo de las miradas— con esposa o sin, con Spencer o sin Spencer, la cuestión de saber si está cometiendo o no una tontería apenas cuenta, ante la certeza brutal de que esta chica le está destinada.

Es a la vez algo muy fuerte e inevitable. Y lo que más le sorprende no es que sea tan fuerte, sino que sea tan inevitable.

Ahora está tan cerca de él que Blériot tiene la sensación de que si por desgracia o sin darse cuenta se inclinase un poquito más, caería en sus brazos como un sonámbulo.

Parece que ella espere que haga o diga algo, y él se contenta —pero sin que haya una volición consciente por su parte— con tocarle la oreja con la mano.

No sucede nada más. Ella no rechaza la mano, ni tampoco la coge, de manera que durante unas fracciones de segundos el brazo se mantiene suspendido en el aire.

Son casi las seis, dice bruscamente Nora —porque ahora ya es Nora —, estoy un poco preocupada.

Yo también, dice él sintiendo a su vez una alteridad extraña.

Entonces vuelven juntos a su punto de partida, mirando en dirección al parque y a la casa, como invadidos por presentimientos.

¿Y ahora qué vamos a hacer? le pregunta ella con voz abatida. ¿Tienes idea?

Pero Blériot, que nunca se ha sentido tan enamorado, está tan desorientado como ella.

Mientras Murphy Blomdale parece dormido en su silla, Blériot conduce recto como si sólo pretendiese agotar el espacio, mientras los plátanos desfilan en cortinas monótonas y el límite del horizonte se sigue alejando.

A lo largo de la carretera, el calor tiembla en los campos, hasta perderse de vista, con plantaciones raras y animales inmóviles que parecen ahogarse en la luz de la tarde.

Más allá de Lodève, reduce velocidad posponiendo para luego el tema de Nora y tratando de recordar los nombres de las localidades que hay que cruzar después de dejar la carretera de Montpellier. Si no recuerda mal, primero hay que llegar a La Feuillade, hasta un puentecito con una capilla, y subir recto hacia Saint-Cernin.

Al cabo de una veintena de kilómetros, como La Feuillade sigue sin aparecer, aparca a la entrada de la primera aglomeración que le sale al paso y vuelve a estudiar el mapa de carreteras, con las ventanillas bien abiertas para aprovechar la sombra.

Claro que en un mapa de esta escala no sale mencionado ninguno de estos pueblos, y por consiguiente no tiene idea de qué dirección hay que tomar para llegar a ese puentecito que quizá ha soñado. Así que decide dejar el coche donde está y abordar al primer peatón que vea.

Se mete por callejuelas escalonadas, atraviesa una serie de plazas desiertas donde resuenan los trinos de los pájaros, y llega a una explanada sobre las murallas que sirve a la vez de parking y de paseo. Pero no ve a nadie, salvo a una pareja de turistas ingleses y a tres o cuatro chicas en bici que corren a grandes pedaladas hacia la pubertad.

Con los auriculares en las orejas, se teletransporta a treinta años antes, a la época en que también él subía por las cuestas bajo el sol de julio, y cuanto más pedaleaba más desmesurado e inabarcable le parecía el verano.

Abajo, distingue una sucesión de jardincillos a lo largo de un curso de agua, con sus muebles plegables y sus casetas de madera cubiertas de glicina, y permanece un momento inclinado sobre el parapeto de la terraza, disfrutando de una especie de viento inanimado que flota a la altura de las piernas.

Es un buen día para sacar la caña, señala detrás de él un hombre gordo con pantalones con tirantes.

¿Sacar la caña? se extraña Blériot sacándose los auriculares.

Sí, la caña, repite el otro con una voz ahogada, como si le estuviera invitando a seguirle a su caseta.

Entonces Blériot da un paso al lado y observa el rostro mandibular de su interlocutor. Yo estaba buscando a alguien que me indicase por

dónde se va a Saint-Cernin, le explica, para disipar cualquier malentendido. ¿Sabe usted qué dirección tengo que seguir?

Gire a la izquierda al bajar, y luego otra vez a la derecha, dice el otro con la misma voz ahogada.

Blériot, que sigue sin saber qué pretendía con lo de la caña, le agradece su amabilidad y se larga sin más, bajando las escaleras para volver al coche.

Al sentarse al volante ve al otro lado de la carretera la verja de una propiedad con una avenida abandonada, invadida a medias por la maleza, que parece llevar directamente al castillo de la Bella y la Bestia. Y por una extraña asociación de ideas, inmediatamente piensa en Nora.

Le gustaría decirse que durante dos años ha deseado con todas sus fuerzas que ella volviese, y que ha vuelto. Pero es completamente consciente de que también se podría decir que ha sido ella quien ha querido que él la espere durante dos años, y que él la ha esperado.

¿Quién ha teledirigido a quién? se pregunta mientras cruza el puentecillo y se equivoca de dirección. Y esta vez no tiene más remedio que llamar a sus padres.

Llevamos dos horas esperándote, le saluda su madre con ese tono impaciente que él conoce tan bien y que de golpe le devuelve a la realidad.

Es el hijo único de Jean-Claude y de Colette BlériotRinguet, de soltera Colette Lavallée, respectivamente ingeniero y directora de escuela. Al nacer, parece que lanzó un grito desgarrador, y temblaba de pánico como si viniese al mundo en paracaídas.

Una vez el cordón umbilical cortado y tirado a la basura, de inmediato se encerró en una infancia esotérica y silenciosa, convirtiéndose en un niño solitario, y luego en un adolescente desdichado mientras a su espalda sus padres discutían furiosamente.

Probablemente la animosidad de sus relaciones se remontaba a los primeros años de vida en común, así que Blériot llegó a suponer —en su interminable infancia sobraba el tiempo para reflexionar— que si ninguno de los dos había abandonado al otro era por puro espíritu de revancha.

Al cabo de treinta años, se jubilaron en la casa familiar de Saint-Cernin, donde se consumen de tedio y se fastidian todo lo que pueden para matar el rato.

A la caída de la noche, cuando por fin llega, con su pequeño equipaje de mano, su padre, con sombrero de paja, está trabajando en el huerto mientras que su madre prosigue en el balcón su eterna conversación telefónica con su hermana.

Que él recuerde, su padre siempre ha sido un cero a la izquierda, y aunque estudió, viajó y dirigió equipos de ingenieros en África y en

Asia, además de ser un marido fiel e increíblemente paciente, el servilismo y las humillaciones expiatorias que le infligieron continuamente —preferentemente en público— acabaron con sus últimas fuerzas de resistencia.

Reprendido, privado de voz, ahora se ve reducido a fumar en el garaje y a beber oporto a escondidas de su mujer. Hay que haberlos observado in situ para creerlo.

Ni su propio hijo no da crédito.

Por lo demás, lo reconoce todo, los cuadros malos colgados en las paredes, el mobiliario reluciente, el perro *Billy* dormido sobre el sofá —es tan viejo que su padre asegura que sus neuronas aún se acuerdan de François Mitterrand—, la cama plegable de la alcoba y la estantería de pino, con sus hileras de volúmenes de Teilhard de Chardin heredados del tío abuelo Albert y los centenares de novelas de ciencia ficción de las que no recuerda casi nada, como si hubiera dejado de creer en el futuro.

Está repasando los títulos cuando aparece su madre por sorpresa y le pregunta a qué se debe el honor de su visita, cuando ha estado seis meses sin llamar por teléfono ni enviar una simple postal.

He tenido algunos problemas, se excusa, le han cogido desprevenido. Y nota que desde que ha llegado su madre no le ha dicho ni una palabra sobre su esposa, a la que detesta cordialmente, y que le retribuye con la misma moneda.

Luego te lo explico, dice dejando sus cosas y saliendo fuera.

Su padre, desocupado, vaga por la pieza de abajo como alma en pena, mientras manosea un paquete de cigarrillos que no se atreve a fumar. Cuando Blériot le propone ir al jardín y sacar la mesa de pingpong, ve pasar por su rostro triste algo tan fugitivo e indefinible como la sonrisa de la Gioconda.

Empiezan peloteando un poco, van acelerando la cadencia, y luego, enganchados al juego, deciden contar los puntos. Mientras Blériot aún está entrando en calor su padre, que debe de estar superentrenado, gana los dos primeros partidos 21-10, pero lógicamente luego afloja y pierde los siguientes partidos.

Después de una pequeña pausa para descansar, vuelven a jugar como fieras rabiosas, pese a la luz declinante, y salen prácticamente igualados: 18-17. Su padre de repente ha recuperado la agilidad y el juego de revés que hacía estragos en los torneos locales.

Aunque pierde el resuello, por momentos se adivina en algunos de sus gestos que antaño fue joven y viril, que tuvo estilo, clase, y que hubiera merecido otra vida que la que le ha moldeado su mujer.

Lo que a Blériot le recuerda que aún no ha telefoneado a la suya.

Ella le responde desde la terraza de un café, donde se está tomando una copa en compañía de Sandra y de Marco, sus colegas de trabajo.

Como el estrépito de la calle limita la interlocución hasta el mínimo estricto, a Blériot no le disgusta poder colgar, salir tan bien librado.

En la mesa, su madre, que ha preparado un verdadero banquete, ya acapara la conversación, como de costumbre, y cuando ha terminado con la letanía de las primas hospitalizadas y de las amigas divorciadas, con el segundo plato emprende las recriminaciones contra sus vecinos, monsieur y madame Cailleux, sospechosos de ser sociópatas.

Su padre, concentrado en la botella de burdeos, se limita a asentir sonriendo, como un bienaventurado exento de opinión, mientras que Blériot, que dispone de un interruptor personal, ha bloqueado la respiración mientras mira fija y discretamente un punto del jardín, donde un gran disco solar rojo permanece suspendido sobre los árboles como en las junglas del aduanero Rousseau.

Esto le permite, mediante una simple presión de su espíritu, bajar el sonido al mínimo y convertirse en un sujeto puro, liberado del dolor.

Perdido en su contemplación, le cuesta comprender que su madre ha cambiado de tema y ha vuelto, mediante algunas observaciones agridulces, al motivo de su visita. Es una mujer contumaz en sus ideas.

Así que Blériot, tragando saliva, se ve obligado a confesarle que debido a ciertas circunstancias demasiado largas de explicar ha venido a pedirles prestados tres mil euros, que irá devolviendo a plazos.

Si el perro *Billy* se hubiera puesto a cantar desde el sofá, sus padres no se hubieran quedado más estupefactos. Hasta el padre tiene los ojos desorbitados.

Viendo el volumen de indignación que ha provocado, Blériot tiene que admitir que tres mil euros sería espectacular, atómico, y que se conformaría con dos mil quinientos.

Sería mi regalito anual, añade sin avergonzarse.

Apáñatelas con tu padre, yo no quiero meterme en esto, decide la madre, que aún parece trastornada y prefiere encerrarse en su cuarto.

Así que Blériot sigue a su padre al despacho y espera el cheque, con el corazón encogido. No puede decirle que a él esto también le parece lastimoso y que si hubiera sabido que a su edad se vería obligado a sablear a sus padres no se hubiera dado tanta prisa en crecer.

Louis, hay días en que me gustaría subirme a un cohete y abandonar la tierra, dice de repente su padre cortando en seco sus demostraciones de gratitud. Le ha dado tres mil.

Para darle una satisfacción, Blériot le acompaña a la especie de cuartito en el sótano que ha habilitado como taller. Hay una mesa, dos sillas de camping y un colchón sobre el suelo de cemento. Ahí pasa tardes enteras escuchando la radio, mientras fabrica sus maquetas de

aviones.

Blériot no hace ningún comentario, pero algo le dice que un día bajará sigilosamente con su saco de dormir y ya no volverá a subir.

Fuera, la noche ya casi ha caído, los árboles del jardín parecen de pronto murmurar al viento del pasado. Ya sólo se distingue de las sombras las tumbonas en la terraza y las pelotas de ping-pong que se han quedado en la hierba.

¿Te has separado de tu mujer? Le pregunta su padre mientras los dos beben en la oscuridad, con el rocío empapándoles los pies.

Creo que más bien será ella la que me deje, cuando se harte de sacarme de números rojos.

A mí, la mía no me dejará, se lamenta el padre.

Por un momento —empiezan a estar borrachos como cubas— les llega desde el pueblo la música de una fiesta difundida por los altavoces, y carcajadas que estallan en los cuatro puntos cardinales, y cada vez que alzan la cabeza, su nostalgia crece.

Ahora en Londres son las once. Cuando empieza a sonar el teléfono Murphy Blomdale necesita dos segundos largos para salir de su estupor y comprender que no es su móvil, sino el teléfono del salón.

Hola, buenas noches, me llamo Sam Gorki, dice una voz trémula que él no reconoce. ¿Puedo hablar con Nora?

Ya no vive aquí, responde secamente. Entonces se produce un gran silencio, algunas tosecillas como en los conciertos, y luego la voz exhala un suspiro tan largo, tan profundo, que Murphy deduce de inmediato que su interlocutor pertenece, igual que él, a la categoría de los neorrománticos.

Welcome aboard, Sam.

Pero el otro ya ha colgado.

Es una lástima, porque hubieran podido fundar una asociación, presentar un pleito y reclamar daños y perjuicios simbólicos. Lo que, a propósito, le recuerda el cofrecillo azul escondido en el despacho y los cinco mil dólares que cambió el miércoles.

Encuentra el cofrecillo en su sitio, pero le parece extrañamente liviano, como si ya sólo contuviera un poco de ceniza, o de polvo. En realidad ella le ha dejado, magnánima, dos billetes de veinte para que beba a su salud.

Por lo menos esta vez el mensaje es claro, piensa mientras se sirve una copa de coñac en la cocina.

Al cabo de un minuto, en la masacre de sus esperanzas terrenales, se sirve otra, antes de volver a llamar a Nora, porque sí, para no quedarse con las ganas, y su corazón late en sintonía con los timbrazos del teléfono, hasta que entiende el mensaje.

Ella no le va a responder más.

Lo que aumenta su asombro es la idea de que el nombre de Nora,

con el rostro y el cuerpo que lo envuelven, se va a instalar en un sitio muy preciso de las células de su memoria y que sin duda antes se olvidará de sí mismo que de ella.

Todo cuanto se puede esperar, lo habrá esperado, todo lo que se puede perder, lo habrá perdido.

Y también él, mirando la noche sobre Londres, siente que la nostalgia crece.

5

Una mañana se despierta junto a su mujer. Como ella duerme de cara a la pared, sólo ve la masa de su cabellera rubia que le llega por debajo de los hombros. Su camisón descubre sus muslos fornidos, la piel blanca de sus piernas. Nada más. Antaño, hasta en sus sueños más ardientes, su mujer siempre aparecía vestida. Es una patología que debe de tener algún nombre.

Con la cara contraída por una neuralgia matinal, Blériot se dirige a tientas hacia la cocina para prepararse una taza de café y tragarse dos aspirinas, mientras se prepara la bañera. El espejo sobre el lavabo le devuelve la imagen de un hombre fatigado, demacrado y con ojeras.

El baño quema tanto que el vapor se queda depositado a ras de agua, como un banco de niebla, mientras él flota, con las piernas extendidas, reflexionando en la incomprensible conducta de Nora desde su regreso.

A saber, que él le ha dejado ya una decena de mensajes y que ella sigue sin darle señales de vida.

¿Devolverá las llamadas? ¿No las devolverá?

Blériot, a estas horas —con un dedo del pie abre el grifo del agua fría— estaría dispuesto a apostar que ella no llamará y que él lo perderá todo. Pero mañana, dado su carácter pendular, pensará exactamente lo contrario.

Después de afeitarse, se pone una camisa blanca de cuello ópera y unos tejanos y pese a que se anuncia calor, se anuda una corbatita de cuero negro, con ese perfeccionismo, esa elegancia un poco obsesiva, propias de quienes se pasan la vida esperando a alguien.

Para apartar a Nora de sus pensamientos, se ha puesto a espiar a su vecina de abajo, enfrente, una rusa octogenaria que lleva años sin salir de su piso —arbitrariamente imagina un olor a cretona polvorienta y a gato incontinente— porque parece que ha decidido esperar al día de su muerte mirando sin cesar la televisión.

Viéndola comer sus tostaditas con mantequilla, Blériot se sorprende envidiándola porque ya no espera a nadie.

Luego va de cuarto en cuarto, espiando el despertar de su mujer, como un ectoplasma en suspensión, abriendo una a una las persianas, observando la luminosidad del cielo.

Viven en el último piso de un viejo inmueble, en la parte alta de Belleville, donde las nubes, algunos días de otoño, van y vienen como por un hotel.

Aunque el piso sea intrínsecamente feo e incómodo, tiene la ventaja de ser espacioso y distribuido en dos niveles, que se comunican por una pequeña escalera en espiral, lo que en principio les ahorra andar tropezándose el uno con la otra.

Además han organizado un sistema de ocupación alterna de los

espacios comunes, de forma que cuando uno escucha música, por ejemplo, el otro pueda tranquilamente dedicarse a sus cosas en el piso de abajo.

Y tampoco es inusual, sobre todo cuando la atmósfera está cargada de electricidad, que uno de los dos prefiera quedarse en su piso mirando la tele en un rincón, para no aguantar los comentarios del otro.

Así que su mujer y él se hallan globalmente en el mismo espacio, viven en la misma temporalidad, duermen a veces juntos —en el cuarto de Sabine—, y a veces cada uno en su piso, y sin embargo es como si viviesen en dos mundos diferentes, infinitamente alejados.

Sin duda la escalera, la dimensión de los cuartos y la ausencia de muebles contribuyen a ese sentimiento de vacío que les envuelve a los dos, incluso cuando están juntos.

Hasta el punto de que, por la tarde, cada vez es más frecuente que Blériot se sorprenda preguntándose como un niño si está solo en el piso.

Ya te has levantado, se extraña su mujer que aparece en albornoz y con una toalla enrollada en la cabeza.

Desde su oftalmia, casi siempre lleva gafas oscuras, que esta mañana le dan un aire de cieguita ofrecida a la concupiscencia de su marido. Hasta que éste la besa y siente de pronto sus mejillas frías, su presencia física vacilante.

¿Qué tal te ha ido el viaje? Le pregunta ella con una voz tensa que le inquieta ligeramente.

Quizá está al corriente, piensa antes de recobrarse e improvisar un comentario sobre la neurastenia de su padre.

Aún tengo que terminar algunas páginas, añade plantándola allí para dirigirse a su despacho, un cuarto de seis metros por cinco, situado en el piso donde, más que aplicarse mucho a su trabajo, puede reflexionar en calma, espaciosamente.

Esta vez, para ahogar la angustia y demorar el examen de conciencia, se apresura a cerrar la puerta y encender el ordenador.

Blériot, que siempre se ha mantenido al margen de cualquier proyecto de carrera, y de todo deseo de reconocimiento social, se convirtió hace tres o cuatro años en traductor *freelance* —traduce del inglés—, harto de ser exprimido por empresas que le pagaban una miseria.

Lo malo es que desde que trabaja solo, para llegar a fin de mes tiene que aceptar casi todo lo que le ofrezcan, así que lo mismo traduce artículos científicos y noticias farmacéuticas que manuales de instrucciones de aparatos para el hogar.

Hay días de suerte en que trabaja en el gabinete de prensa de algún congreso de medicina, pero la mayor parte del tiempo se queda

en casa y acepta lo que le propongan.

Y cuando no le proponen nada, en general no le queda más remedio que recurrir a la generosidad de su entorno.

Lo cual explica, en parte, el evidente déficit de imagen que sufre a los ojos de su mujer y de sus padres.

Por la ventana —porque desde esta mañana está constantemente pegado a la ventana, como si Nora le estuviera esperando fuera— ve en la calle a un hombre con chaqueta que parece un negociante chino, que lleva colgado a la espalda a su hijo, mientras su mujer trota junto a ellos a pleno sol y rocía de vez en cuando el rostro del niño con una pequeña cantimplora rosa.

Blériot, inclinado hacia delante para ver mejor la escena, les sigue con la mirada hasta el momento en que doblan la esquina de la calle de Belleville, dejando tras ellos como la estela de una felicidad inalcanzable.

¿Era el hijo? ¿Era el padre llevando a su hijo a otra vida?

Perdido en sus ensueños, lentamente regresa a sentarse ante su pantalla.

El balance de su actividad durante los últimos días ha estado muy cerca del cero, así que durante buena parte de la tarde se esfuerza en traducir un artículo de una revista médica sobre el tratamiento de la ablación, hasta que tira la toalla y va a la cocina en busca de una cerveza.

Al volver a subir la escalera, oye a su mujer canturreando una melodía de Nancy Sinatra y se para a escuchar. No sabía que imitase a Nancy Sinatra.

You shot me down, Bang bang, I hit the ground, Bang bang, murmura con una voz que él nunca le había oído, una voz de chica muy joven, que le estremece como si su belleza se le revelase con años de retraso.

Antes de que la canción termine, toda huella de tristeza o de amargura ha desaparecido de su espíritu. Se diría que el proceso de descomposición de la pareja se ha frenado como por arte de magia. No hay que tocar nada.

Así pues sigue subiendo la escalera, sin hacer ruido, y empuja la puerta de su cuarto.

Da los primeros tragos a la cerveza y luego baja las persianas porque en la oscuridad piensa con más claridad, y luego se tumba en el sofá al fondo del cuarto.

Ahora está tranquilo. Todo va bien.

Está tumbado de lado, con los ojos entornados, como un animal que jadea en la suavidad vesperal.

Todo va bien, se repite. En la penumbra del crepúsculo —ha recogido las rodillas contra el pecho—, las persianas parecen casi blancas.

Blériot no sabe cuándo empezaron a distanciarse. El día que se dieron cuenta ya estaba hecho.

A partir de aquel instante, sólo ha podido constatar, sin lograr frenarlo, el gradual envenenamiento de su vida entera. Día a día ha visto cómo se desmoronaba su relación, y no ha hecho nada, ni se le ha ocurrido nada para soportarlo salvo esta aceptación lamentable de las cosas como son.

Cuando revisa a la velocidad de la luz los primeros años de su matrimonio, se dice que bien debieron de tener una etapa de felicidad, como todo el mundo, pero ya no la recuerda.

Sólo recuerda su encuentro, una noche, en casa de los amigos de unos amigos que vivían en la periferia.

A causa de la falibilidad de su memoria y su débil radio de acción —se conocieron hace nueve años— tampoco recuerda cómo empezaron a conversar, ni lo que se dijeron. Le parece que la escuchó hablar toda la noche.

En aquella época estaba en el fondo de un pozo, estaba en el paro y vivía de los subsidios de su padre cuando no tenía la suerte de ser alimentado y albergado por una gentil estudiante americana o noruega. Porque, aunque nunca formó parte de la vanguardia sexual de su generación, Blériot tampoco era un niño de primera comunión cuando la conoció.

Pero Sabine pertenecía a un mundo completamente diferente.

Tenía más años que él, estaba divorciada, conocía a un montón de gente, era elegante, físicamente atractiva, intelectualmente estimulante. Había escrito una tesis sobre la Bauhaus, antes de dedicarse a las colecciones de arte contemporáneo de toda una serie de fundaciones. Evidentemente, sabía lo que quería.

Era todo lo contrario que él.

Y además fue ella quien le quiso, quien al final de la velada le dio su dirección y el número de su móvil, recomendándole que no dudase en llamarla, y él se hizo desear durante un par de semanas antes de marcar su número.

¿Por qué la volvió a ver? Seguramente, porque ella quería verle a él.

En cualquier caso, no era tanto amor o deseo como un extraño sentimiento de vértigo y de sumisión.

Además, ella le impresionaba, había conocido a John Cage y Merce Cunningham y adoraba la literatura alemana, especialmente Elias Canetti. Casi se puede decir que salió con ella para saber en qué consistía el genio de Canetti sin tomarse la molestia de leerlo.

Lo que es seguro es que, pasada la sorpresa de descubrir que aquella joven cerebral, y bastante afectada, tenía un inesperado

temperamento sensual, todo fue muy rápido, probablemente demasiado rápido.

Ella se casó con él y él con ella —no sin restricciones mentales por su parte—, y de inmediato se fueron a vivir un año a Irlanda donde ella hacía de consejera para una fundación privada mientras él se buscaba la vida en los colegios de los alrededores.

Y allí les pasó lo que le pasa a todos los amantes con prisas que se meten en el primer hotel que les sale al paso y se encuentran en un ascensor averiado. Años más tarde, siguen bloqueados y han agotado todos los temas de conversación.

Sin embargo, las largas conversaciones a solas, las noches que se pasan juntos, los paseos del brazo de los primeros meses, normalmente le permiten a cada uno presentir la parte de felicidad o desdicha que el otro va a aportarle. Y Blériot no tardó en adivinar que la parte de desdicha sería mayor que la otra.

Pero no quiso enterarse. Por falta de aplomo, por inmadurez.

Si se examinan las cosas con objetividad, seguramente era él el más incapaz de los dos, o sea, en cierto sentido el más culpable.

Lo que la mayoría de los hombres se pasan la vida buscando, la inteligencia, la ternura, la comprensión, la indulgencia, ella se lo servía en bandeja, y parecía que él no supiera qué hacer con aquello.

Luego ya fue demasiado tarde.

El disco del tiempo siempre repite la misma secuencia. Sabine ha quedado embarazada en el mes de abril, tiene cuarenta y dos años, no quiere creerlo y de repente la cuestión es sencillísima: quiere con todas sus fuerzas tener el hijo, y con todas sus fuerzas no lo quiere. Porque ya no tiene confianza en él.

Él recuerda la mirada que ella clavaba en él en determinados momentos, sin pestañear ni desviarse, como si de repente tuviera el don de la videncia y supiera algo sobre ellos dos que no tiene derecho a revelarle.

Sobre ella, él no sabe nada.

A ella le horrorizan las confidencias tanto como los recuerdos. Él no sabe ni cómo era su primer marido, ni lo que ella le reprocha exactamente. En cuanto a su familia, su hermana y sus dos hermanos un poco extraños, sobre ellos guarda el mismo silencio, la misma distancia defensiva, como una especie de dispositivo de seguridad infranqueable.

Aunque Blériot esté íntimamente persuadido de que ella rehúsa tener un niño por razones ligadas a su propia infancia, no logra arrancarle una palabra. Es algo que me concierne a mí y no a ti, le dice ella.

Para escapar de esta relación claustrofóbica él sale casi todas las noches y da vueltas por el barrio. Camina como si rezase.

Camina mientras ella duerme en la cama. Con la sensación de avanzar de sala en sala por el interior de su sueño, hasta el cuarto secreto donde late el corazón del niño.

Al regreso, se cae de fatiga. Ya sabe que ha perdido. Después de días y días de argucias y debates inútiles, la deja que haga lo que quiera.

Cuando ella regresa de la clínica, se acuesta y deja de hablarle.

A partir de ahí, la vida en común se hace irrespirable. Durante el día se evitan, y por la noche descansan en la cama como dos bloques de soledad separados por una incomprensión infinita.

Podrían separarse, pero siguen viviendo juntos, sin duda porque en su confusión emocional necesitan orden —aunque cada uno tiene su tipo de orden— y nada les asusta más que ver su vida entregada al caos y la dispersión.

Hasta hoy, el compromiso se mantiene.

A menudo las parejas —por lo menos la suya— parecen organizaciones incoherentes, cuando en realidad son una alianza de intereses bien comprendidos.

En virtud de lo cual en ellas se puede ser cada vez más indiferente al otro y cada vez más inseparables.

A veces, cuando piensa en esto, cuando recorre la cadena molecular de sus desilusiones y de sus tristezas, Blériot no sabe qué le angustia más, tener que llegar a separarse de su mujer o envejecer con ella.

En cualquier caso, esta noche, por primera vez desde hace tiempo, se siente apaciguado, sin temor, sin ilusión.

Canta solo: *You shot me down, Bang bang,* mientras se bebe la cerveza junto a la ventana.

Su vecino de enfrente, un inmenso joven negro, ha sacado la cabeza por el tragaluz del techo como Alicia en el país de las maravillas y respira el aire de la noche.

Todo va bien, vuelve a repetirse.

Ha intentado encontrar a Dorothée al teléfono por lo menos una docena de veces y luego, sin saber por qué operación misteriosa, mientras revisaba sus agendas el nombre de Vicky Laumett le ha vuelto a la memoria.

En ese instante Murphy sintió que tenía una de las pocas pistas que podían llevarle a Nora.

Ellas dos habían intimado en el instituto de Coventry, habían vuelto a verse en Londres, habían tenido varios amigos comunes, y él cree saber que en el mes de marzo aún seguían en contacto.

La recuerda como una bonita joven mestiza, más bien bajita, con la que debió verse dos o tres veces, siempre acompañada por hombres muy altos que parecían atraídos por su centro de gravedad excepcionalmente bajo.

Nora le dijo que el invierno pasado se casó con un tal David Miler, periodista de un semanario financiero. Así que seguro que en algún lado tendrá su número de teléfono.

Soy Murphy Blondale, el amigo de Nora, se presenta, antes de explicarle, muerto de vergüenza, la penosa situación por la que se permite llamarla a estas horas.

Después de un silencio atónito —aparentemente ella no sabía nada de la marcha de Nora—, le advierte de inmediato que hace meses que no ha visto a Nora y que no tiene ni idea de por qué ha desaparecido. Dicho esto, si él juzga necesario hablar del tema —lo cual ella comprende perfectamente— le asegura que está a su disposición.

David no vuelve hasta las diez o las once, le dice, así que pase cuando quiera.

El tiempo de ducharse y ponerse una camisa limpia, y ya está en la calle en busca de un taxi.

Al ver las luces y la gente en Upper Street, tras días de aislamiento, Murphy siente una ligera sensación de vértigo y de angustia, que le obliga a ir más lento.

Para peor, un crepúsculo transparente, casi afrodisíaco, ha caído sobre Londres, las terrazas desbordan de gente, las chicas gritan excitadas, y las parejas se besan con mucho gusto mientras él, oculto tras sus gafas azules, siente una dulzura en la atmósfera que le resulta desgarradora.

Aunque no lo parezca, Murphy Blomdale fue antaño —cuando aún vivía en Estados Unidos— un estudiante asediado por las chicas, pero es curioso: no siente ninguna nostalgia de aquellos años.

Todas aquellas pequeñas bostonianas, blandas y sentimentales, que desfilaban por su cuarto como personajes en busca de autor, todos aquellos amores descarriados, aquellas aventuras mediocres, aquella calderilla de la vida, todo aquello, después de Nora, hasta le parece

increíblemente lejano y risible.

Al bajar del taxi, se fija en que el aire es cada vez más asfixiante y en que está sudando mucho.

El piso que ocupan Vicky y su marido da sobre una pequeña plaza desierta, rodeada de hoteles, a dos pasos de la estación de Earl's Court.

Consciente de que ya no puede retroceder, Murphy se detiene un momento ante el cristal de la planta baja del inmueble, la silueta un poco encorvada, los ojos con enormes ojeras de insomnio, el cabello pegado hacia atrás, el aire siniestro y elegante de un viudo.

Aprieta un botón para anunciarse. Es en el cuarto derecha, responde una voz en el interfono.

La puerta está abierta. Vicky Lumett, vestida de blanco, va y viene por el pasillo, hablando por teléfono. Así que él permanece en el umbral, tratando de comprender qué le sorprende más, si su altura —parece que haya crecido diez centímetros— o la mirada aguda que clava en él mientras le hace señal de que entre.

Al cabo de dos tramos de pasillo, ve detrás de ella un interior frío y brillante, como los pisos piloto de las promociones, con esculturas de metal y máscaras africanas colgadas de la pared.

Murphy Blomdale sería incapaz de decir si es de buen gusto o de mal gusto, primero porque está demasiado ansioso o demasiado distraído por la presencia del ama de casa para preocuparse de ello, y segundo porque los objetos en general le aburren.

No me había fijado en que era tan tarde, se excusa ella tomándole la mano para llevarle al salón.

Cuando están sentados uno frente al otro, de repente se siente deprimido, en una especie de desnudez emocional que le avergüenza como si fuera a echarse a llorar. Ya lamenta haber venido.

Además, sin saber por qué —quizá a causa del aspecto del piso— sospecha que es una joven materialista y no especialmente compasiva.

De manera que para ocultar su abatimiento procura no hablarle en seguida de Nora, se interesa por ella, por lo que hace —ha vuelto a estudiar y está terminando un máster en Derecho—, sus proyectos, sus amigos, su marido.

Como es bastante expansiva, la cosa no le cuesta mucho y charlan un rato. Ella, encantada de hablar con él, y él reconfortado al descubrir en esta chica, a la que apenas conocía, una suavidad, un humor, al mismo tiempo que una vitalidad tranquila, que suponen un cambio estupendo respecto a las personas que frecuenta en Londres.

A ratos, en su desamparo, llega a preguntarse si ella no será demasiado amable con él, demasiado encantadora, hasta el punto de que a ratos envía señales intencionadamente ambiguas.

Como ese brazo que ella se pasa tras la cabeza, en un gesto que más parece destinado a realzar sus jóvenes senos que a estirarse.

Hasta el punto de que, mientras bebe sus palabras, Murphy acaba persuadido de que es menos serena y madura de lo que quiere aparentar y que en el fondo de ella se esconde una especie de deseo confuso, de excitación púber que se agita bajo sus aires adultos.

Aún no hemos hablado de Nora, señala ella de repente al traer una botella de vino italiano, porque ha debido adivinar en su incomodidad una transferencia de sentimientos que normalmente no le son destinados y considera saludable centrar la charla.

Sí, es verdad, admite él sonrojándose con retraso por sus malos pensamientos.

Así que Murphy entra en el motivo principal de su visita, y le cuenta al detalle las gestiones que ha hecho para comprender las razones de la marcha de Nora —ya que ella no le dejó ninguna explicación—, las llamadas telefónicas que ha hecho a unos y otros para reconstruir su empleo del tiempo, el disco duro que ha revisado sin encontrar nada, como si hubiese borrado cuidadosamente sus huellas.

Ahora estoy convencido, le dice, de que lo organizó todo, lo planeó todo desde hace tiempo.

Por un escrúpulo elegante, no le dice nada de los cinco mil dólares que le ha aliviado antes de irse.

Yo no creo mucho en esa planificación, le dice ella suavemente mientras sirve el vino.

Y no creo, porque conozco a Nora y sé que es demasiado impulsiva para premeditar una ruptura.

En cuanto al hecho, prosigue, de que no le haya explicado nada, suele proceder así con los hombres —no es una chica dialéctica—. Nora es de las que creen que no hay nada que explicar, ni por qué una ama ni por qué se separa.

En realidad, Nora nunca ha sido una chica fácil de comprender, le recuerda, marcando una pausa como para rebobinar la cinta.

De hecho, ya en el instituto la consideraban un fenómeno curioso, a causa de sus *piercings* y el pelo decolorado. Era esa típica adolescente agresiva, acomplejada, un poco regordeta, que pasa por la vida mostrando las garras y que nadie, pero es que nadie, quiere tener por amiga. ¿Entiende lo que le explica?

Ella debió ser la única que adivinó que un día llegaría a ser muy guapa y que tendría una cohorte de aduladores.

Y cuando ese acontecimiento se produjo, al volver de las vacaciones de verano, y todo el mundo se puso a mirarla con los ojos muy abiertos, sus problemas no hicieron más que aumentar.

En particular, se acuerda de una escena en clase de deportes, una tarde, cuando Nora aún estaba en un periodo de transición, y por consiguiente no muy segura de sí misma, y unos chicos de metro

noventa aprovecharon para secuestrarla en el vestuario y magrearla, el uno la pierna, el otro un seno.

Fue indignante, parecía que cada uno quisiera un pedazo de ella.

Vicky Lamett, que comenta las imágenes con voz en *off*, reconoce que a partir de aquella época ella también se sintió atraída por Nora porque había seguido siendo pura y salvaje, y las dos detestaban a esas parejas babosas que se besaban por todos los rincones del instituto.

A ellas, en cambio, les gustaban los actores americanos o los poetas románticos, sobre todo Percy Shelley.

¿Un poco más de vino?, le pregunta.

Murphy, que le escucha sumido en una especie de calma atónita, cataléptica, le hace señal de que siga.

Le gusta su voz sostenida, ligeramente ondulante, mientras le cuenta aquellos años en que él no existía.

Nora, dice ella —y esto quizá explique lo otro—, es la hija menor de una familia disfuncional, con una madre depresiva, que de vez en cuando desaparecía, y un padre jugador y endeudado, empleado en la alcaldía de Coventry. No recuerda lo que éste hacía exactamente, el caso es que una vigilia de Navidad se largó llevándose la caja del club de la tercera edad, y hundiendo de golpe a la familia en la vergüenza y la penuria.

Al cabo de un año exacto, Nora aprovechó el marasmo familiar para emanciparse y unirse a un grupo de músicos, que supuestamente la iniciaron en el *funk* y la anarquía.

A partir de ese momento dejó de tener noticias suyas. Hasta que su hermana, Dorothée, le anuncia que Nora ha encontrado el gran amor en París bajo el nombre de Spencer Hill y que nunca había sido tan feliz. Hablaba de ello como de una verdadera redención, recuerda.

Pero la primera vez que volvieron a verse en Londres, al año siguiente, y que hablaron de cantidad de cosas, entre ellas de los chicos, la sintió bastante desilusionada, un poco como una princesa que ya no cree en la magia.

No paraba de acusarse de ser fría, egoísta y destructiva, y, francamente, le dio pena.

No añade: y luego le tocó el turno a usted. Murphy tampoco dice nada.

Se pregunta si puede sugerirle que tercie ante Nora a su favor, o si más vale esperar a que ella se lo proponga. Suponiendo, claro está, que le apetezca.

En esa perplejidad, se vuelve a servir vino y mira la tempestad en la ventana. Ve algunos relámpagos que se ramifican al fondo del cielo, y gente que corre hacia los coches.

¿Cree usted que si ella está en París usted podría hacer algo por

mí?, dice volviéndose hacia ella.

No lo sé, responde ella, con un pequeño mohín dubitativo, que él interpreta como una negativa categórica. Entiende que más vale no insistir e irse dignamente. Además, su marido está al llegar.

Fuera, alrededor de Earl's Court, reina la calma del vacío tras la lluvia, la gente ha vuelto a sus casas, las tiendas paquistaníes han bajado la persiana, los perros hurgan en los cubos de basura.

Al abrigo de una marquesina, Murphy espera un taxi fumando, invadido por la desolación del mundo, en él y a su alrededor.

Las dos llevan un rato sentadas en el banco de la estación, esperan el tren de Torquay. Nora le hace escuchar la música de REM en sus auriculares, el sol se levanta, ella aprieta la pierna contra la de Nora y el verano acaba de comenzar.

Tienen diecisiete años, se han convertido en un binomio simbiótico y se las ve en todas las playas. Cuando no están en la playa, viven en casa de los abuelos de Nora.

Mientras su marido duerme a su lado, Vicky Laumett visiona tranquilamente la estación, los anuncios de aquella época, el andén barrido por el viento, las adelfas, el océano verde a lo lejos, los viajeros que pasan y vuelven a pasar ante ellas, transidos por la humedad del aire, el hombre que escribe postales en el banco de enfrente.

Luego, con la misma deliberación, ve el rostro de Nora junto al suyo, su cabellera despeinada, su tez pálida, sus ojos castaños, sus pecas, sus labios resecos por el aire marino, que ella tanto quisiera besar.

Ese verano, lo que siente por Nora es más que una fijación.

El tren no llega. Se han escapado a las siete de la mañana para ir a encontrarse con un tal Aaron Wilson o Milson, al que ella personalmente nunca ha visto, pero del que Nora no para de hablar —es monitor de *windsurf*, toca la guitarra acústica y según ella debe tener por lo menos veintidós o veintitrés años—, de manera que ahora se encuentra dividida entre la curiosidad de verle y el miedo de que Nora la deje y luego tenga que regresar sola por la noche.

En el fondo preferiría que el tren no llegase nunca.

Si a escala geológica todos los instantes de una vida no forman luego más que un instante, que resume todos los demás, a Vicky le gustaría que fuera éste, aquel en que las dos están con las cabezas juntas, escuchando la música de REM en el andén de una estación, en verano, cuando las puertas de la vida aún están abiertas de par en par.

Luego, tras apearse del tren —grandes pedazos de la mañana han desaparecido— se dirigen al puerto y bajan juntas a las calles de Torquay, salpicadas de pensiones viejas como en la serie de la tele con John Cleese. Un ligero aroma a mar flota en el aire, por el cielo se deslizan nubes plateadas.

Se detienen en la terraza de un hotel para mirar el paisaje de la playa y esperar a que aparezca el famoso Aaron, pero no con excesiva impaciencia, porque al fin y al cabo tampoco es el arcángel San Gabriel, en esto las dos están de acuerdo.

En ese instante, alguien a lo lejos, a la derecha, grita el nombre de Nora y las dos vuelven la cabeza al mismo tiempo.

Allí abajo ven a un chico alto y moreno que atraviesa la playa

hacia hacia ellas, sosteniendo en alto la tabla. Es Aaron, dice Nora, que hace visera con la mano.

Le observan un poco más, apoyadas en la balaustrada, sin hacerle ninguna señal, los rostros bien paralelos expuestos al sol. Tienen todo el tiempo del mundo. Se diría que la simple presencia de Nora a su lado basta para provocar una dilatación de la duración.

A primera vista, cuando Aaron llega a su lado le parece demasiado alto, demasiado risueño, demasiado seguro de sí mismo, quizá porque ella, por el contrario, se siente vulnerable y no sabe qué actitud adoptar cuando él se lanza a besar a Nora. Para que no esté celosa, también la besa a ella —es un besador nato, parece— mientras le elogia los tejanos con *strass* y las zapatillas blancas.

Elogios que ella recibe aparentando la sangre fría más perfecta, mientras Nora la mira maliciosamente, como si ya hubiera trazado un plan.

Tras desembarazarse de la tabla, las lleva a comer a un *fast-food* situado en lo alto de la calle mayor, junto a una oficina de correos con cristales anaranjados.

Cuando no está besando a Nora y se acuerda de su existencia —y eso que está sentada delante de ellos—, Aaron le lanza una retahíla de preguntas como si la examinase, sobre sus gustos musicales o su programa de la tele preferido —a él le encanta una serie que transcurre en un submarino alemán—, mientras le coge alguna que otra patata frita.

Aunque ella se muestra distante y ceñuda y responda con monosílabos, en realidad le parece bastante gracioso, con algo infantil y tierno que la tranquiliza.

Luego bajan hacia el mar, con una especie de torpeza soleada, un poco intemporal, sin llegar a decidir si van a tumbarse en la playa o a la terraza de un café, como si el peso de su deseo —Nora camina entre ellos dos— les sumiese en un estado semiletárgico.

Pero, como ella descubre, la orilla del mar tiene la ventaja de que se puede seguir andando indefinidamente, sin tomar nunca ninguna decisión. Por consiguiente, ya se encuentran a kilómetros de allí, sentados en las sillas de un bar, en el interior de una sala de *bowling* llena de humo.

Hay una interrupción.

Me gustaría mucho, le dice su marido con voz hastiada, poder dormir sin tener la luz de tu lámpara en los ojos. ¿Sería posible? Ella la apaga.

Si tú supieras, piensa, volviendo de inmediato a Torquay.

Ahora la tarde ya casi se ha ido. Han vuelto a primera línea de mar para comerse un helado y pasear juntos a lo largo de la playa, con los ojos entornados por la reverberación del sol. Aaron le está

describiendo su alojamiento en casa de sus primos, que según él tiene algo de piso soviético y de hospedaje equipado con una cocina común y baño colectivo.

A las siete en punto hay que espabilarse para coger turno en la cola del cuarto de baño, les explica, o si no, aguantarse. El depósito de agua caliente tarda tres horas en volver a ponerse en marcha.

En ese momento ella no se pregunta por qué razón les cuenta todo esto. Además le escucha distraídamente mientras caminan, porque en la linde de su conciencia siempre tiene la sombra móvil de Nora, con su perfil recortado por el agua.

Al otro lado del puerto, en lo alto, ve una casa en venta, con grandes ventanales, con el nombre de una agencia y un número de teléfono que termina en 2013. Y sin saber por qué, de repente sabe que se acordará de ese número 2013 que ve parpadear al sol. Es como si fuera una fecha, una especie de aviso o de conjuro para el porvenir.

Vicky, tengo que hablar contigo, le dice Nora precisamente, aprovechando un momento en que están solas.

Tú sabes que yo no tengo secretos para ti. ¿Lo sabes?, repite, vale, y yo sé que tú no se lo dirás a nadie, continúa antes de confiarle en voz baja, como si fuera urgentísimo, que está enamorada de Aaron y que tiene muchas ganas de hacer el amor con él.

¿Ahora? Responde ella tontamente, de tan sorprendida.

Años más tarde Vicky Laumett vuelve a ver aquella escena como desde un helicóptero: la luz declinante, el horizonte, la cenefa blanca de las olas, los niños agachados en la arena, y ellas dos, jovencísimas, que hablan temblando como actrices debutantes.

Ella que le dice que no quiere quedarse sola, y Nora que le dice que ni hablar de eso y que la quiere tanto o más que a Aaron.

Yo no quiero que te vayas, insiste, acariciándole la palma de la mano con un dedo. ¿Te fías de mí?

Claro, dice ella mezclando su melena con la de Nora y buscando discretamente el sabor yodado de sus labios mientras una ola de placer la atraviesa de parte a parte.

Luego, no le da tiempo a pensar, ni a preocuparse por lo que vaya a pasarle, porque Aaron ya ha vuelto a su lado, con una lata de cerveza en la mano, y les anuncia que esta noche sus primos no estarán en casa —se irán hacia las nueve o las diez— así que pueden dormir en su cuarto.

Sólo hay una cama grande y dos sillas, les avisa, mientras se bebe la cerveza e intercambia con Nora una mirada cargada de secretos.

Y es en este preciso instante cuando ella tiene la impresión de comprender adónde quieren llegar.

Por mí no hay problema, responde de inmediato Nora, que forma parte del treinta y cinco por ciento de jóvenes inglesas de menos de

dieciocho años sexualmente activas. Mientras que ella, al lado, tiene los pechos de una niña de trece años y la experiencia correspondiente.

Pero lo único que se le ocurre decir es que quizá primero habría que telefonear a los abuelos de Nora para pedirles permiso.

Lo que hace reír a la nieta. ¿Y no quieres llamar tú a tus padres?

Por temor al ridículo, ella no se atreve a hablarles de lo demás.

Pero ya sabe que la han tomado como rehén y que probablemente se dejará hacer. Porque tiene demasiado miedo de que Nora la plante y que a causa de esto todo termine entre ellas.

Bueno, ¿y ahora qué hacemos?, le pregunta Aaron. ¿Vienes con nosotros o no?

¿Qué puede responder a eso? Evidentemente les sigue, ya que no le queda otra opción.

Desde la altura de su helicóptero, se ve caminando tras sus pasos, pálida y virginal, mientras ellos avanzan con los pies en el agua, abrazados como si de repente se hubieran olvidado de ella.

Alrededor ya no hay mucha gente, se ha levantado el viento y la gente se ha ido de la playa. A lo lejos, el sol se hunde chispeando en el mar, y ella ve una pequeña embarcación a motor que va y viene entre ninguna parte y ninguna parte, en una soledad tal, en una tranquilidad tal, que le dan ganas de llorar.

Para no dar el espectáculo, se pone a correr a lo largo de la playa, haciendo molinetes con los dos brazos y con la boca bien abierta para aspirar el viento marino.

Cuando el sol se oculta del todo, de repente la playa se convierte en un paisaje gris y solitario, sembrado de escoria arrastrada por las olas. Y como cada vez hace más fresco, acaban por desandar el camino.

Caminan juntos hacia el puerto, callados los tres como si jugasen a la gallinita ciega, mientras un perro loco persigue a una bandada de gaviotas.

¿Cuándo iremos? pregunta, estremeciéndose como si tuviera prisa por acabar.

Aún no son las diez, y ya no saben qué hacer. A causa de la marea alta, vista desde arriba la oscuridad a lo largo del malecón tiene algo de translúcido.

Luego, suben por calles al azar, esperando el momento en que podrán tomar posesión del cuarto y acostarse juntos.

O, más bien, es el momento el que les espera.

La luz matinal comienza a calentar las ventanas del salón cuando Léonard Tannenbaum, envuelto en su bata de algodón púrpura, arrastra por el parquet, con aire olímpico, un pequeño aspirador cilíndrico de la marca Rowenta.

Sin dejar de conversar con su visitante, aspira delicadamente el polvo de los cactus en sus macetas, antes de limpiar las hojas con un pedacito de algodón embebido en agua desmineralizada. Cada vez que se inclina sobre sus plantas —como Gulliver inclinándose sobre los jardines—, la bata deja ver las largas y flacas piernas sedentarias, y es sorprendente que antaño pudieran sostener un cuerpo imponente, esculpido en años de parapente y de remo.

La enfermedad ha descarnado las pantorrillas, demacrado su silueta, hundido los ojos azules.

Esta mañana no sé por dónde empezar y todo me cansa, dice corriendo las cortinas para paliar el calor.

Entonces pasan, el uno tras el otro, a la sala grande, con sus docenas de estatuillas chinas dispuestas sobre estanterías, a las que el dueño de la casa saca el polvo cuidadosamente mientras sigue su relato sobre la manifestación de los turcos marxistas-leninistas con los que se cruzó ayer por la tarde, en la place de la République, y la siniestra impresión que le hicieron aquellas banderas rojas, con la hoz y el martillo.

Su visitante no es un pardillo, se limita a asentir con la cabeza mientras mira por la ventana las verjas de las Buttes-Chaumont; primero, porque las multitudes exaltadas le fastidian tanto como al otro, y luego porque se sabe de memoria su perorata sobre la manipulación de las emociones colectivas y las pesadillas que de ello se derivan.

Léonard execra la Historia (prefiere la Eternidad) y siempre tiene la maleta preparada, por si las cosas se tuercen.

Mientras tanto, pertrechado con guantes de goma transparentes, se dedica a limpiar las manchas recalcitrantes del sofá con una espuma detergente mientras diserta volublemente sobre el resentimiento de las masas.

Sea por un síndrome de soledad o por deformación profesional —es titular de una cátedra de neurología—, con los años Léonard se ha convertido en un monologuista incorregible, que no le cede a nadie el turno de palabra, como en los debates de la televisión.

Y como su estado no mejora, y ya sólo da clases intermitentemente, ahora quienes lo disfrutan son sus visitas. Para él la vida se ha convertido en un anfiteatro permanente.

En la época en que él mismo era alumno de una institución privada, Léonard Tannenbaum ya era un chico tan brillante como

imprevisible, que siempre se estaba burlando de sus profesores o improvisando discursos escandalosos en las asambleas generales, cuando no intentando disimuladamente acariciarle las rodillas al vecino.

Y muy a menudo ese vecino era Blériot.

Que este amor de dirección única —Léonard debió enviarle más de cien cartas— pudiera transformarse en un afecto mutuo y casi exclusivo debe de ser cosa de una conjunción astral. Aunque esta relación no esté del todo exenta de segundas intenciones, por parte del uno y del otro.

Así, Blériot, siempre a la última pregunta, sablea con regularidad y con los más diversos pretextos a su ex enamorado —y de hecho esa es la razón de su presencia esta mañana— algunos billetes grandes y nuevecitos.

Además de las traducciones de artículos que le consigue Léonard, que forma parte del comité científico de una docena de revistas americanas.

En el fondo no sería raro que éste esperase una compensación por la inversión, pero aunque fuera así nunca ha dicho nada y ya debe de haber renunciado.

En contrapartida, porque alguna contrapartida ha de haber, Blériot debe confesarle sus asuntillos privados, evitando en lo posible los circunloquios y las explicaciones sicológicas, que nos despojan —según expresión de Léonard— de nuestra dignidad de pecador.

Si en el papel de director de conciencia está imponente, también es capaz de representar, con la misma convicción, a un monje libertino o bien a una gran dama escarnecida —la señora de Chevry-Tannenbaum — que le reprocha a su amiguito ser un ingrato y haberla dejado por una chica cuya reputación es de sobras conocida en todo París.

Lo que me apena, ¿sabes, cariño?, es que cada vez te pareces más a un pequeño toxicómano sin un centavo, le dice Léonard dándole tres billetes de cien, y me tienes muy preocupado. Me gustaría saber de qué estás tan colgado a tu edad.

Sin negar su parte de responsabilidad, a Blériot no le queda más remedio que recordarle que sólo se trata de un préstamo a muy corto plazo y que, además, quizá valdría más no hablar tanto de dinero, porque las paredes tienen oídos.

Con ello alude a Rachid, el hombre de compañía de Léonard, que acaba de volver de hacer la compra y al que se oye trastear en la cocina.

Aunque también haga de ordenanza, de confidente, de amante y de hijo adoptivo, Rachid no tiene nada que ver con la idea que uno pueda hacerse de un príncipe azul. Es más bien un grandullón con la cara llena de granos, de aspecto turbio, que se entromete en todas las

conversaciones y siempre quiere tener la razón en todo. Hasta que agota la paciencia de su protector, que le canta las cuarenta hasta hacerle entrar en razón.

Después de lo cual le castiga enviándole a la cocina y prohibiéndole participar en la conversación.

Son formas claras de abuso doméstico, y Blériot lo sabe muy bien, como también sabe que en esos momentos es cómplice objetivo del abusador, tanto por su pasividad —que a menudo roza la complacencia— como por esa costumbre impertinente que ha tomado de ponerse los auriculares y retirarse a un cuarto, en cuanto hay follón en la sala.

Todo esto para al cabo de una hora reunirse, como hoy, en la mesa con los *bricks* y los *falafels* amorosamente preparados por Rachid, mientras en un aparte Léonard se queja de las eyaculaciones precoces de su amante, que atribuye a la excitabilidad excesiva de los musulmanes y a su angustia por lo prohibido.

Podrías esperar a que salga, le dice Blériot en voz baja. Porque hay días en que las provocaciones de Léonard le divierten y otros en que le afligen como relinchos de soledad.

Al contrario de lo que creen mis colegas de la facultad, continúa éste, en mis estudiantes o en mis pacientes no pienso mucho, no más que en Aristóteles; en lo que pienso es en el sexo y sólo en el sexo.

Esta vez, con la cara hundida en el plato, Blériot no hace comentario alguno. Ha activado su dispositivo de protección mental —el DPM— y contiene la respiración mirando las migas esparcidas por la mesa mientras su espíritu cristalizado refleja las luces y sombras de la tarde.

Siempre es en esos momentos de estupor y debacle moral cuando se siente más bajo, cuando echa más en falta a Nora y quisiera llamarla para que viniese a recogerle.

Cuando suena el teléfono y oye por tercera o cuarta vez la voz trémula de Sam Gorki preguntándole si Nora ha vuelto, Murphy se apresura a colgar y pensar en otra cosa, como hombre habituado a controlar la encrucijada de sus emociones.

Desde hace dos semanas —desde que pasó aquella extraña velada en casa de Vicky Laumett— ya no siente angustias, ni crisis de llanto, y ya no toma ningún antidepresivo. La bebida apenas la prueba.

Además, sabiendo que su temperamento es vulnerable a esto último, ha empezado por desembarazarse de todas sus botellas de alcohol y prácticamente se ha prohibido salir de noche, sobre todo a visitar a personas tan intempestivas como él.

De su episodio doloroso con Nora, sólo le queda un vago malestar postraumático, con languideces de convaleciente y un estado de fatiga que le obliga de vez en cuando a consumir excitantes y a salir a correr por un parque, exhalando nubecitas de vapor matinal.

Esta mañana corre cerca de media hora, y luego decide correr dos manzanas más para ir a nadar a la piscina municipal, porque quiere mantener cierta masa muscular.

A las nueve en punto se ducha, se pone la camisa y el traje de Armani de agente de bolsa y al cabo de una decena de estaciones de metro —suficientes para hojear el periódico y reflexionar vagamente sobre el estado del mundo— llega ante su agencia con el espíritu despejado y las baterías cargadas, listo para afrontar los riesgos y azares de los mercados financieros.

El gran ascensor acristalado se detiene en el noveno piso y Murphy Blomdale, con la chapa en la mano, sigue a sus colegas, sin hacerse más preguntas de las que ellos parecen hacerse mientras vuelven a su puesto de trabajo, como si cada uno de ellos fuera desplazado por una fuerza sin intencionalidad y adoptase automáticamente esa máscara inexpresiva y esa actitud enérgica por si resonase a sus espaldas el paso conminatorio de la señorita Anderson.

En la prolongación del hall de entrada, la sala principal está constantemente bañada de una especie de penumbra gris, mientras las cifras azules de las cotizaciones desfilan durante todo el día por columnas en las pantallas digitales.

Una treintena de personas intercambiables, dedicadas a la informática y a las finanzas, trabajan en esta atmósfera tan aséptica como la de un laboratorio de la que están excluidas las pasiones políticas y los escarceos sentimentales.

Además cada cabina de trabajo está insonorizada y separada de la siguiente por un tabique de plexiglás, para que los pensamientos de su ocupante interfieran lo menos posible con los de su vecino.

En este instante, los pensamientos de Murphy están absolutamente

concentrados en su superior jerárquica, la impresionante señorita Anderson —una rubia de metro ochenta y dos—, instalada al fondo del pasillo en un minúsculo despacho con paredes de vidrio donde todo el rato tiene que andar con cuidado de no moverse demasiado para no derribar el mobiliario.

En el fondo esta señorita Anderson a la que tanto teme no es una mala persona, simplemente tiene un carácter impetuoso, de forma que cuando ordena efectuar tal operación en tal mercado, no es cuestión de diferir y mucho menos de discutir: son órdenes de inmediato cumplimiento.

Sin que se sepa por qué —debe de ser algo freudiano— ella desde el principio sintió contra Murphy una extraña aversión, que apenas disimula, y ahora aprovecha su vulnerabilidad para reprenderle delante de sus colegas a la menor ocasión.

Aunque éstos a veces parezcan extrañados de ese proceder, Murphy, que conoce la ética de ese mundillo, también sabe que algunos se alegran de sus problemas con su superiora, especialmente los agentes Mike y Peter, que siempre van en pareja, como Gog y Magog, y se apartan ostensiblemente cuando se cruzan con él, asustados de tocarle, como si además de ser americano y católico tuviera la desgracia de ser cleptómano.

Después de cuatro o cinco horas de trabajo ininterrumpido Murphy come un bocado y se concede un momento de relax en la cafetería, situada seis pisos más arriba. Es un gran volumen monocromo, iluminado por un ventanal sobre el Támesis, donde le gusta ir a tomarse una soda, mientras observa a sus colegas con la curiosidad de un antropólogo que estudia los hábitos de un grupo social.

Consciente de que el observador altera lo observado, procura hacerse lo más invisible que puede, y cuando le saludan se contenta con un ademán cordial, para no quedar tampoco como un fatuo.

En realidad no sabe qué le desmoraliza más en sus colegas, si la adolescencia perpetua de unos o el envejecimiento precipitado de los otros, sin duda imputable al estrés y al aumento exponencial de su consumo de alcohol.

La presencia en este instante del patrón de la agencia, John Borowitz, no podría parecer más desplazada. Porque además de su sobriedad casi anacrónica, se singulariza por una discreción casi taciturna, así como por un rigor moral que a todos les impone respeto. Si el general De Gaulle hubiera sido moreno, alto, con mechones plateados, se le podría haber atribuido cierto aire a él.

¿Se siente mejor? le pregunta a Murphy con su cordialidad habitual y ese tono un poco protector típico de los veteranos de Harvard —los dos son bostonianos— para con los novatos.

Ya sabe que sigo teniendo grandes proyectos para usted, le

murmura antes de eclipsarse, con su taza de café.

Ahora la cafetería está prácticamente vacía. En la terraza sombreada por un toldo, dos chicas que fuman lanzan gritos histéricos cuando el viento les levanta la falda.

Es la hora en que antes a Murphy le gustaba ponerse en comunicación telepática con Nora. La encontraba sentada con mucha formalidad, con un libro en la mano, en un café del Soho, o bien paseando por las avenidas de Green Park.

A que no adivinas lo que he comprado, le gritaba ella agitando una gran bolsa de papel.

Siempre era una adivinanza de dos o trescientas libras esterlinas.

Hoy, por más que cierre los ojos y busque a tientas, la comunicación no se establece.

Sabe que ella está muy lejos, perdida en una ciudad extranjera —probablemente en París—, que ya no piensa en él, pero por desgracia el telescopio de sus celos es lo bastante potente para verla a cientos de kilómetros, botando sobre una cama bajo las embestidas de un desconocido.

Ahora, al pensar que cualquier día puede quedar encinta de otro hombre, Murphy siente tal nostalgia —tiene que encerrarse en el lavabo— que se siente a punto de romper en sollozos.

Cuando consulta el buzón de voz —su padre le ha llamado dos veces— Blériot se encuentra al pie de los jardines de Luxembourg, exactamente en el cruce de la rue d'Assas con la rue Auguste-Compte, apoyado en la verja y abrumado de calor.

Siente que tiene sesenta años.

De repente, sin premoniciones ni avisos, en el último mensaje oye la voz de Nora. Y todo lo que estaba pensando sobre su padre y su madre se borra al instante.

Estamos en el día vigésimo primero después de la Ascensión.

Ella le dice en inglés, separando bien cada palabra, que entre las cinco y las seis pasará ante el café de la avenue Daumesnil donde antaño solían quedar. Si él no pudiese ir, ella volverá a llamarle sin falta el martes por la mañana, le tranquiliza y le envía un beso.

Cuando él vuelve a cruzar el parque en sentido inverso, su silueta se ha enderezado y el rostro se ha despejado, hasta el punto de que algunos de los sentados en los bancos se preguntan si es la misma persona. Blériot, que evidentemente tiene la facultad de cambiar de edad según su conveniencia, adelanta a uno que hace *jogging*, y luego a otros dos, mientras se dirige a la parada de metro más cercana con ese paso veloz que tienen los atletas de la espera.

Al mismo tiempo —porque se conoce— se esfuerza por no embalarse y no ir más rápido que la música, para reflexionar con tranquilidad en las decisiones que hay que tomar.

Desde luego, es consciente de que no debe echar a perder esta segunda oportunidad y que por el contrario hay que desplegarla, organizarla, darle forma, de manera que se convierta en un programa de vida duradera. Sin saber por dónde empezarán.

Todo depende de ella y de lo que ella espera de su cita.

En cuanto a él, en este preciso momento lo único que sabe es que ella está volviendo a él después de dos años de eclipse.

Mientras razona así, tratando de no apresurarse, se siente llevado por tal corriente de vida, tal nerviosismo —que seguramente no es más que una impaciencia infantil por ser feliz—, que a cada zancada que da tiene la sensación de rebotar sobre la acera.

A este ritmo, claro, Blériot llega con una hora de adelanto al final de la avenue Daumesnil y se pone al acecho tras el parabrisas de una camioneta aparcada a algunos metros del lugar donde se han citado, para tener la ventaja de verla antes.

Luego, de repente se siente tranquilo, casi indiferente, como si por un efecto de disociación no estuviera tanto en el momento presente como en el recuerdo de ese momento, y que todo lo que viese ya estuviera impreso en una tira de fotogramas.

En ella están registradas las nubes que vuelan en formación por

encima de París, el coche negro aparcado al fondo del callejón sin salida, las dos mujeres rubias que salen de un hotel, el chino que echa migas de pan a las palomas, y el otro chino que hojea con impaciencia un diario de carreras, sin imaginarse que él también ha quedado impreso en la imagen.

Nora llega con dos años de retraso, a las cinco en punto.

Mientras pivota sobre sí misma para buscarle con la mirada, cesa todo ruido, no se siente el menor soplo de aire, la rotación de la tierra se interrumpe por unos nanosegundos —para sorpresa de los dos chinos—, mientras Blériot percibe muy claramente la vibración de su propia emoción, como la difusión de una especie de onda sonora cuya duración registra mentalmente.

De hecho, la reconoce sin reconocerla.

Entre tal como ella era el día de su partida y tal como es hoy, tiene la impresión —quizá a causa del vidrio de la camioneta— de que hay como una ligera película transparente, que la hace a la vez igual a sí misma e imperceptiblemente diferente.

Sin embargo ella sigue siendo igual de juvenil y deslumbrante, el mismo cabello claro le enmarca las orejas, tiene las mismas pecas, la misma elegancia, con su camiseta blanca bajo una chaqueta de seda negra. Pero hay algo más, su rostro parece diferente, más marcado, más tenso, sin duda por culpa de la aprensión.

Quizá piense que él no se va a presentar.

Pero Blériot, entregado a la excitación ilícita de observarla a escondidas, no se mueve. Con los ojos siempre pegados al cristal, intenta refrenar el sentimiento de alegría que dan los comienzos, cuando el futuro aún está descansando y todo está tranquilo.

Cuando por fin sale de su escondite, con las manos en alto como si se rindiese, ella tiene una mueca al verle, como un espasmo de sorpresa o de timidez, y luego da dos o tres pasos hacia él y se echa en sus brazos sin más protocolo.

¡*Oh!, Louis, I've missed you so much, so much*, repite con tales demostraciones de entusiasmo que se diría que es una niña que nunca ha besado a un chico.

Hay para quedarse mudo.

Pero Blériot intenta tartamudear algo para darle la bienvenida y decirle que también la añoraba mucho, pero su voz quebrada emite una especie de silbido en el que sólo se oye: Neville, lo sabía, te aseguro que lo sabía.

Ella nunca sabrá qué sabía él, porque ya le ha llevado de la mano dentro del café.

Son manos que llevan dos años sin tocarse y que evidentemente tienen ganas de estar juntas. Manos febriles y un poco húmedas, pero cuya comunicación química les hace felices.

En cuanto acostumbran los ojos a la penumbra del café, automáticamente van a sentarse en el mismo rincón que antes, en el rincón, cerca de la escalera, y piden las mismas bebidas, como si todo siguiera igual y la temporalidad del amor fuese indefinidamente reversible.

Con la diferencia de que, si en el tiempo personal de ella aparentemente han pasado quince días desde que le dejó, en el tiempo físico de él han pasado veinticinco meses, tres semanas y cinco días.

Por fin, cuando él le pregunta cómo ha organizado su vida en París, Nora le confiesa con una sonrisita vacilante que espera que pronto le den un empleo de azafata recepcionista pero que de momento está a la última pregunta, sin trabajo y sin dinero.

Por suerte vive en una casa en la periferia, prestada por su prima Barbara, le explica, si no las cosas estarían aún peor.

Sin decirlo abiertamente, Bleriot hubiera preferido un discurso un poco menos materialista, que se hubiera referido, por ejemplo, a ella y a él, y a lo que ha estado haciendo sin él desde que está en París. Pero cada cosa vendrá a su debido tiempo.

Como es a la vez inflamable y timorato, no se atreve a pedirle que le lleve de inmediato a visitar su casa en la periferia. Y como ella, por su parte, no muestra ninguna señal de impaciencia —ha pedido la segunda cerveza— y se comporta exactamente como si tuvieran toda la vida por delante, corre el peligro de esperar demasiado.

Aunque ciertos indicios subliminales le inducen a pensar que ambos tienen los mismos propósitos.

En cualquier caso, él ha tenido que proponerle tomar un taxi —ella lo estaba esperando, al parecer— para que se terminase la cerveza de un trago, llenándose los labios de espuma.

Entonces se dirigen juntos hacia la Porte Dorée, en busca de una parada, siempre cogidos de la mano, las piernas ligeras, hasta el punto que por momentos se diría que no caminan sino que se deslizan, como Fred Astaire paseándose con Judy Garland.

Con tal rapidez han recobrado la naturalidad de su relación, una vez efectuados los ajustes necesarios, y el placer de desplazarse juntos por las calles y besarse en los taxis.

Además a la entrada del Boulevard Périphérique se siguen besando, y ese beso, que debe ser el más largo de la historia —Blériot sigue con la apnea—, termina kilómetros más allá, en una calle sin salida, en lo alto de Les Lilas.

Cuando salen del taxi, el sol de la tarde sigue cálido y la casita de ladrillos blancos —es aquí, dice Nora empujando la puerta del jardín — parece reflejar la luz de un verano perpetuo.

¿Sabes qué? dice Nora mostrándole de repente su bolso. No, admite él.

No encuentro las llaves de casa.

Han entrado por la ventana del jardín forzando los postigos.

Entonces sus pasos resuenan como en una casa vacía. Blériot ve cajas de cartón apiladas sobre el parquet del salón, muebles recubiertos de sábanas blancas. En medio del pasillo, un cuarto iluminado por una bombilla desnuda contiene material de oficina.

La cocina parece ser el único lugar habitado de la casa. Es una cocina de lujo, toda de acero inoxidable, con encimera de mármol y una nevera inmensa con puertas de vidrio.

¿A qué se dedica tu prima Barbara? pregunta pasándole discretamente la mano por la espalda. (Parece que desde que han entrado en la casa no se atreven a mirarse a la cara ni a besarse.)

Creo que hace auditorías, se pasa la mitad del año viajando. En este momento está en misión en Singapur, dice ella. Es clavada a mi hermana.

Yo soy la oveja negra de la familia, añade, sacando una botella de vino y unos vasos.

Aún no me has dicho qué hacías en Londres.

Tomaba clases de teatro, donde Camden Road. Era un curso de nivel bastante bajo y creo que no me costará encontrar aquí algo mejor, añade bebiendo su copa en la ventana, con la espalda vuelta hacia el jardín.

Deben de ser las nueve pasadas, quizá las nueve y media, calcula Blériot, mientras constata que la luz de la tarde le sienta muy bien.

Se queda silencioso un momento, mirando su copa. Los nervios, la emoción, que reconoce como un bordoneo característico de su oído interno, le han hecho olvidar lo que quería decirle sobre el teatro.

Después de acabarse la copa y de fumar un cigarrillo, le pregunta prudentemente —siempre es posible un error de interpretación— si no quiere que vayan a instalarse en su cuarto, porque está un poco cansado de estar sentado en la cocina.

Como tú quieras, dice ella, posando en él sus ojos castaños.

El cuarto en cuestión es una estancia espaciosa sin muebles —sólo una cama y un televisor— que parece un cuarto de hotel, con un lavabo y un hueco que hace las veces de ropero. Las cosas de Nora están esparcidas por el suelo.

Barbara me ha prometido que en septiembre traerá algunos muebles, le explica encendiendo la televisión y sentándose en la cama, con las piernas recogidas bajo la falda.

Blériot marca un tiempo muerto, un poco sorprendido por esta iniciativa, antes de imitarla y caer en la cama también él.

Como quien no quiere la cosa, se pega a ella, le pasa el brazo alrededor de la cintura, y comienza a mordisquearle suavemente la nuca y los hombros, mientras ella zapea sin parar.

Espero que hayas vuelto para verme, y no para ver a Spencer, le dice de repente, como si le asaltasen las dudas.

Louis, ¿te acuerdas de nuestra regla? le dice ella deteniéndose en el rostro ansioso de Natalie Word. Cuando estamos juntos los demás no existen. Pero si te vas a quedar más tranquilo, Spencer vive en Edimburgo, está casado y dirige la empresa que le ha cedido su padre.

¿Y el siguiente? dice él.

El siguiente sigue viviendo en Londres, pero si no te importa preferiría que hablásemos de otra cosa.

Entonces él tiene un momento de indecisión.

Te prometo que no volveré a hablar de eso, le dice Blériot, cogiendo como distraídamente sus senos en sus grandes manos y casi asombrándose, porque nuestra alma tiene un conocimiento muy confuso de los cuerpos exteriores.

Pero sus manos no están soñando. Lo que retienen prisioneros son sus senos.

Como para confirmárselo, Nora se levanta a apagar la televisión y vuelve tranquilamente a sentarse a su lado, apretando los labios contra los suyos, mientras le deshace el nudo de la corbata —como si lo hiciera de memoria.

Una vez le ha quitado la camisa, los dos, sin prisas, sin apresurarse en absoluto, con gestos prácticamente sincronizados, continúan desnudándose mutuamente en medio del cuarto, ella tirando con todas sus fuerzas de sus tejanos —él ya se ha quitado los zapatos—, y él sacándole la falda como en sueños, sintiendo de paso el milagroso frescor de sus piernas.

Cuando por fin ella está tumbada en la cama con las manos cruzadas en la nuca, Blériot se queda unos segundos de pie, con un nudo en la garganta, en una especie de éxtasis táctil-óptico que le hace temblar mientras detalla cada parte de su cuerpo recuperado, sus senos, su sexo, su pelvis, sus muslos de adolescente, sus pies grandes y delgados, y su minúsculo ombligo saliente, que le recuerda el nudo de un globo de goma.

Te das cuenta, Neville, hace ya dos años. Dos años, insiste, inclinado sobre ella mientras su gran sombra le oscurece los ojos.

Es verdad, Louis, tengo muchas cosas que hacerme perdonar, reconoce Nora, aprovecha.

Es la frase más extraña y más excitante que Blériot haya oído nunca.

Así que se extiende sobre el cuerpo de la penitente, hunde el rostro en su cuello, y durante un largo rato se quedan así en la oscuridad, silenciosos, estremecidos, como si sintieran la dopamina irrigando sus cerebros.

Luego él se alza sobre las manos para seguir mirándola, y cuando

empieza a moverse lentamente, atentamente, y comienza esa extraña operación de absorción, que es un desafío a las leyes de la física —puesto que en principio dos cuerpos no pueden existir simultáneamente en un mismo punto—, los ojos de Nora adquieren una limpidez irreal, casi lunar.

No saben si fuera es de día o de noche. Blériot tiene la impresión de que su abrazo podrá durar horas y horas y que se han lanzado a batir marcas que nunca serán homologadas.

Salvo que en un momento dado, sin saber cómo, el nombre de Sabine le vuelve a la conciencia —Sabine que le espera sola en el piso — y de repente se queda suspendido en el vacío.

Luego sacude la cabeza para liberarse de esa idea y casi de inmediato vuelve a hundirse, llevado por la corriente genésica.

Sigue a esto un breve intervalo de olvido y satisfacción compartida —todas las partes de sus cuerpos están igualmente afectadas—, hasta que bruscamente Nora le agarra por el cuello como si tuviera algo muy importante que decirle, y lanza a su oído un largo grito suave, como el que lanzan las sirenas.

Al cabo de un instante, sus piernas se convulsionan, en una última crispación, y da un salto de lado, lanzando un grito muy diferente: tiene una rampa en la pantorrilla.

¿Una rampa? exclama Blériot, como si nunca hubiera tenido rampas.

A la mañana siguiente, sale de la casa y vuelve a encontrarse en esa calle rural, en lo alto de Les Lilas, con los sentidos tan a flor de piel a causa de la fatiga, que el menor ruido le sobresalta. La luz del día le hace arder los ojos.

Para relajarse, saca del bolsillo su iPod y escucha bajito la *Elegía* de Massenet, mientras camina en dirección al Boulevard Périphérique.

Al cabo de dos o tres calles, se cruza con camionetas del riego que dan la vuelta a la plaza y enfilan una cuesta. Los empleados municipales calzados con botas riegan el asfalto con sus mangueras. Tras su paso, las calles parecen playas inundadas. El aire es muy azul.

Sufriendo una ligera sensación de distorsión temporal, Blériot siente que el día está ya muy avanzado, cuando su reloj marca las diez. Al ir bajando percibe la vacuidad de las mañanas de domingo, la escasez de la circulación.

Por una ventana entreabierta, ve a un hombre dormido en su cama, mientras que a su lado una niña se chupa el dedo, con la vista clavada en el techo, escuchando la radio.

Después de intentar llamar a Nora, ha entrado en una *brasserie*, ha pedido un café y dos cruasanes y se ha sentado en un banquillo ante el escaparate, escindido, de repente, entre la satisfacción de estar solo en esta sala casi vacía y el desaliento ante la idea de volver a casa.

Blériot, que aún cree en la justicia inmanente, a veces se pregunta qué precio le costará esta vida de falsedades.

¿Un cáncer de pulmón? ¿Un accidente de coche? ¿Una depresión de caballo?

Sea lo que sea, sabe que algo tendrá que pagar.

Su instinto de conservación le dice que quizá ya es hora de hablar con su mujer y recuperar la libertad, para salvar lo que se pueda.

Pero sabe muy bien que no lo logrará —hoy, por lo menos, no— porque es consciente de su inmovilismo, sus dilaciones perpetuas, su apego pueril a los lazos del pasado, y sobre todo, porque tiene la secreta esperanza de que Sabine tome la decisión antes que él.

Un día, llamará al interfono: Se acabó, le dirá ella al aparato, puedes irte, aquí no pintas nada.

Para estar seguro, volverá a apretar el botón. Te he dicho que se ha acabado, gritará el aparato, ahora déjame en paz de una puñetera vez.

Y él se irá. Saldrá de su vida como se sale de un cuarto, pidiendo perdón por haberse equivocado de puerta.

Hace tanto sol —de repente hace un calor espantoso, sin un soplo de aire— que renuncia a seguir caminando y toma un taxi en la Porte des Lilas. El coche está climatizado, el chófer vietnamita lleva guantes blancos. Durante un instante, Blériot, que ha vuelto a conectar la música, se siente casi feliz, como si no le faltase nada.

Al bajar del taxi, delante de su edificio, ordena prudentemente sus auriculares y sus gafas negras —como esos malhechores que una vez han cumplido un delito, lo que más les apremia es esconder en el jardín la nariz y la barba postiza— y luego empuja la puerta de entrada como si nada.

En la escalera nota que tiene seca la garganta y que le laten las sienes.

Encuentra a su mujer sentada en el salón, ante su ordenador. Cuando se inclina para besarla, ella tiende distraídamente la mejilla, mientras sigue tecleando como si nada.

Sólo le parece que está un poco pálida, más distante, quizás más irritable que de costumbre.

Entonces Blériot, siempre un poco poltrón, da la vuelta al salón sin decir nada, procurando no derribar los muebles, y se sienta lo más discretamente posible en el sofá del fondo, en la esperanza de que su actitud humilde y su aire abatido la predispongan favorablemente.

Pensé que se te ocurriría la idea de telefonearme, señala ella sin dejar de escribir. De manera que durante los segundos de silencio que siguen él tiene la impresión de que ella está redactando un atestado.

Lo que acentúa un poco su sensación de incomodidad.

Pensé en llamar, pero creía que volvería mucho antes, dice, preguntándose si esta declaración será considerada un atenuante.

Supongo que estabas con unos amigos y que lo estabais pasando bien, dice ella volviéndose a mirarle. De hecho, todos sois iguales. Hay días en que me digo que eres tan falso e hipócrita como los demás.

Blériot no sabe a quién se refiere, pero como no tiene ganas de cargar con el fardo de otros, se empeña en hacerla cambiar de opinión asegurándole que está muy equivocada, porque ha pasado la noche en casa de Léonard, trabajando.

Los dos estábamos desbordados porque había que traducir lo menos veinte páginas.

Pero algo en su mirada le impide seguir por ahí.

Ella se aproxima a él mirándole con ojos impresionantes, ojos inteligentes y tristes como no los ha visto en su vida, y él inclina la cabeza, se aprieta contra ella y recita interiormente un acto de contrición.

Aunque sepa que nadie tiene la culpa.

Porque el amor no tiene solución.

A las tres, el aire del piso sigue igual de caluroso pese a los ventiladores. Comen juntos, sentados en la cocina. Cada uno en su papel, él en el de hijo pillado en falta, ella en el de madre amorosa, infinitamente indulgente, que siempre acaba perdonándole sus faltas, por cansancio o por fatalismo.

A Blériot le gustaría cogerla de la mano y decirle algo tierno y

espontáneo, para aliviar su sensación de indignidad, pero no se le ocurre ninguna palabra.

Al cabo de cierto lapso de tiempo, siente que sus miembros se entumecen debido a la inmovilidad. La rigidez y el silencio empiezan incluso a marearle y siente que va a tener una de sus migrañas.

Parece que todo se haya detenido en ellos y alrededor de ellos. En el exterior ya no hay ni un ruido.

Salvo la caída de una gota de agua del grifo, nada indica siquiera que el tiempo sigue transcurriendo.

Con las manos posadas sobre la mesa, los dedos separados, Blériot, que parece que cuente los segundos, percibe hasta las ranuras en la madera, hasta las sombras de los cubiertos de acero inoxidable, como un observador hipnótico.

La escena es tan larga y persistente que parece perpetua.

Louis, ¿te gustaría acompañarme a Milán? le pregunta ella de repente, como para arrancarle de su sueño.

Sólo serán dos o tres días. Mientras yo trabajo tú podrías visitar la ciudad, airearte un poco y acercarte en tren a Bérgamo y Verona. Sería muy fácil.

Claro que me encantaría volver a ver Verona, pero ahora tengo demasiados compromisos y no puedo, le responde como el mentiroso compulsivo que es.

Al menos eso le permite levantarse de la mesa y, sin solución de continuidad, meterse en su despacho.

Su mujer no dice nada, pero él tiene la sensación de ser seguido por ojos con rayos X.

Pasa parte del día en un estado de ansiedad vacilante, metido hasta las cejas en el diccionario, luego escribe una docena de líneas de su traducción sobre las alteraciones linfáticas, y luego llama a su padre.

El carácter de su madre sigue siendo igual de problemático y la atmósfera de la casa igual de espesa, le resume su padre entre el chisporroteo del teléfono, como si le hablase desde un país tropical en el que siempre está lloviendo.

¿Podrías venir uno de estos días?

En estos momentos no sé si puedo, elude él.

Y luego, al cabo de dos o tres minutos —los expertos verán en ello la señal de una personalidad escindida— ya tiene ganas de hablar con Nora y de volver a su casita.

Y esas ganas son muy fuertes.

Como ya hace mucho tiempo que cree que la química resulta menos cara que la psicología, Blériot acaba por tomarse un valium y se acuesta.

Encogido en posición fetal, en ese instante se parece a un hombre al límite del agotamiento nervioso, perdido entre los problemas de su

familia, sus preocupaciones de traductor y sus angustias de marido adúltero.

Al final de la tarde, por darle gusto a Sabine, se reúne con ella en el salón y mira en la tele un viejo episodio de Star Trek, con la cabeza reclinada en su hombro y apretando un gran cojín contra el vientre como quien descubre el efecto emético de la ingravidez.

Hemos sufrido una avería muy grave, mi capitán, pero mantenemos el control de la nave, dice Spock informando al capitán Kirk.

Todos a sus puestos, responde el capitán Kirk, con la mirada clavada en el cielo incandescente.

Gracias a Spock, bien está lo que bien acaba, dice el doctor McCoy.

Blériot no dice nada, aunque en lo relativo al problema de Sabine y él le encantaría ser tan afirmativo.

Y ahora, directos a Tantalus, exclama el capitán Kirk.

En la orilla del lago, Murphy Blomdale distingue fugitivamente a una pareja de obesos vestidos como marcianos que toman fotos de todo lo que ven, probablemente con la intención de algún día venderlas en Marte.

A esta hora la luz es tan cegadora que prefiere buscar refugio en la sombra y comprarse una soda.

Luego, reanuda la marcha a un ritmo muy suave, tuerce hacia Marble Arch y vuelve a correr en solitario por las avenidas del parque, con el corazón y el espíritu vacíos.

Aunque aún sufre algunos momentos de desánimo y su vida le parezca cruelmente carente de interés, en realidad Murphy no es más desdichado que cualquier otro. Sólo que es más apático, más lento, como si sufriera de alguna especie de carencia existencial.

Esta mañana, nada más regresar del parque y sentarse frente al televisor, se ha dormido, y encima a mitad de una película china. Con el periódico en el regazo y la cabeza vuelta hacia atrás, exactamente en la misma actitud que su padre y el padre de su padre.

Hay días en que incluso siente que envejece físicamente en el sofá, sin duda porque su inmovilidad agudiza de forma anormal su percepción del flujo temporal.

En el momento en que el teléfono le despierta bruscamente, Murphy ha creído que se trataba de Vicky Laumett. ¡Feliz cumpleaños! grita una chica en francés. Así que no era Vicky.

Luego, se hace cargo. ¿Aún te acuerdas de mí?, se sorprende.

La prueba: no me he olvidado de tu cumpleaños.

Pues yo sí que lo había olvidado, dice Murphy.

Entonces hay un largo momento incómodo, como si ella se fuera a poner a llorar.

Dime, Nora, ¿piensas seguir llamándome una vez al año?, le pregunta Murphy, ironizando a su pesar. Porque la ironía no forma parte de su carácter ni de su propio interés.

Será que cuando uno lleva tanto tiempo esperando a que otro dé señales de vida, cuesta que el filo del rencor se embote.

Te llamaré tan a menudo como pueda, le responde ella con una voz dócil. Sólo que ahora estoy buscando trabajo en París y también quisiera encontrar clases de teatro, así que tendrás que darme unas semanas de plazo.

Murphy tarda en reaccionar. Deja pasar un momento de vacilación y luego, con tono indiferente, como si se tratase sólo de una cuestión de detalle, le pregunta si en París está viviendo sola.

¿Tengo que responder a eso?

No, dice él, después de otra pausa de vacilación, porque sabe perfectamente a qué atenerse.

Incluso se diría que ahora en el cuarto se recorta la silueta de aquel del que ella no quiere hablar, sobre una pared de silencio.

¿Sigues ahí? Dice ella.

Sigo aquí, Nora. Por cierto, me gustaría que me dijeses de una vez por todas si tengo o no tengo que seguir esperándote o si vale más que pase el duelo y piense en otras cosas, como una persona mayor.

Yo no te dije que no nos volveríamos a ver, le reprende ella suavemente, te dije que, por el momento, me quedaba en París porque tengo un montón de cosas que hacer aquí y por eso no estoy muy disponible.

Al cabo de unos minutos, cuando ella le recita la lista de todas las cosas que ha previsto hacer en París, añadiendo un montón de detalles y digresiones agobiantes, Murphy deja de escucharla. O más bien, de la misma manera que se cambia de pista en la grabación de un disco, borra las palabras y conserva sólo el sonido.

El sonido de su voz de jovencita, con su respiración, sus vacilaciones, sus caídas, sus silencios, sus precipitaciones, como en un canto cuya melodía acabase de recordar.

No dice una palabra más. Tumbado en el sofá, la escucha, invadido por una melancolía oceánica.

¿Me escuchas? dice ella de repente, con voz inquieta. Podrías decir algo.

Tú sigue hablando. Pero espero que por lo menos me digas cuándo piensas volver a Londres, responde adivinando que ella va a repetirle que no lo sabe. Porque ella ha elegido no elegir y conservarlo todo.

Te lo diré en cuanto pueda, le promete ella. Murphy, ¿no me guardas rencor?

No, suspira él en el auricular. Esperamos tu promesa, decía san Agustín, con la tensión de la paciencia.

Oh, Murphy, no cambiarás nunca.

Él cuelga el primero. Se queda un momento palpitante en la penumbra, luego se da una ducha.

Sigo enamorado de esa chica, piensa al salir del edificio, con la misma objetividad con que hubiera podido decir: mira, aún es de día.

No es que haya cambiado de punto de vista o de inclinación, es que ha cambiado la amplitud de su alma. De repente hay algo que le impide renunciar a ser feliz.

Mientras camina sin rumbo por Islington, disfrutando del viento fresco que corre entre las calles recalentadas, Murphy siente como una especie de excitación interior acompañada de temblores febriles, y para no pasar solo la noche de su trigésimo cuarto cumpleaños, le entran ganas de ir a algún sitio donde haya gente.

Así que bifurca hacia las animadas terrazas de Upper Street, y luego, a la altura de la estación de metro, se dirige hacia Rosebery.

En realidad son sus piernas las que le llevan por sí solas en esa dirección, porque camina como un autómata, sin gravedad, sin fatiga, hasta que al ver los cristales del Mercey vuelve en sí. Es el hotel de su primera cita.

Pese a su insistencia, ella no quiso ir a su casa, porque oficialmente él aún vivía con Elisabeth Carlo y según ella aquello no se hacía.

Ahora, ante las puertas del hotel, lo recuerda todo. Los pasillos azulencos, los ascensores misteriosos, la alcoba profunda, los dos cuerpos encajados el uno en el otro, el ligero olor de la transpiración, el ruido amortiguado de la calle, la luz de julio.

Y como el recuerdo es diez veces más intenso que lo que se ha vivido —gracias al valor añadido del pensamiento—Murphy Blomdale se queda sin aliento.

Pese a la distancia que les separa, da la impresión de que Murphy y Blériot se desplazan a uno y otro lado de una pared muy delgada, transparente como un tabique de papel, y que cada uno conoce la vida del otro y piensa en el otro, pero sin poder adjudicarle un nombre o un rostro, de manera que los dos parecen avanzar a tientas como sonámbulos por pasillos paralelos.

Mientras Murphy Blomdale, a la salida de su trabajo, avanza a grandes zancadas por Fleet Street, inquieto por el rugido de la tempestad, Blériot está subiendo la calle de Belleville bajo una lluvia tupida lamentando amargamente haber querido ahorrarse un taxi. Porque ahora la lluvia dibuja regatos en las mangas de su empapada chaqueta.

Al llegar a la altura del cementerio, cruza en diagonal el río que ha formado el chaparrón y se refugia en la boca de una estación de metro, para sacudirse la ropa y secarse un poco el pelo. Luego, espera en ese refugio dando pataditas al suelo, en medio de un grupo de paquistaníes taciturnos.

Se está fumando ya el tercer cigarrillo cuando la visión fugaz de una chica agarrada al asiento trasero de una moto, con una falda blanca como un paracaídas, logra por fin reconciliarle con la lluvia y le recuerda que Nora le está esperando en su casa.

Y con la misma prontitud con que los problemas de dinero le agobiaban, la idea de Nora, la idea de su belleza, de su noreidad, le devuelve el optimismo.

De inmediato Blériot abandona su refugio, abandonando a los pakistaníes a su suerte, y se propone alcanzar la Porte des Lilas en cuanto amaine un poco, guiado por el rumor y las luces del Boulevard Périphérique. Del otro lado, reina el silencio y la penumbra de los barrios suburbanos.

A partir de este instante, una especie de gravitación familiar le empuja hacia aquella placita donde había encontrado una *brasserie*, con sus árboles negros y sus calles en pendiente, chorreantes de lluvia.

Evidentemente todas las tiendas están cerradas. Las construcciones de ladrillo rojo en la parte alta de la calle evocan un paisaje obrero de los años cincuenta, del que Blériot está convencido de ser el único visitante a estas horas. Hasta que se fija, al otro lado de la calle, en un hombre muy alto, tocado con sombrero, que se mantiene junto a un árbol, como si hubiera sacado a un perro a pasear.

A esta distancia no puede estar seguro, pero le parece que ese hombre le observa bajo su paraguas. Dos calles más tarde, Blériot, llevado por un presentimiento, vuelve otra vez la cabeza y se da cuenta de que el otro, que no lleva perro, camina a pocos metros de él.

Aunque la situación sea totalmente inédita, curiosamente no siente

ningún temor. E incluso aunque acelera el paso y se vuelve en cada esquina, es más una reacción de curiosidad que una verdadera escapada, como si los dos estuvieran jugando a algo.

Porque el otro sigue detrás de él, iluminado por la redonda luna.

Su silueta colosal y ligera desaparece por momentos, interceptada por la sombra de los árboles, y reaparece a la luz y se detiene al mismo tiempo que él, luego vuelve a ponerse en marcha, con movimientos perfectamente controlados y silenciosos, y luego vuelta a detenerse.

En un momento dado —quizá a causa de su altura, de sus andares — se le ocurre que no es otro que Léonard y está a punto de llamarle. Pero al mismo tiempo, aunque conoce su lado excéntrico, no se le ocurre por qué iba a improvisar ese juego del escondite en una noche de diluvio universal.

Al llegar a la vista de unas obras protegidas por una empalizada, vuelve una vez más la vista y ya no ve a nadie. Las aceras están desiertas, el agua corre en regatos. Aunque Blériot esté convencido de que el hombre del sombrero no es más que una proyección de su angustia, igual siente alivio.

Se queda un momento apoyado en la empalizada, a la luz anaranjada de una farola, luego, como no se oye ningún ruido en las inmediaciones, decide seguir su camino, mejor que perderse en especulaciones.

En éstas la vibración del móvil en el bolsillo de su pantalón le recuerda que su mujer ya ha intentado antes contactar con él desde Milán, que ahora debe de estar en el hotel y preocupada por su silencio. Y es verdad que no está siendo muy gentil. Pero aunque oye las amonestaciones de su conciencia, Blériot, que sabe que le están esperando, no quiere renunciar a sus proyectos.

Al contrario, decide desconectar el móvil y no desviarse de su línea de conducta. Como si en algún sitio, en otro nivel de su psique, siguiera siendo un hombre libre de hacer lo que le apetezca.

Nora se mantiene, pequeñita, en el umbral de la puerta del jardín, vestida con un short y una camisa de hombre en la que cabrían dos como ella.

Ya voy, exclama saliendo descalza para abrirle el portal. A causa de los charcos, se diría que atraviesa el césped sobre pezuñas de cierva.

¿Qué has estado haciendo? le dice al besarle. Yo me he quedado dormida.

Dentro, Blériot se saca rápidamente la ropa mojada y se sirve una copa de vino blanco, antes de pasar al cuarto de baño. No le cuenta nada de lo que acaba de pasarle.

Louis, ¿sabes que he encontrado trabajo? le dice ella a través de la

puerta.

¿Dónde? dice él, buscando el secador del pelo.

En un hotel, al lado de Roissy CDG. Así, podré pagar las clases de teatro.

Una vez con ella en la alcoba, Blériot se detiene un momento para apartarle el pelo y respirar su piel húmeda mientras con habilidad de carterista le saca la camisa, y luego, sin más explicaciones, la arrastra a la cama.

Ahora que están tumbados sobre las sábanas sin decirse nada, cabeza con cabeza, la acaricia lentamente, metódicamente, como si se tratase de cancelar todos los retrasos de ternura que le debe y de los que se siente moralmente responsable.

Además disponen de tiempo, tienen toda la inmensidad de una noche y un día por delante.

Entre voltereta y voltereta en la cama, podrán charlar, beber vino, escuchar música, mirar imágenes en la televisión, es decir hacer todo lo que harían cada noche si fueran una pareja legítima.

A propuesta de Nora, aprovechan para trazar las líneas maestras de un plan de vida, en el que estará absolutamente prohibido mentir, tenerse celos, decirse frases agresivas, cultivar pensamientos negativos o esconderle al otro por qué está triste.

Este plan me parece estupendo, dice Blériot, deslizando un dedo sobre sus pantorrillas satinadas.

En virtud del cual, Nora cree necesario hacerle saber que hace unos días telefoneó a su ex novio. El que vive en Londres.

Era su aniversario, y te confieso que no me sentí muy orgullosa al notarle tan desdichado, dice, sentada en la cama, frágil y semidesnuda

¿Estás pensando en volver con él? dice preocupado Blériot mientras se sirve una copa de vino.

A veces, al recordar a todas las chicas en crisis que ha conocido —empezando por su mujer— se pregunta por qué a él siempre le toca pasar después que los demás, y por qué tiene que ser siempre él el que recoja las cenizas de sus historias. Podrían encontrarle otro empleo.

¿Ya lamentas haberle dejado?

No, Louis, no es eso. Sólo quisiera volver a verle una vez, dice Nora con una sonrisa enigmática.

Una sonrisa lo tomas o lo dejas.

Es asunto tuyo, reconoce Blériot, tratando de adoptar sobre este tema concreto —está especificado en el plan— una actitud lo más liberal posible. Aunque no cree a pies juntillas todo lo que ella le cuenta.

¿Sabes qué? dice ella tumbándose sobre él y agarrándole por los hombros.

No, dice Blériot, que teme lo que ella va a decirle.

Me haces feliz.

¿Yo te hago feliz? repite asombrado, cuando se siente tan imperfecto, tan poco disponible, tan incompetente para llenar a una mujer, sobre todo a una mujer de su edad.

Sí, porque te encuentro excitante, dice ella mirándole con ojos de tigresa.

Al levantarse se dan cuenta de que la noche se ha despejado, apenas hay nubes. Mientras él busca abajo algo que comer, Nora aparece en la escalera envuelta en una bata larga de color malva, digna de una heroína de Hitchcock.

Shall we go out? le pregunta, inclinada sobre la baranda.

En la imagen siguiente, se les ve a los dos salir al claro de luna en el jardín.

A las ocho, Nora ya está abajo, con la cara un poco desarbolada y el cabello despeinado. Desayunan un pedazo de pan y luego se beben lo que queda del vino blanco. En el silencio matinal, la puerta del gran refrigerador hace un ruido de succión al abrirse y cerrarse pesadamente. Luego se desnudan y remolonean en el cuarto de baño, escuchando la radio.

En la ducha, al pensar que tiene un día de vacaciones con Nora —en principio, su mujer no regresa hasta la noche— Blériot siente que pequeñas ondas de felicidad acarician su alma entera. Encima es un día espléndido.

Por momentos, la luz que viene del jardín recorta en los azulejos blancos sus dos sombras sonriendo como si llevasen siglos sonriendo.

Después de afeitarse, se sienta en un taburete, con la cabeza dócilmente vuelta hacia atrás, mientras que Nora, desnuda, le masajea el cuero cabelludo antes de peinarle las cejas —Louis, estate quieto— y limarle las uñas como una verdadera profesional.

La vida es breve, dice él.

Cuando la mira así, de muy cerca —está inclinada sobre él—, Blériot tiene la sensación de que la forma de su cara inclinada se disuelve en millones de átomos luminosos que la hacen resplandecer.

Porque es resplandeciente, tan seguro como que él es feliz.

Por supuesto, puestos a buscar imperfecciones siempre se puede descubrir una pupita o una fisura cutánea, pero son defectillos microscópicos que precisamente sólo una mirada amorosa es capaz de descubrir y memorizar para su deleite personal.

Te he dicho que te estés quieto, le repite mientras intenta extraerle un barrillo en la frente.

Y como buen chico, Blériot retira de inmediato la mano de entre sus piernas y se queda calladito.

Cuando salen a la calle, ya luce el sol sobre la ciudad, y sus súbitos, reconocibles por la gorra con visera y las gafas oscuras, avanzan de árbol en árbol en busca de algo de sombra.

Nora y su amante, que no tienen gorra, rasan los muros de los edificios evitando las avenidas rectilíneas en beneficio de las callecitas sombrías, y a veces salen a sitios totalmente desconocidos, barrios abandonados, plazas inanimadas que cruzan sin rumbo, y a veces tienen la sensación excitante —poco les falta para desnudarse en plena calle— de haber llegado a ninguna parte.

Louis, empiezo a tener hambre, se queja ella como si fuera culpa suya.

Deben ser cerca de las dos y media, cuando rendidos de fatiga entran en el único restaurante del sector que aún está abierto. El comedor desierto, en la penumbra, y los bancos de escay, salidos de

una película de posguerra. Pero no hacen comentarios.

Se sientan discretamente en un rincón, con las manos honestamente posadas sobre la mesa, y esperan a que alguien quiera atenderles.

Han venido, ya están aquí, canta de repente la voz de Charles Aznavour, en el momento en que una camarera disparatada, con la libreta en la mano, les deja escoger entre una tortilla a las finas hierbas o un bistec con puré.

Por un instante se miran incrédulos.

La Mamma, grita Aznavour en la cocina. Lo que desata una de esas carcajadas pandémicas que son especialidad de Nora.

Bistec con puré, responden los dos, recobrando la seriedad, porque es evidente que la paciencia de la camarera se está agotando.

Luego vuelve a reinar el silencio en la sala. De vez en cuando, el rugido de un camión o el estallido de unas voces en la acera les recuerda que en el exterior la vida sigue su curso, y que la gente trabaja o va a sus asuntos en el calor asfixiante de la tarde.

Por lo demás, el almuerzo resulta tan mediocre como era de esperar, las porciones ridículamente coherentes con ello, y el servicio casi humillante, pero todo esto se desliza sobre ellos sin afectar a su buen humor. Al contrario, Nora está tan lanzada que Blériot teme que ella también se ponga a cantar la cancioncilla.

Mientras se comen una copa de helado, ella le cuenta una historia que le pasó en Torquay, cuando tenía dieciséis años y se fue de vacaciones a casa de su amiga Vicky Laumett: en aquella época, yo era bastante gay, le confiesa de pasada, en su sorprendente francés.

A pesar de ello, pasaron todo el día en la playa en compañía de un chico —se llamaba Aaron— que luego les propuso ir a dormir en su cuarto. Y como eran curiosas y ya un poco viciosillas, no se lo pensaron dos veces.

Se desnudaron en el cuarto de baño, con el presagio de que iba a pasar algo terriblemente fuerte, terriblemente impúdico, insiste ella, y que después nada sería como antes, como después de una revolución.

¿Y fue una revolución? le pregunta él.

¿Qué es lo contrario de una revolución?

Un no acontecimiento.

Eso es. De hecho, en el último momento Aaron se desinfló y les propuso que volvieran a vestirse y dejarlo estar, porque ellas eran menores de edad y él no. Ellas alucinaron.

¿Y no podía haberlo pensado antes? dice Blériot, que se ha puesto a favor de las revolucionarias.

Así que para vengarse de la afrenta, dice ella, se instalaron las dos en la cama mientras él pasaba la noche en un sillón, viendo la televisión.

No dijo ni palabra, pero a la mañana siguiente su careto hablaba por él, dice Nora imitando ese careto.

Y tu enamorada, pregunta Blériot mientras paga la cuenta, ¿la sigues viendo? ¿Qué es de ella?

Se casó en Londres con un tipo imposible y ahora vive en un piso de doscientos metros cuadrados, informa ella con una dureza en la voz que le desconcierta.

Quizá la reacción de Nora podría hacer pensar —pero esto sería especular— que a pesar de su juventud depravada no le falta criterio ni sentido moral en lo relativo a las cosas del amor.

Ya fuera, prosiguen su excursión arrabalera, hasta que llegan cerca del Boulevard Périphérique y vuelven a encontrarse ante hileras de edificios con largas calles rectas estrictamente idénticas, y con gente paralizada por el tedio en las ventanas.

Entonces dan media vuelta y deciden tomar un taxi que les deja en el Carrefour de l'Odéon.

Gracias al viento y a la sombra, de repente el calor parece menos penoso. Entonces remontan el boulevard sin apresurarse, Nora colgada de su brazo como si fueran marido y mujer, ella caminando con la boca abierta para tragarse tanta felicidad, y él con la boca cerrada para impedir que se escape.

Miran los carteles de cine mientras hablan de otra cosa, van a una tienda, luego a otra, y todo les parece sencillo y fluido como debería de ser la vida en pareja. Compran cosas inútiles, regalitos, pañuelos, corbatas, bisutería, como si derrochar les infundiera ligereza.

Nora incluso le ofrece una camisa de lino Hugo Boss, a condición de que le prometa solemnemente que cada vez que se la ponga recuerde qué feliz ha sido estando con ella.

Prometido, dice Blériot, posando sus labios sobre la suavidad luminosa de su rostro y mordiéndole suavemente el cuello y las orejitas sin que nadie se fije, porque parece que una fina membrana tendida alrededor de ellos dos les vuelve invisibles.

Luego bordean las rejas del Luxembourg, comiendo otro helado, oyen música de Blondie que sale de algún coche, y el día empieza a declinar.

Saben que van a separarse. Ella tiene que ir a Roissy CDG y él tiene que volver antes de que su esposa vuelva.

Bueno, tengo que irme, dice Blériot, sin dejar de sostenerle el brazo, como si sus sistemas simpáticos se hubieran amalgamado de tal forma que fuera a llevársela con él.

Mientras Sabine, maquillándose ante el espejo, de espaldas a él, le habla, Blériot, hundido en la bañera, de repente se da cuenta de que se está lavando el pelo por segunda vez en el mismo día, sin saber si estos cuidados neuróticos de su higiene son signo de un ritual purificador o de neurosis obsesiva.

Con la cabeza a medias sumergida en el agua, oye de fondo la voz de Sabine, que le repite que espabile, porque François-Maurice les espera entre las nueve y las diez.

¿Yo también estoy invitado? pregunta sin dejar de chapotear y cloquear en el agua de la bañera.

Pues claro, tú también, dice su mujer que casi ha terminado de acicalarse.

Ante la idea de pasar la noche con FrançoisMaurice y su peña su primer reflejo es desertar de inmediato alegando lo que sea, cansancio, hora tardía, un montón de trabajo estos días, pero por otro lado algo le dice que quizás sería más prudente aceptar esta salida en pareja, tanto para complacer a Sabine como para evitar un peligroso cara a cara en casa.

Así que una vez se ha secado y afeitado, se pone su camisa nueva y su corbata de cuero, antes de servirse un Martini a guisa de estimulante.

Ya estoy listo, le anuncia esbozando una sonrisa cordial. Y un resto de ternura le incita incluso a acariciarle la espalda desnuda para sentir el frescor de su piel.

Louis, ya llevamos una hora de retraso, observa ella, obligándole a sacarle las patazas de encima.

Van en coche por París siguiendo la orilla del Sena, ella al volante y él a su lado, con el brazo colgando fuera de la puerta, mientras el aire húmedo de la noche, las siluetas móviles de los paseantes, los edificios en los muelles, las nubes radioactivas que se reflejan en la superficie del agua se instalan probablemente en un lugar secreto de su córtex.

Últimamente casi cada noche hay tormenta, le dice a Sabine, por decir algo, mientras furtivamente mira de reojo sus senos moldeados por el vestido.

Su mujer no responde, tiene los ojos fijos ante sí como si los limpiaparabrisas los hubiera dibujado Marcel Duchamp.

¿No te gustan las tormentas? le pregunta él. Como ella sigue sin responder, acaba suponiendo que está pensando en otro y que ese otro, si su intuición no le engaña, podría muy bien ser su colega Marco Duvalier, que tenía que acompañarla a Zurich.

Mientras se adentran por las calles lluviosas de Charenton, Blériot se imagina que un día vuelve a casa, dentro de mucho tiempo, como

un espíritu errante en su propio apartamento, y se encuentra a Duvalier (que según las últimas noticias sigue casado y sigue siendo padre de tres hijos) acostado en su lugar, junto a Sabine.

No se molesten, sólo estoy de paso, se oye decirle a su sustituto, que está buscando las gafas en la mesita de noche, y le asombra no sentir ni sufrimiento ni cólera, sino más bien una forma insidiosa de alivio.

¿De qué te ríes? le pregunta su mujer, que no para de dar vueltas alrededor de un bloque de casas en busca de sitio donde aparcar.

No me reía, protesta, peinándose rápidamente en el retrovisor.

Llegan a casa de François-Maurice apretados bajo su gran paraguas. Ella, siempre con tanta clase, con su vestido abierto hasta el final de la espalda, besuqueando a todo el mundo a la manera de una vedette de cine, mientras que él, siguiendo su estela, debe parecer su guardaespaldas o un asistente de producción, en cualquier caso alguien completamente accesorio.

Tan poco pinta allí, que se le podría tomar por un figurante con texto que tiene que pronunciar una sola frase: «Buenas noches, soy el marido de Sabine van Wouters» (porque ella, prudentemente, conserva su nombre de soltera).

Desde luego, el papel no es muy gratificante, pero si esto le consuela, hay otros invitados que no dicen ni palabra y tienen que conformarse con hacer de extras al fondo de la sala, sin recoger ni una miga de atención.

Mientras su mujer revolotea de grupo en grupo, con esa labia, ese dinamismo social sin duda hereditario, Blériot, que conoce sus limitaciones, sólo le dirige la palabra a unos pocos invitados aislados, porque su escasa energía se agota en cuanto tiene que interesarse por más de tres o cuatro personas a la vez.

Especialmente cuando se trata de personas de todas las edades y de todas las tendencias sexuales y políticas, como esta noche. Es la neuralgia garantizada.

A la vista del bufé en el cuarto de al lado, Blériot, que tiene un poco de experiencia, se desplaza de lado adoptando un aire desenvuelto, casi distraído y soñador, antes de acelerar en los últimos metros y apoderarse de una botella de champagne.

¿Me da un poco? le pregunta su vecina, que ha visto muy bien sus manejos.

Deportivamente, Blériot le llena la copa y ahí hubiera acabado todo si algo vivo y travieso en la mirada de la chica no le hubiera llamado la atención y recordado a alguien.

Martina Basso, se presenta tendiéndole la mano.

Encantado, dice él sin sentirse obligado a anunciar que es el marido de Sabine van Wouters.

Tan linda vecina resulta ser una traductora italiana —ha traducido relatos de Calvino— que ha venido a París aprovechando un año sabático.

Blériot, que rejuvenece a ojos vista, le sirve una segunda copa de champagne y se la lleva al cuarto del fondo para poder charlar en paz, pero manteniendo una actitud reservada y modesta.

Como ha dejado de llover y han abierto las ventanas, pasan un buen rato juntos charlando, en la aérea dulzura de las once de la noche, sintiendo que asciende en ellos poco a poco una atracción mutua y un deseo no menos mutuo —naturalmente es él el que extrapola— de plantar a los demás invitados e irse disimuladamente.

Pero no se mueven. Como si ya fuera demasiado tarde y el acontecimiento hubiera ya pasado.

En la voz de Martina, en la animación de su mirada, Blériot percibe muy bien su alegría de charlar con él, su agradecimiento por hacerle compañía, pero no una invitación, ninguna señal.

Se quedan un ratito más juntos, asomados a la ventana, hasta terminar la botella de champagne e intercambiar algunas palabras en italiano —porque él tiempo atrás sabía un poco—, y luego se van cada uno por su lado, para reincorporarse al área de sus vidas personales.

Mientras su mujer está en animada conversación con una docena de invitados en órbita alrededor suyo, Blériot, desocupado, se ha juntado con Sophie y Bertrand de Lachaumey, de quienes se dice que son ricos en millones, aunque en la cama son una de las parejas más indigentes del mundo.

¿Qué hora es?, pregunta Sophie, con un tono extrañamente ansioso.

La una y veintiocho, responde su marido con voz de reloj parlante. Se adivina que pagarían una fortuna por no tener que volver a casa.

Mientras tanto —Blériot va por la séptima u octava copa de champagne—, la llegada de la esposa de François-Maurice, muy achispada, deja helada a la concurrencia, y pocos minutos más tarde la llegada de Peter Nosh, su amante titular, multiplica el frío por dos.

Parece una reunión de lapones incómodos.

Desgraciadamente, Blériot, llevado por una especie de vértigo etílico, no recuerda qué más pasó.

Seguramente volvería a perder el conocimiento en el coche, porque cuando vuelve a abrir los ojos reconoce las luces de la place de la République y se siente repentinamente sobrio. Luego se ve subir penosamente una escalera, con la mirada clavada en las piernas de su mujer, tratando de ordenar sus ideas.

¿Quién era la chica con la que hablabas hace un rato en la ventana? dice Sabine desnudándose con gestos de sonámbula, mientras detrás de ella Blériot, con la excusa de la borrachera, le

acaricia discretamente las frías piernas. Una italiana, dice.

¿La conocías? No, responde mientras sus dedos siguen recorriendo su cuerpo sin que ella le rechace ni haga ademán de apartarse.

Esta docilidad, tan contraria al carácter habitual de su mujer, acaba de reanimarle. Entonces toma en sus manos sus bellos senos, pesados y erguidos, como si jugara a médicos y enfermeras, y le ordena que se arquee completamente, apoyando los brazos en el montante del lecho.

¿Pero qué haces, Louis?, protesta ella. Ya verás, responde Blériot sin dejarse impresionar.

Un poquito más inclinada, le pide, y la deja en esta posición, mientras a su vez se desnuda.

Son dos años más jóvenes, casi tres.

Los dos están sentados al borde de la piscina, en el declinar de un día de primavera, serán las cinco o las seis. Mientras los demás nadan, ellos toman tranquilamente el sol en bañador, con las piernas sumergidas en el agua.

Aún no se han acostado nunca juntos.

Y eso que Nora ya se ha instalado en su vida como en su propia casa. Se ven casi a diario, hacia el mediodía —es su hora mitológica —, después de un paseo de enamorados por el Jardin des Plantes van a almorzar, y luego según el día que haga eligen entre ir al cine o a la piscina.

No se ocultan. Tienen la sensación de que son invisibles. Su mujer no se imagina nada, el compañero de Nora aparentemente tampoco, y la probabilidad de cruzarse con uno u otro en la calle es infinitesimal, así que a priori no tienen motivos para preocuparse. Además, no hacen daño a nadie.

Mucho más tarde, cuando haga desfilar por su memoria las imágenes de esa primavera, Blériot se sorprenderá de no ver a su mujer por ninguna parte, como si en el montaje hubiera desaparecido.

Mientras Nora ha vuelto a su toalla para seguir leyendo *Tom Jones*, tendiendo al sol sus paliduchas pantorrillas, Blériot nada en solitario, siempre con la misma cadencia, sin desviarse ni perder el ritmo.

A la decimoquinta vuelta de este entrenamiento monótono, se concede una pausa, apoyado en la escalerilla de la piscina, para admirar a su lectora preferida y volver a asombrarse de que después de tantas aventuras conserve esa virginal expresión de espera, hecha de paciencia y dulzura, la misma que se ve en el rostro de ciertos personajes de la pintura que posan con un libro y un rosario.

Aunque en bañador sea difícil hacerse una idea de la vida interior de la gente.

Tras recobrar la respiración, Blériot corta de nuevo la superficie del agua con vigorosa elegancia, flanqueado por dos opulentas sirenas y por cuatro muchachitos tocados con gorros blancos, que les hacen parecer cuádruplos.

Para evitar empujones, se sumerge inmediatamente debajo del agua y pese al carácter fastidioso del ejercicio se pone a contar las losetas de la piscina. Hasta que el agua empieza a refrescarse.

Entonces, como un monstruo marino surgido de las profundidades, saca su inmenso brazo para atrapar los pies de Nora y la mira reír mientras huye, con el súbito deseo de estar solo con ella.

El cielo sobre la piscina —Blériot ha subido al borde— es tranquilo y profundo, con pequeñas nubes altas que hacen correr sombras sobre el agua. Sentados en el trampolín, dos chicos robustos y tan tatuados

como yakuzas parecen contemplar su reflejo en el agua, mientras otras parejas dormitan tranquilas, con los cuerpos tumbados juntos como violoncelos sobre toallas.

Quizá haya demasiados enamorados y demasiado poco amor, declara de repente Blériot, siguiendo una inspiración filosófica.

¿Qué quieres decir? le pregunta ella por encima de su libro.

Lo que he dicho, dice tendiéndose a su lado y recostando la cabeza en su vientre.

A su alrededor, la piscina ha comenzado a vaciarse y las gradas están casi en silencio. Al borde de la piscina sólo se oyen los gritos intermitentes de algunos bañistas que siguen dándose chapuzones.

Con los ojos cerrados, como perro tendido al sol, Blériot al oírles chapotear tiene la sensación de irse muy lejos y para siempre, como si hubiera entrado, sin hacerlo adrede, en el reactor del tiempo.

Debe haber desconectado durante unos minutos, porque Nora ya tiene la bolsa al hombro y está lista para irse.

Creo que van a cerrar, tenemos que irnos, le dice, clavando en los suyos sus grandes ojos pensativos, un poco preocupados, sin duda porque espera que él tome una decisión.

Blériot, que ahora está completamente despierto, adivina de qué decisión se trata, pero parece que cuanto más ineluctable es, más miedo le da.

Primero, siempre ha sido un chico poco decidido con las chicas, y luego, dada la situación en que se hallan tanto Nora como él, tiene motivos para temer lo que vendrá, la clandestinidad, las mentiras, los ardides, las bajezas: es decir una vida de réprobo.

Aunque en el pasado cometió ciertos errores, más que nada eran errores interiores. Nada que tuviera consecuencias.

Y al mismo tiempo, ahora que caminan juntos por la calle, ya sabe que no puede seguir así durante meses, oscilando entre la angustia y la infidelidad y la depresión de la fidelidad —ya que en situaciones como ésta la normalidad es imposible.

En caso de que estés pensando en acompañarme hasta casa, te advierto de que está Spencer, y que tendrás que darle conversación, interviene ella en ese momento, con su humor imprevisible, impreciso.

¿Prefieres que vayamos a un hotel? pregunta entonces Blériot, con voz apagada.

No sé. Lo que no quiero es que vayas a regañadientes, dice ella, cogiéndole por el cuello y ajustando su joven cuerpo al suyo para demostrarle que es una mujer de verdad.

De todas formas, no hay alternativa, dice él.

Sí, se puede decir que sí, dice ella, pero le pone dos condiciones.

La primera es que tiene que estar en casa a las diez o diez y media, máximo, y la segunda y evidente es que no se le ocurra llevarla a

cualquier sitio. Especialmente a ninguna sórdida habitación por horas.

Ni se me había ocurrido, la tranquiliza él, buscando con la mirada un taxi.

Como de común acuerdo, en el taxi ya no dicen ni una palabra más, cada uno correctamente sentado en su rincón, hasta que se apean en una calle apartada, a unos pasos del cementerio de Montmartre.

Espero que sepas lo que estás haciendo y que luego no te arrepientas, dice ella de pronto volviéndose a él.

Por supuesto. No me arrepentiré de nada y tampoco olvidaré nada, le promete, mirándola subir las escaleras del hotel, con las gafas de sol puestas.

Con su metro sesenta o sesenta y uno, desprende una impresión de ligereza, de infancia inconclusa, que le conmueve y al mismo tiempo le incomoda, como si temiera que el personal del hotel piense cosas raras.

Entran en el hall, sin el menor equipaje que pudiera dar el pego, y se dirigen resueltamente hacia el mostrador de recepción.

Es evidente que se trata de un hotel para *happy few*, con un salón tan espacioso como una sala de cine, butacas profundas, espejos inmensos, paredes cubiertas con terciopelo rojo.

Por lo menos ella no podrá decir que ha hecho las cosas a medias.

Mientras esperan ante el mostrador, dos empleados colgados al teléfono tratan de verificar que esta mañana ha quedado libre la habitación 57.

Cada vez que hemos llamado nunca había nadie, se excusa el mayor de los dos, que habla como en *La cantante calva*.

Tiene que haber alguien, dice el otro, tendiéndoles finalmente la llave de la 59. El desayuno se sirve a partir de las siete.

No responden.

Ahora la suerte está echada. Vuelven a cruzar el hall y el gran salón rojo, con ese aire desenvuelto que tiene la gente en paz consigo mismo.

¿Sabes qué? dice Nora llamando al ascensor, es todo lo contrario.

¿Lo contrario de qué? pregunta él.

De lo que estabas diciendo en la piscina. Hay demasiado amor y casi no hay enamorados. Así que siempre quedan unas sobras.

Tienes razón, pero te propongo que pensemos en eso luego, dice Blériot empujándola hacia el ascensor.

Es muy probable que si hubiera sabido que un día figuraría desnuda en una novela, Nora se hubiera negado a desnudarse. Y hubiera hecho todo lo posible para que en vez de eso se mencionase que le gusta el teatro de Chejov o la pintura de Bonnard.

Pero no lo sabía. Así que está completamente desnuda, con su culo alto, sus menudos senos, su sexo depilado y sus pies un poco grandes como si aún no hubiera terminado de crecer.

A propósito de esto, le declara ella, una vez en Coventry conoció a un fotógrafo que tenía casi el doble de su edad y que estaba fascinado por sus piernas.

Te prometo que no me lo invento, le dice, con las piernas estiradas entre las de él. Espero que por lo menos me creas.

Claro que te creo, dice Blériot alzándose sobre los codos para contemplarlas mejor.

En este instante están los dos desnudos y tranquilos en la cama, envueltos en la atmósfera fresca del cuarto, y como están molidos de placer y aún les queda un poco de tiempo por delante, remolonean entre las sábanas mientras el ritmo embalado de sus corazones se va calmando poco a poco.

De hecho, se sienten demasiado perezosos para vestirse y salir del hotel.

Sólo tienen ánimos para levantarse para ir a buscar en el minibar botellitas de vodka, que beben, a traguitos, combinadas con Pepsi.

Bueno, pues una vez aquel fotógrafo, sigue ella volviendo a sentarse en la cama, se la llevó a Suiza so pretexto de hacerle un *pressbook*, y se quedaron prácticamente una semana en una especie de motel, y luego en un hotel claramente menos elegante que éste.

Al principio, ella pensó que iba a ser una vida perfecta, sin padres, sin preocupaciones, sin trabajo doméstico, y que sería estúpido por su parte no aprovecharlo.

Oficialmente, se iba a los deportes de invierno con su amiga Vicky y sus abuelos, y además cada noche sin falta telefoneaba a su madre para contarle cuánto estaba mejorando su esquí y qué batacazos se pegaba Vicky.

Mientras que en realidad no salíais del dormitorio, le interrumpe él pellizcándole los muslos.

No fue como te imaginas, le asegura ella. Aquel tipo era un loco de atar que lo primero que hacía cada mañana era darse un pico y luego se bebía todo lo que se encontraba. Cuando terminaba la sesión de fotos —ella le deja que se imagine qué clase de fotos— desaparecía sin dar explicaciones y ella se pasaba el resto del día esperándole, como una secuestrada.

Tenía la impresión de estar perdida en un hotel vacío al fondo de

un valle siniestro.

Algún cliente habría en aquel hotel, dice Blériot volviéndose a servir del minibar.

No lo sé, dice ella. En todo caso eran tan discretos que no se les veía nunca. A veces se oía el golpe de una puerta o un ruido que parecía el de una ducha. Y poca cosa más.

Un día, lloré tanto que alguien llamó dos o tres veces a la pared, pero no me atreví a responder.

Lo más increíble de esta historia es que ya le habían avisado y que el sobornador ya era conocido en todos los institutos de Coventry. Pero evidentemente cuanto peor su reputación, más chicas se amontonaban a su puerta.

Es el síndrome de Barba Azul, le señala Blériot. Mira, Neville, creo que deberías escribir tu historia.

Me sentiría como una embustera. Los que escriben su vida son embusteros.

De verdad que eres una chica rara, prosigue él, después de una pausa, mientras acaricia las areolas oscuras de sus pequeños senos.

Recuerda que no podemos pasar la noche aquí, dice ella de repente, y se levanta para recoger sus prendas esparcidas por la alfombra.

Fuera sigue oscureciendo. Blériot se ha sentado al borde de la cama para fumar, y la mira ir y venir por el cuarto tratando de ver este instante preciso desde un punto de vista exterior, totalmente indiferente, como si fuese una vaga entidad celeste y ella una joven solitaria que camina desnuda en la penumbra de una gran casa vacía.

Una joven anónima y feliz.

¿Eres feliz? le pregunta alzando la voz porque ella se ha metido en el cuarto de baño.

Mucho, pero me gustaría que espabilases, grita ella bajo la ducha. Son las nueve pasadas.

Blériot no se mueve. Intenta retenerlo todo cerrando los ojos, como se aprende de memoria una lección, la fricción de las cortinas, el rumor de la calle, el salpicar de la ducha, el ruido de la ventilación, la resonancia de su voz. Louis, ¿estás listo?

Cuando vuelve a abrir los ojos, Nora está ante él, ligeramente a contraluz, vestida con las braguitas y la camiseta.

Ante esta visión, como si aún estuviera en la edad en que cualquier braguita está hecha con la sustancia de los sueños, Blériot vuelve a sentir sus conexiones nerviosas excitadas.

¿Qué te parece si te vuelvo a desnudar? le pregunta saltando de la cama para atraparla.

Ella cree estar soñando.

Son casi las diez, protesta intentando liberarse. Lo menos hace dos

horas que Spencer la está esperando en casa, tiene que cambiarse para salir, y lo único que a él se le ocurre es volver a la cama.

En vez de bajar a recepción y pedir un taxi.

Durante un segundo, el nombre de Spencer le corta el impulso. Es la segunda vez que ella pronuncia ese nombre desde que salieron de la piscina. Y eso que ambos se han comprometido a no mencionar nunca el nombre de sus cónyuges.

Pero por esta vez Blériot prefiere fingir que no lo ha oído.

Además, hace calor y estoy cansada, dice ella, aparentando que se pone los pantalones.

Yo me siento como un recién casado, dice él, apretando el cuerpo contra el suyo mientras su experto oído percibe claramente el ligero jadeo y el pequeño espasmo de su glotis.

Sólo una vez más, insiste.

Bueno, pero muy rápido, se decide ella finalmente dejándose desnudar, los brazos arriba como si se tratase de un *hold-up*.

Tras las cortinas ya es de noche. Han cogido más botellines del bar y se han vuelto a tumbar en la cama.

Cuando Nora está sentada sobre él, y él siente la palpitación de los músculos de su vientre, se alza ligeramente sobre las manos para lamer de su piel los regatos de sudor que le bajan del cuello y de los hombros como una lluvia primaveral.

Al cabo de dos años, sigue teniendo sed.

Tras sondear los mercados, Murphy Blomdale se ha puesto al trabajo, echando de vez en cuando a través del vidrio del tabique una mirada perpleja a su vecina de la derecha, una joven insignificante y laboriosa que se llama Kate Meellow.

Más rigorista que los demás, cada mañana llega a su despacho a las siete en punto y no se va hasta que se apagan las luces. Incluso dice que por la noche se levanta para no perderse la apertura de los primeros mercados asiáticos.

En general, en ocasiones así, Murphy nunca sabe qué responderle.

La ironía del azar, que se complace en estos efectos de duplicación alucinante, determina que los dos tengan la misma edad, que los dos vengan de Estados Unidos, que lleven semanas haciendo el mismo trabajo codo con codo, y que los dos sean solteros y los colegas de la agencia les señalen con el dedo.

Kate Meellow, que se define a sí misma como una muchacha sencilla y con sentido del humor, a veces le acompaña a la cafetería, donde le recita los editoriales del *Financial Times* y los cotilleos de la City, y lanza una especie de carcajadas pregrabadas que más bien le incomodan pero que a los demás parece que les divierten.

Algunos de sus colegas, como Max Barney, que aún sienten un mínimo de afecto por él, y que le ven por la mañana sentado en su sitio, flanqueado por esa novia virginal y un poco insólita, empiezan a temer seriamente que cualquier día se deje echar el lazo.

Ten cuidado, chico, le ha prevenido ya Max Barney, esta estajanovista lúbrica acabará por cazarte.

Pero si no hay nada de eso, se defiende cada vez Murphy, que sin embargo no puede publicar un desmentido, ni colgar un cartel en el hall.

¿Qué haces este verano? le pregunta ella en el ascensor.

Aún no lo sé. Espero a ver cómo se presentan las cosas en la agencia, responde él a la defensiva.

La cafetería ya está llena. A partir de las diez, el personal prodiga las reuniones informales en torno a la máquina de café como alrededor de una centrifugadora libidinosa, y las risas, las voces, los timbres de los móviles arman tal escándalo que Murphy no oye el timbrazo del suyo.

Soy yo, dice una voz insegura, ¿me escuchas?

Te escucho, dice haciendo señas a Kate Meellow de que está ocupado.

Se traslada a la sala contigua para encerrarse y, durante un instante, el tiempo de despejar una mesa y depositar el vaso de café, cree haberse equivocado. Ya no oye nada.

Nora, Nora, ¿me escuchas? Repite como si tantease en la

oscuridad.

Te escucho, responde ella como si aquello le divirtiese. Sólo quería decirte que ayer por la tarde te envié un cheque de mil dólares. Ya sé que te debo mucho más, pero por ahora francamente no puedo hacer más. Hasta ahora no había encontrado trabajo.

¡Pero si no me debes nada!, replica él, mientras ve que los cambistas Mike y Peter le observan por el cristal con ojos de zorros disecados.

No puedo creer que me llames por eso, dice volviéndoles la espalda.

También tenía ganas de oír tu voz, añade ella gentilmente. A veces, mientras veo cómo pasa el tiempo, me digo que el día que vuelva a Londres quizá tú ya no estarás allí, te habrás ido y ni siquiera sabré dónde estás, porque me habrás olvidado.

Está a punto de responderle que no se puede tener todo, y que no se puede estar a la vez presente y ausente, ni ser fiel e infiel. Por tanto, en toda lógica, ella no puede devolverle su libertad, como hizo al abandonarle, y al mismo tiempo pedirle que siga siendo su prisionero.

Pero no lo consigue. Tiene demasiado miedo de que ella lo tome al pie de la letra y de encontrarse libre y desdichado.

En realidad, sabes qué, le dice ella, tengo la impresión de que sin mí vives muy bien y que tú intentas demostrarte lo contrario.

Pero si yo no quiero demostrarme nada, dice Murphy en el momento en que la señorita Anderson, con el busto por delante, la nariz palpitante, irrumpe de pronto en el cuarto.

Reunión dentro de diez minutos, le dice, y sale dando un portazo.

Nora, vuelve a llamarme pronto, cuchichea al aparato. Pero ha debido de colgar porque ya no se oye nada.

Mientras los demás se apresuran hacia la sala de reuniones, él se queda un momento bebiendo el café, y observando por las ranuras de la persiana a los transeúntes ágiles y a los coches relucientes al sol de la mañana, y de repente se apodera de él la nostalgia, pero una nostalgia fuerza diez.

Antes que seguir compadeciéndose de sí mismo —a ciertas edades cada uno tiene los amores que se ha merecido—, Murphy toma la decisión de disfrutar de la vida y saltarse la reunión sobre los fondos especulativos, pero ante la visión de la vigilante señorita Anderson con los brazos cruzados sobre el pecho cambia de opinión.

De manera que se sienta al fondo de la sala, lo más cerca posible de la salida, y luego cuando hay vía libre y todo el mundo escucha con los ojos cerrados la hipnótica voz de Borowitz, abre subrepticiamente la puerta y se escapa de puntillas en dirección a los ascensores.

Ya en la calle, se para un momento a la altura de Cheapside, el

cuerpo azotado por el viento y la mirada puesta en el cielo, absorbido por las nubes peregrinas como si de repente sus pies fueran a despegarse de la acera.

Luego, como no tiene ningún proyecto particular, se deja llevar por la multitud hacia Moorgate y St. Mary Moorfields, donde decide entrar.

En la penumbra y el frescor sepulcral de la iglesia, Murphy, que cree en la comunión de los santos y en la eficacia de su intercesión, reza una plegaria y hace examen de conciencia y luego se abandona a su pesar a algunas reflexiones desmoralizadoras sobre el comportamiento indeciso de Nora y su propia indecisión.

Mientras piensa estas cosas, sumido en sus reflexiones, los ruidos de la calle siguen entrando intermitentemente por las puertas laterales, y él poco a poco va sintiendo que un gran silencio cae al fondo de su ser.

Y eso es lo que había venido a buscar aquí.

Fuera, los jubilados, los desocupados, los inadaptados, todos los marginados del milagro económico, se alinean al sol en las sillas del jardín, como los últimos eslabones de una cadena alimentaria.

Murphy, al verlos, vuelve a ponerse a soñar en el día en que llevará una vida ejemplar, una vida anónima y oscura, toda ella dedicada a ayudar a los demás —aunque, pese a su buena voluntad, no sepa por dónde comenzar.

Más adelante, al oír que han dado las tres, de repente siente un escalofrío al pensar que Nora en ese mismo momento está caminando por las calles de París.

Entonces desanda sus pasos en dirección a la City para volver a su despacho —pretextará una consulta médica— y acaba de pedir un sándwich en una terraza delante de Temple, cuando en el extremo izquierdo de su campo de visión aparece un perro más viejo que Matusalén.

Un perro flaco y tuerto, que parece la mezcla de dos perros en uno, con cabeza de teckel y cuerpo de caniche, y que se dirige temerosamente hacia él, como acomplejado por su físico.

Cuando Murphy no anda buscando ningún perro y hay pocas probabilidades de que el bicho desconocido le esté buscando a él.

En un impulso compasivo, le tiende un pedazo de pan, que el otro hace desaparecer tan rápidamente como si en una vida anterior hubiera sido prestidigitador.

En dos lengüetazos se ha zampado todo el sándwich.

Luego, el animal, agradecido, se queda con la pata tranquilamente posada sobre sus rodillas, hasta que, conmovido por tanta perseverancia, Murphy coge su viejo cuerpo jadeante en brazos y, sin preocuparse de las miradas de los peatones, se pone a hablarle

seriamente al oído, para que comprenda que ahora tiene que volver al trabajo y que por consiguiente convendría que el perro se buscase otro bienhechor.

¿Comprendes? le dice.

El animal, indeciso, le sigue mirando con grandes ojos velados por las cataratas, mientras Murphy tiene la extraña impresión, al estrecharlo contra sí, de ser mucho más viejo que hace un rato.

Y cuanto más lo abraza, más viejo se siente.

Como si por un fenómeno de simpatía sus dos duraciones se hubieran reunido y ahora fueran a envejecer juntos.

Están en la cocina, bebiendo vino blanco. Debe de ser muy tarde, la una o las dos. Nora, en *babydoll*, se balancea en una silla, con los pies en la mesa —se le ven las piernas enteras—, mientras él permanece sentado en el alféizar de la ventana porque le gusta oír la lluvia en el jardín.

Ella lleva un rato hablándole de su nuevo curso de teatro, cerca del Trocadero, y de los papeles que sueña con representar algún día, como el de la joven Violaine de Paul Claudel, o el de Nina en *La gaviota*.

Nunca he visto *La gaviota*, ni a la joven Violaine, le confiesa él.

Por lo menos podrías leerlas. Si tú lees de todo.

Me paso la vida leyendo y traduciendo literatura médica. Aparte de esto, lo único que he leído este año ha sido una novela de ciencia ficción, dos novelas policíacas, las *Memorias* de Churchill, y, por recomendación de un amigo, he empezado a leer los *Ensayos de Teodicea* de Leibniz. Y creo que nada más.

Lees cosas raras. Un día tienes que leer *La gaviota*.

Las actrices que representan a Nina Zaretchnaia, le explica ella, se suelen inspirar en otras Ninas que han visto en el teatro o bien en personas que han podido conocer aquí o allá, e imitan su manera de hablar o de moverse. Por eso el resultado suele ser decepcionante. Porque ya conocemos a Nina.

Ella, en cambio, quisiera encarnar a una joven que aún no existe.

¿Comprendes?

Él comprende y no comprende. Pero le impresiona amar a una chica que aún no existe.

Y al mismo tiempo siente algo molesto, un poco inquietante, en la manera en que habla del teatro, con esa voz exaltada propia de los visionarios que se ponen a predicar la Verdad.

Pero esto se lo calla.

Creo que hay alguien delante de casa, exclama ella al levantarse, con la copa en la mano.

¿Tú crees? dice él, volviéndose para escrutar la calle.

Han apagado la luz como dos ladrones al paso de una ronda de la policía, y se mantienen al acecho en la oscuridad, él en el marco de la ventana y Nora escondida a su espalda —Blériot siente a través del tejido de la camisa la punta de sus pechos.

Tengo la impresión de haberle visto antes, dice él, al reconocer bajo un rayo de luna la silueta con sombrero. El parecido con Léonard Tannenbaum vuelve a impresionarle.

Para asegurarse, marca su número en el móvil y le sale un contestador automático.

Afuera, ya no hay nadie. Tras cerrar la ventana, vuelven a la alcoba, dejando la botella de vino en la nevera.

Exageras. Estoy completamente muerta, se queja ella siguiéndole por la escalera.

Dos años, le recuerda él levantándole el *babydoll*.

En el momento de separarse en el portal del jardín, Blériot se ha inclinado para intentar besarla en la oscuridad, y Nora se ha hecho a un lado rompiendo a reír.

Lo intenta otra vez y vuelve a fallar.

Es como querer besar una nube.

Luego abre el paraguas y se dirige hacia la Porte des Lilas, volviéndose de vez en cuando para asegurarse de que nadie le sigue. Las calles están completamente desiertas. En algún lugar, el viento de lluvia estremece los árboles de un jardín invisible.

Por si acaso, al llegar a la calle de Belleville telefonea a Nora. Ya está casi dormida.

¿Me quieres? pregunta ella.

De golpe él siente un gran alivio, y el deseo de ponerse a saltar por los charcos.

De vuelta a casa —su mujer se ha ido a Marsella—, apenas se ha desnudado cuando siente un vértigo de fatiga, seguido de la aniquilación instantánea de sus facultades, como fulminado por alguna droga letárgica.

Sueña que está en un *music-hall* con su mujer —la sala con cortinajes rojos le recuerda la del Olympia— y que en el momento del entreacto hace un aparte con un rubio bajito, de rostro huesudo y voz aflautada que de repente intenta torcerle el brazo.

Es el primo de Marie-Odile, le dice tranquilamente su mujer, como si eso lo explicase todo.

Entonces, aprovechando su sorpresa, el rubio le empuja con todas sus fuerzas por la escalera, y casi le hace caer, de manera que él también le empuja y al final caen rodando los dos todo un piso.

Al pie de la escalera alguien les separa. Se arreglan los dos un poco y se dan la mano como caballeros.

Lo que ahora le sorprende —porque está a la vez al pie de la escalera y en la cabina de proyección de su sueño— es que desde hace unos segundos el rostro triste de Léonard sustituye al de su agresor.

Y eso que no tienen nada que ver, reflexiona en la cabina.

Al cabo de unas imágenes, vuelve a estar sentado en su palco, como si no pasase nada —debe estar en pleno sueño paradójico—, al lado del rubiales, que de repente parece que es menos belicoso.

Sabe muy bien que en principio debería sentarse al lado de su mujer —en el sueño está desesperadamente enamorado de su mujer—, pero se siente demasiado cansado para pedir explicaciones.

Ahora viene el número de Claude François, le avisa el otro tocándole la rodilla.

¿Pero no estaba muerto? se sobresalta Blériot y se despierta.

A la mañana siguiente, una vez duchado y vestido, sigue preguntándose qué pintaba Léonard en esa historia.

A falta de taxi, camina hasta el parque de ButtesChaumont deteniéndose de vez en cuando para aspirar el aire fresco de la calle y mentalizarse para afrontar a un hombre que no tiene fama de ser un interlocutor fácil.

Soy yo, soy Blériot, anuncia tras apretar el botón del interfono.

Silencio.

Blériot, cariño, si no te importa preferiría que nos viésemos otro día, contesta al fin una voz débil que le cuesta reconocer. La verdad es que no estoy presentable.

Tengo que verte como sea. Es muy importante, insiste.

Por fin oye el ruido de un ingenio eléctrico y tira del pomo de la puerta de entrada.

Cuatro pisos más arriba, Léonard Tannenbaum está ante él, en pijama, lívido, hecho polvo, intimidante como una montaña de tristeza que le obstruye el día.

Tiene un corte en la comisura de la boca, el ojo izquierdo entornado, con una venda traslúcida sobre la ceja, señal de que se la han partido.

¿Qué te ha pasado?, pregunta Blériot, que tiene la sensación de estar en un sueño en permanente expansión.

Pues ha pasado lo que tenía que pasar, dice Léonard haciendo un esfuerzo por articular: Rachid se fue ayer por la noche.

Al volver de casa de su hija —porque Rachid estuvo casado, en una vida anterior— tuvo una crisis, una especie de rapto emotivo o desequilibrio psíquico, y se puso a romperlo todo.

Por su parte, dice con una angustia retrospectiva en la voz, sólo recuerda que en un momento dado intentó intervenir en el salón para reclamarle que fuese razonable, y que Rachid de repente alzó los puños y se lanzó contra él, aullando.

Luego, oscuridad total.

No se ha andado con chiquitas, observa Blériot observando su ojo tumefacto.

Al mismo tiempo, dice Léonard, que ha recobrado un poco de su elocuencia, seguro que me lo merecía, y que todos nos lo merecemos, porque no sabemos amar a los que nos aman.

Porque Rachid le amaba, dice, y la justicia providencial, después de elevarle hasta esa inesperada felicidad, lo dejó caer. Amén.

Aún no te he preguntado por el motivo de tu visita, dice luego, sentándose en un sillón con la dignidad de un monarca senil, el rostro vuelto de perfil para disimular los destrozos.

En el mentón tiene un poco de sangre seca.

Viéndole en ese estado, Blériot, que se acuerda de la silueta con sombrero, de repente se avergüenza de sus sospechas.

Vuelvo a tener problemas de dinero, se excusa —sabiendo que seguro que le creen—, estoy sin un chavo, tengo encima una inhabilitación bancaria y mi mujer está en Marsella.

Blériot, querido, eres incorregible y un poco demasiado venal, dice Léonard, que de todas formas va a la caja a por tres billetes de cien.

¿Quieres que vayamos a comer juntos? le pregunta mientras descorcha una botella de Vouvray.

¿Estás seguro de que te apetece salir? se inquieta Blériot.

¿Tan mal me ves?

Al cabo de un cuarto de hora caminan por los senderos de Les Buttes-Chaumont —el uno apoyado en el otro—, los dos con grandes gafas de sol y uniforme de enterrador, como los Blues Brothers.

En total ha estado conmigo algo más de tres años, dice uno. Qué rápido pasan.

Sí quizá sea por eso que no nos da tiempo a conocernos, dice el otro.

Hoy, Louis Blériot-Ringuet contempla el mar. Está sentado en una tumbona, con el pantalón remangado hasta mitad de las pantorrillas, mientras su mujer, tumbada sobre el vientre, lee una biografía de Picabia. Un gran sol de veranillo de San Martín baña con su luz aún cálida la playa. Junto a ellos, una familia de alemanes protegidos por un gran parasol a rayas juega con indolencia a los naipes, narcotizados por el calor.

Una canción de los Smashing *Pumpkins* flota en el viento. A lo lejos, los bañistas parecen simples nubes de partículas posadas sobre el agua.

Blériot, entregado a su actividad contemplativa, da un cuarto de vuelta sobre su tumbona y se baja las gafas de sol para observar por un instante a una de sus vecinas, fascinado por el surco entre sus senos bajo el bañador blanco como bajo el efecto de una visión estereoscópica.

Emma está con su hermano en casa de sus abuelos, dice ella al teléfono. Por vacaciones les encanta que estén con ellos. Después será su padre quien se ocupe de ellos.

Sin saber por qué, Blériot tiene la impresión de haber oído ya cien veces esa historia.

Ha desviado la mirada hacia la pérgola del hotel sobre la playa, donde unas banderas americanas y japonesas penden blandamente de los mástiles.

Aunque la tarde no ha hecho más que comenzar, cinco o seis navegantes de cabellos blancos y cuerpo bronceado beben cócteles en el bar de la piscina como para celebrar su inmortalidad.

¿Sabes?, continúa su vecina, ahora Sylvain vive a su aire. Comparte piso con su colega Fontana. ¿Te acuerdas de él? No, Fontana es el que lleva siempre pantalones demasiado cortos y que habla como Pepito Grillo. Te aseguro que da gusto verles juntos, dice mientras se examina las uñas de los pies.

Blériot gira unos grados más. Su mujer se ha dormido, con la mejilla apoyada en el libro.

Tengo que irme, le dice al oído. Si quieres, te recojo luego.

Hmmm, dice su mujer.

O sea que a las seis, al final del paseo, añade entrechocando los mocasines para extraer la arena.

Cuando llega al bulevar —donde compra cigarrillos— el rumor de la playa se apaga de golpe como si los dos batientes de una puerta se hubieran cerrado a su espalda. Ya sólo existe silencio y calor.

Cruza por barrios desiertos, calles asfixiantes pasadas al lanzallamas, tratando de avanzar por el lado de la sombra, a ras de muros. Siente que ya tiene las piernas empapadas.

Al fondo de un patio de baldosas ajedrezadas, cerrado con una verja, dos viejos con el bañador hasta el pecho se mantienen inmóviles en torno a una mesa plegable, como dos sombras recortadas en la tela del verano.

Más lejos, en las inmediaciones de un estadio, bandadas de gaviotas chillan en las tribunas vacías.

El hotel donde se aloja es un gran edificio blanco de siete u ocho pisos, con galerías abiertas adosadas a la fachada, que le recuerdan la fotografía de un inmueble colonial. En el interior, el hall y los pasillos parecen extrañamente silenciosos e inanimados como si una nube ardiente se hubiera metido por las ventanas y lo hubiera consumido todo.

Ya en el cuarto, Blériot mira un momento pasar los trenes tras las persianas de la galería, antes de decidir darse una ducha y meterse de una vez con la traducción sobre la actividad de los neurotransmisores.

Y así pasa parte de la tarde, sentado en calzoncillos ante el ordenador, y luego telefonea a Nora.

Tiene el móvil apagado. Debe de ser la quinta o la sexta vez desde anteayer que intenta comunicar con ella. Y cada vez siente la punzada de dolor, que se había contraído hasta el límite extremo de su conciencia, y que vuelve en barrena.

Para distraerse, vuelve a mirar los trenes que circulan paralelamente en el horizonte mientras el sol comienza a hundirse en el mar. La estación de tren, toda rosa, colocada entre hileras de bloques de pisos, parece tan minúscula e improbable como una estación de Monopoly sobrevolada por algunas nubes.

Un poco antes de las seis —ha traducido doscientas cincuenta palabras—, Blériot sale del hotel, con la chaqueta al hombro y los auriculares en las orejas, y baja la gran cuesta que lleva a la playa a la velocidad de una corriente de aire.

A lo largo del bulevar, una luz amarilla se expande entre las palmeras del parque, y los mirlos alucinados dan saltitos por los jardines.

Se detiene un momento para llamar a Nora —como si a ella le interesase el movimiento de los mirlos—, y luego vuelve a colgar y a paso de carrera se dirige al paseo.

Ante Sabine exhibe un aire desenvuelto y una estudiada trivialidad destinados a tranquilizarla —aunque para ello tiene que hacer de tripas corazón—, y los dos, de la mano, como una pareja cualquiera de turistas, se van sin prisas en busca de una terraza a la sombra. Disponen de todo el tiempo del mundo.

No tienen hijos.

Por lo menos hacía dos o tres años que no iban juntos a un hotel, le dice él mientras pide unos martinis.

Te propuse que me acompañases a Milán y como siempre, has encontrado cómo escabullirte, le responde ella con los ojos enmascarados por las gafas de sol.

A veces, por esa mirada oculta, Blériot se pregunta qué pensará ella realmente del estado de su pareja. Suponiendo, claro, que sus múltiples actividades, tanto mundanas como profesionales, le dejen tiempo libre para la introspección.

A Marsella también hubieras podido acompañarme, añade ella. Hubieras sido muy bienvenido.

Mientras le habla de su estancia en Marsella, y de la propuesta que le hizo un tal Jean-Claude Damiani de colaborar con él en la exposición Titus-Carmel, Blériot, sin dejar de escucharla, se sorprende por momentos envidiando la soledad de su vecino de delante, que lee el periódico hípico mientras mordisquea unos anacardos.

Porque a eso ha llegado.

Está tan angustiado como el mismo Tannenbaum.

Para no estropear la velada y resistir el aluvión de ideas negras cuya causa sabe muy bien, le propone a Sabine cenar temprano en un restaurante del puerto, y luego ir al cine a ver una comedia italiana, o al casino.

Lo que tú prefieras, responde ella, porque está sencillamente feliz de pasearse con él charlando, mientras el sol no acaba de ocultarse en el paseo de los ingleses y en las calles transversales se siente ya el frescor de los finales de verano.

El dolor que causamos, recuerda él de pronto, es la gran cuestión de la vida.

¿Pero qué otra cosa se puede hacer?

En este momento aún no ha tomado ninguna decisión.

A la puerta del cine, Sabine está ocupada comprobando los horarios de las sesiones cuando Blériot, presa de una inspiración súbita, da un paso atrás, luego dos, luego tres, diluyéndose gradualmente en la penumbra, hasta que dobla una esquina y desaparece, con las manos en los bolsillos.

Una vez se ha lanzado, todo resulta claro y sencillo. La vida se parece al billar.

Toma un autobús, baja un poco al azar, luego sube por la primera cuesta que se encuentra, y después por una escalinata interminable hasta una plazoleta iluminada, con bancos, donde recobra la respiración. Ha apagado el móvil.

Sin tomarse la molestia de detenerse ni de reflexionar más, toma otra cuesta que asciende entre jardines en terraza, y aparece en completa oscuridad, docenas de metros más arriba, avanzando entre matorrales espinosos que se abren y se cierran a su paso.

Por momentos tiene la impresión de que gritan su nombre a su

espalda, y se apresura a escalar la colina agarrándose a las piedras con una especie de vitalidad animal.

Desemboca en una especie de promontorio batido por el viento, donde de repente ve las luces de la costa hasta el aeropuerto de Niza.

Por encima suyo, filamentos muy claros cruzan el cielo como una lluvia de meteoros. Entonces Blériot —o la extraña entidad que ha tomado el nombre de Blériot— echa a correr agitando los brazos como para atraparlos.

Esta vez ha pasado al otro lado del espejo.

A su alrededor, el clamor de los insectos escondidos en la maleza sube y baja en oleadas al mismo ritmo que su excitación.

Mucho más tarde, al bajar de costado la ladera de la colina y ver a una pareja de adolescentes sentados en la hierba, recobra la lucidez.

Ya no sabe cuánto tiempo ha estado ausente.

Reaparece a la luz en lo alto de la escalera que lleva a la plazuela, con sus bancos bajo los tilos, y se apresura a conectar el móvil.

Hace un momento me he perdido, se excusa tratando de controlar la respiración y de hablar con tanta naturalidad como puede.

Sabine no dice nada. Pero él sabe que esto le costará caro.

A las doce menos cuarto, la encuentra al pie de la escalinata.

Aún tenemos tiempo de ir al casino, bromea saltando los últimos escalones como si viniera de entrenarse.

Louis, me das miedo, dice ella sin mirarle.

23

Al sexto día, regresan a París en avión. En las calles, el viento es húmedo y la atmósfera entre los árboles gris. La amargura flota en el aire —Blériot la nota al colarse entre los coches—, humores de *rentrée* social y por todas partes gente que se exaspera recíprocamente. Él sube deprisa la calle de Belleville, con los auriculares puestos, añorando ya el tiempo en que iba a casa de Nora sin prisa ni ansiedad, porque ella le esperaba en el umbral y él podía rellenar el depósito de felicidad sólo con ir a verla.

Una vez en Les Lilas —se conoce el camino de memoria— pasa ante el gimnasio y la alcaldía, toma las callejuelas en cuesta bordeadas de pabellones anónimos y llega ante su casa corriendo, jadeando de aprensión.

Todo está como lo imaginaba. La casa parece cerrada, la puerta y las ventanas cerradas, el jardín está vacío. El correo a nombre de su prima Barbara Neville se ha quedado en el buzón.

Aunque Blériot sepa que Nora es capaz de desaparecer sin previo aviso ni justificación, y de volver exactamente de la misma forma, ahora no puede menos que pensar —y se le pone una especie de carne de gallina extrasensorial— que esta vez es para siempre.

En su reloj son las doce y diez.

Se quita los auriculares —quizá Percy Sledge le trae mala suerte— y marca el número de su móvil, a ver si hay suerte. Varias veces. Como si buscase más que nada tiempo para pensar.

De hecho lo que más le asusta no es su ausencia sino el silencio.

Ahora se da cuenta de que siempre han llevado vidas tan compartimentadas que no sabe dónde buscarla ni a quién llamar. Tampoco sabe dónde estudiaba teatro ni cómo se llamaba el hotel de Roissy, y ni siquiera tiene la dirección de su familia, ni la de su ex novio en Londres.

Como fue tan tonto que le dijo que no tenía inconveniente en que volviese a verle, se lo habrá tomado al pie de la letra.

Cuando el permiso que le dio era más bien en plan teórico. Y le hubiera gustado poder negociar las cláusulas de ese permiso.

Desanimado, cuelga el móvil y sigue esperando en medio de la calle, en una especie de tranquilidad próxima al estupor, mientras se esfuerza en respirar con regularidad y en seguir mirando alrededor, con la mirada alta para no replegarse en su miedo.

Blériot toma conciencia de que de nada sirve quedarse plantado en la acera por más tiempo, a no ser que uno quiera convertirse en un espectáculo para todo el vecindario, y que hay que pasar página y salir de este barrio.

Así pues baja la cuesta de la calle sin preocuparse de saber adónde va, porque hay casos en que vayas adonde vayas no vas a ninguna

parte.

Camina en un estado de casi ingravidez hasta una plaza donde hay un café-estanco. En el interior de la sala oscura, a Blériot le impresiona su propia insensibilidad, como si estuviera anestesiado. Y de hecho el brazo le pesa tanto que le cuesta sostener la copa.

La última vez que desapareció, recuerda, estuvo horas esperándola sentado en un café, bebiendo una cerveza tras otra, sudando sin parar.

Al día siguiente, tenía un mensaje en su pantalla: Ámame mucho. Tardaremos mucho en volver a vernos. (*Love me do. We won't be seeing each other for a long time.)*

Eso fue hace dos años.

El pasado día de la Ascensión, cuando Nora le llamó para anunciarle que volvía, su dolor, evidentemente, había envejecido.

Pero recuerda muy bien que al volver a subir a su coche para ir a casa de sus padres ya tuvo el presagio de que pronto se daría de cabezazos contra la pared.

Sin embargo, si ella volvió al cabo de dos años, si enseguida le llevó a su casa, si han hecho lo que han hecho y dicho lo que han dicho, es que él le importa. Ella no tenía ninguna obligación de llamarle.

Ninguna obligación, se dice y se repite. Pero este relámpago de comprensión se apaga casi enseguida. Ahora supone que ella, efectivamente, ha ido a Londres a reunirse con su novio deprimido, o quizá con otro, con cualquier desconocido, pero que tampoco será más listo que los demás y cuando le toque el turno comprenderá su dolor.

Ella ha tenido tantos amoríos, tantas vidas imbricadas la una en la otra, que se diría que secreta una sustancia activa que al contacto con los hombres les hace caer a sus pies.

En cualquier caso una cosa está clara: él no va a esperar dos años a que le vuelva a llamar.

Porque hay maneras de hacer las cosas.

Fuera, el cielo sigue siendo siniestro, el viento húmedo y frío. Por más que apresure el paso la calle de Belleville le parece tan interminable como una cinta transportadora.

Y al mismo tiempo, se fija en las caras de todas las parejas con las que se cruza, en cada rostro de mujer, se vuelve cada vez que oye reír a alguien, como si todo fuera a comenzar de nuevo.

Pero hoy no hay redención.

Blériot ha vuelto a casa. Ha vuelto a llorar en las faldas de su mujer y firmar una confesión completa.

Por suerte ella no está en casa. Mejor así.

Sube al piso superior para sentarse a su escritorio y terminar la traducción —lleva casi diez días de retraso. Pero mientras intenta trabajar, con la mirada fija en la pantalla, la idea de que quizá no

volverá a ver a Nora vuelve continuamente a su conciencia, paralizando sus centros de decisión.

Duda a cada palabra.

En estas condiciones, en general es mejor dejarlo. Es lo que hace.

Se queda tumbado en la cama desde las dos a las cinco, en la luz lúgubre de la tarde, dedicado a fumar y a consultar maquinalmente el móvil como un hombre que se transforma en apnea al fondo de una tristeza sin contornos.

De vez en cuando se levanta para ir al lavabo y vuelve abrumado por el rendimiento de su aparato digestivo.

Una mezcla de gas y de bacterias, eso es lo único que quedará de nosotros, se dice, volviendo a abrir el móvil.

A veces —es una variante— dice ¿Diga? ¿Diga?, como si se entrenase para responder al teléfono, y luego cuelga.

El mundo ya no responde.

Tiene la impresión de haberse tomado un ácido.

Ahora está desnudo, ha dejado la ropa al pie de la cama, y permanece sentado sobre las sábanas.

Sostiene con una mano un vaso de cerveza, y con la otra se rasca el esternón, con el aire de quien se pregunta con franqueza qué carencia, qué fallo ha podido cometer para merecer el castigo de semejante soledad.

A fuerza de rascarse, unas gotitas de sangre le perlan el pecho.

Podría ser una escena de *La colonia penitenciaria*, pero sin el desierto y sin la máquina.

Contando a Kate Meelow y a él, ya son seis pasajeros en el ascensor, Paganello, el arribista, Sullivan, el alcohólico, Brown, el ligón —a veces Murphy Blomdale, tiene la sensación de vivir entre arquetipos— y Barney el melancólico, hasta que la señorita Anderson, haciendo un enorme esfuerzo de compresión, entra también y el aparato acelera bruscamente.

Al cabo de dos segundos les deposita en el hall donde varios grupos están estacionados y se interpelan, muy excitados todos por haber abandonado las oficinas e ir a beberse una cerveza por el barrio de Blackfriars.

En esto los agentes de bolsa son exactamente iguales que los bomberos o los obreros de la construcción.

Murphy, flanqueado por Kate y por Max Barney, se está preguntando si no valdría más desviarse hacia Fleet Street para despistar al resto del rebaño, cuando alguien salido de la nada le grita: *Hello, you*! —suponiendo que se lo diga a él.

La aparición se mantiene al otro lado de la puerta, en un contraluz muy negro que durante unas décimas de segundo le ciega.

Hello, ¿no me reconoces? dice ella acercándose con una especie de tranquilo aplomo.

Se ha detenido en el umbral, mientras él al avanzar hacia ella tiene la sensación de atravesar un campo magnético.

Es ella la primera en tender los brazos.

Seguro que me reprochas que no te haya avisado, le dice Nora, como si dijese: te parecerá que he envejecido mucho.

En absoluto, protesta él estrechándola en sus brazos y sintiendo otra vez el vivo calor de su cuerpo, mientras alrededor los demás, que deben de sospechar algo, se alejan como sombras perplejas.

Entonces vuelve a abrazarla, y luego da un paso atrás para mirarla.

Tiene una forma de reír tan graciosa, arrugando la nariz, y tiene un aire tan juvenil, tan petulante, que casi se diría que se ven ahora por primera vez y que el tiempo es una mera ilusión de la perspectiva.

Luego se fija en que ella lleva un impermeable con un pequeño *foulard* de lunares, y en que sostiene en la mano una gran bolsa de viaje.

Murphy, centrándose en consideraciones más prácticas, no sabe si proponerle que vaya a vivir a su casa —estimación alta— o si será mejor contentarse con preguntarle, pero sin insistir mucho, dónde piensa dormir, ¿en casa de su hermana Dorothée?

Mi hermana me saca de quicio, responde ella. No para de darme lecciones de moral so pretexto de que tiene tres años más que yo y un máster en ciencias económicas. No te recomendaría que pasases una noche con ella.

Tras un instante de perplejidad, Murphy toma la decisión de llamar a un taxi para que les conduzca al centro de Islington, como si sólo se tratase de un paseo sentimental, sin ningún compromiso por su parte.

Esta bolsa me pesa mucho, preferiría que primero fuésemos a tu casa, dice ella, ya en el taxi.

Ya que lo propone ella…

Murphy la besa discretamente en el cuello sin preguntarle nada ni intentar saber qué astronómico cúmulo de circunstancias la devuelve a él.

Cuando vuelven a encontrarse en el apartamento donde vivieron juntos y se han desembarazado de sus pertrechos, ambos de repente tienen como un momento de flotación, y se miran sin saber qué hacer, cada uno desconcertado consigo mismo.

La emoción, lo insólito de la situación, a lo que hay que sumar cierta circunspección por ambas partes, más bien les sugieren esperar a ver.

En particular Murphy, que ha pagado cara su buena fe, sabe ya demasiado bien cuán agresiva y lunática puede ser Nora, bajo su graciosa apariencia, para que ahora le apetezca correr riesgos innecesarios.

¿Me sirves una copa de vino? le dice ella como si le propusiese sellar la reconciliación y empezar una nueva etapa.

Claro, exclama él, confuso por su distracción y tampoco descontento de tener algo que hacer en la cocina.

Sigues leyendo la Biblia, comenta ella a su espalda, mientras examina los montones de libros sobre la mesa.

De vez en cuando. Para ser del todo franco, le precisa mientras busca un sacacorchos, para mí leer la Biblia no es tanto un chaleco salvavidas como una especie de regulador emocional.

La explicación puede parecer un poco confusa, pero no sabe decirlo mejor.

Por culpa de sus nervios.

¿También lees a Leibniz? se asombra ella. ¿Pero quién es ese Leibniz?

Un gran filósofo cristiano y un gran matemático, responde, divertido por la cara que ella pone.

Sentados en el sofá del salón, como en los días felices, con sendas copas de vino en la mano, recuerdan a dos actores que ensayan una escena de la vida conyugal —ella apoya la cabeza en su hombro— que por desgracia han olvidado el texto.

A mí me encanta este piso dice Nora, levantándose e improvisando un discursito nostálgico sobre cada cuarto, incluso el más modesto, y sobre sus costumbres de entonces, y las gratas horas que pasaba allí.

Ya sabes que puedes quedarte todo el tiempo que quieras, se oye él

responder, porque la inesperada gentileza y sensibilidad que ella está mostrando han tocado una zona de su cerebro raramente estimulada y empiezan a derribar sus líneas defensivas.

Primero quiero ducharme y luego ir a cenar a Dangello, dice ella riendo, como si no hubiera oído su oferta.

Como prefieras, dice Murphy, que por su parte hubiera preferido algo más sencillo y más cálido que Dangello. Pero no dice nada, por ese ascendiente que ella ejerce sobre él hasta el punto de hacerle perder su libre albedrío.

Luego bajan St. John y Rosebery a grandes zancadas, ateridos de frío, bien apretados como cuando eran despreocupados y felices.

Dangello no ha cambiado. Penetran en un vestíbulo rococó, les acogen damas en blusa almidonada —rechazan el guardarropa— y unos camareros con plastrón que les guían entre las mesas hasta el fondo de la gran sala crepuscular.

Por los murmullos que se propagan de mesa en mesa, se puede diagnosticar sin temor a equivocarse que la entrada de Nora, con sus botas de cuero y su gabardina de aventurera internacional, no ha pasado desapercibida.

Cuando vuelve el silencio, no se oye más que el tintineo de los cubiertos —piden el turbó a la plancha— y el cuchicheo de los comensales, de vez en cuando salpicados de exclamaciones inesperadas, que delatan a las personas de cierta edad equipadas con un sonotone averiado.

Por lo demás la mayoría de los hombres tienen un aspecto fatigado y encorvado, mientras que sus esposas, sentadas muy estiradas en el borde de la silla, vuelven incesantemente la cabeza a izquierda y derecha como periscopios de platino.

Por su parte Murphy, olvidando lo que se supone que hay que hacer o decir, se pierde en la dolorosa contemplación de su compañera, tranquilamente entretenida en picotear la verdura.

¿Porqué te fuiste, Nora? no puede evitar preguntarle en voz baja, cuando ella ha terminado.

Para tener el placer de volver y volver a encontrarte. Soy así. Necesito sentirme libre, susurra ella, abriendo sus grandes ojos castaños como para absorberlo.

Por penosa que sea esa explicación, Murphy, bajo el poder de esa mirada, no puede tomarla a mal y casi le buscaría excusas, recordando lo joven que ella era cuando se conocieron.

Sólo se permite preguntar, con una ligerísima punta de ironía, si ahora se siente libre en París.

Muy libre, responde ella con firmeza, antes de matizar su afirmación mencionando el fastidio de su prima Barbara, que supuestamente suele meterse donde no la llaman y se empeña en

hacerle de carabina cada vez que sale.

Sin saber por qué, Murphy siente la desolación de no creerla, pero se lo calla.

¿Piensas quedarte mucho tiempo en Londres? le pregunta, siempre en voz baja, aunque alrededor de ellos casi no hay nadie.

Aún no lo sé, responde ella, oculta tras la carta de postres. De todas formas supongo que siempre puedo dormir en el sofá que hay en el despacho.

Tú decides, dice él sin revelar lo que piensa.

Ahora los clientes se han ido, los camareros fatigados tienen ganas de volver a casa. Murphy ha sacado la cartera —sembrad y recogeréis — y llama discretamente al maître. La cuenta, por favor.

En ese instante, está pagando para que ella se quede con él, para que deje de mentir, para no seguir pensando que le miente y para que su vida aún tenga sentido. Todo eso está incluido en la cuenta.

Es tu padre, le grita su mujer tendiéndole el teléfono. Blériot, en la puerta del cuarto de baño, el rostro crispado a causa de su neuralgia matinal, le dice por señas que sube a contestar arriba.

Hola, dice sorprendiéndose de su propia respiración, tan agitada sobre el auricular.

Espero no molestarte, empieza su padre, es por tu madre. Te estoy llamando desde una cabina.

Se lo esperaba.

Aparentemente, estas últimas semanas el nerviosismo y los cambios de humor de su madre se han transformado en franca hostilidad, hasta el punto de que insulta a los vecinos y un par de veces ha intentado pegar a su marido.

Los exámenes neurológicos que se le han hecho en el hospital, le explica su padre, con la lentitud propia del hombre de setenta años que toma sedantes, no han revelado nada particular, y ha vuelto a casa.

No puedo más, confiesa.

Blériot, que tampoco está en un estado muy brillante, en ese momento siente que cueste lo que cueste hay que tomar las riendas de sí mismo y por una vez intentar estar a la altura de la situación.

Hoy mismo voy en tren a veros, le promete, mientras mira en la pantalla la página de las reservas.

Sobre todo no le digas que te he avisado, le pide su padre, como si temiera un castigo.

No te preocupes, le dice, imaginándole solo, en la cabina.

Luego acaba de asearse en el cuarto de baño, prepara algo de ropa, besa a su mujer —sus bellos ojos están tristes y comprensivos— y sale a la calle a las nueve, recién afeitado, fríamente desesperado.

Ya sentado en el tren, primero verifica si tiene algún mensaje de Nora, y luego reclina su asiento mientras escucha el *Werther* de Massenet, y al otro lado del cristal su doble inmaterial y feliz corre por una carretera secundaria, con los cables de la electricidad y los automóviles solitarios.

Ahora, cuando piensa en su historia con Nora, la mire por donde la mire le parece igual de lamentable y preferiría poder pensar en otra cosa.

Salvo en la salud de su madre.

¿Entonces, en qué? En su infancia, en sus paseos en bici por los Cévennes, en todos aquellos años de antes: antes de Nora, antes de Sabine, antes de enamorarse por primera vez.

Era también lo que quería Werther.

Todos los hombres tienen la nostalgia enorme de aquel tiempo en que la vida aún tenía la elasticidad de lo posible.

Al salir de la estación, Blériot alquila un coche y unos kilómetros más adelante se encuentra en la desolación de una región sin horizonte, conduciendo hacia las colinas, coronadas por cúmulos algodonosos y sembradas de pueblos desiertos donde sólo pasan el viento y las nubes húmedas.

Por lo que parece, aquí el verano también se ha ido definitivamente, como un empresario fraudulento que deja la llave bajo la puerta y se larga a los trópicos.

Tras La Feuillade, Blériot recuerda que tiene que girar a la derecha para tomar la carretera en curva que sube a Saint-Cernin, con su puentecito y la capilla que siempre le sirve como punto de referencia.

Ante el portal de la casa, ve a un tipo raro con sombrero de pescador que gesticula hacia él bajo la lluvia, y le cuesta unos segundos comprender que es su padre.

Se le ve encorvado, tiene la tez gris y los ojos parecen turbios y vidriosos, quizá porque está emocionado y sufre una enfermedad del cristalino.

Ya no sé qué hacer, Louis, dice, antes de que éste pueda bajar del coche. Tu madre me está matando.

De verdad, tienes que echarme una mano, insiste, repitiéndole palabra por palabra lo que ya le ha explicado por teléfono.

Tras un silencio altruista, Blériot le pregunta si su madre está al corriente de su llegada.

Claro. Incluso se ha vestido para ti. En fin, si a eso se le puede llamar vestirse. Ahora lo verás.

En principio la casa parece no haber cambiado mucho, con sus colgaduras de cretona, sus cuadros malos y las fotos enmarcadas que le recuerdan los tiempos en que parecían una familia correctita y sin enredos.

El perro Billy sigue durmiendo en el sofá.

En cambio, el mantenimiento de la casa deja bastante que desear. Desde que despidieron ruidosamente a la asistenta, su padre tiene que hacerlo todo en la casa, de cocinero, las compras, la lavadora, la plancha, y dos veces al día ocuparse del aseo de su mujer, porque ella tiende a abandonarse un poco.

¿Quieres que entre contigo? le pregunta su padre ante la puerta del dormitorio.

No hace falta, responde él, mirándole un instante, porque le cuesta acostumbrarse a su transformación.

¿Cómo es posible que en pocos años el viajero intrépido y el fogoso jugador de ping-pong se haya transformado en un viejo ansioso y vacilante, que todo el rato parece asustado de su propia sombra?

Su madre está sentada ante el televisor, con las piernas desnudas, vestida con una especie de túnica a cuadros azules, algo entre delantal

y camisón. Su rostro, iluminado por la pantalla, parece demacrado y los cabellos son completamente grises.

Parece no tener edad.

Estamos a 21 de septiembre, me llamo Colette Lavallée y no estoy enferma de Alzheimer, bromea como si le leyera lo que está pensando.

Y a continuación le reprocha que sea un egoísta, que viva a costa de los demás y que no sienta nada por nadie.

Encima conspiras con tu padre para mandarme a una residencia.

Él no reacciona.

Sé muy bien que has venido a por un cheque, le dice ella levantándose de repente, ¿no es verdad? ¿No es eso? Atrévete a negarlo.

A ti lo que te gustan son las niñas, ¿verdad Louis? Las alumnas de Colette. Lo sé muy bien. Eres como tu padre, continúa mientras va dando vueltas por la sala.

Tú sabes que he venido a verte, le reprocha él pacientemente, esforzándose por retenerla un poco en sus brazos, a pesar de la mezcla de incomodidad y de repulsión física que siempre le produce.

Aunque se diga y se repita que es su madre, que le cuidó y educó como cualquier otra madre, y que a su manera le ha querido, ya no siente nada por ella.

No puede evitarlo. El nervio de la sensibilidad se lo cortaron.

Papá está muy preocupado por ti, intenta hacerle comprender.

Los dos sois un par de inútiles, responde ella con su tono de directora de escuela.

Lo único que me pasa es que estoy cansada. ¿Tú sabes lo que es estar cansada?

Blériot, que fue fundido en el molde de la ansiedad paterna, tiene la sensación de que en cualquier momento va a recibir una bofetada.

Su padre le espera en el cuartito que ha arreglado en el sótano. Ya lo sabe todo.

¿Tú qué crees que puedo hacer? le dice, con la voz de un hombre que duda entre meter la cabeza en el horno y gasearse con monóxido de carbono en el coche.

Lo he intentado todo, lo he soportado todo. Ese rollo del junco que cuando sopla el huracán se inclina pero no se quiebra, son cuentos.

Lo que es yo, estoy hecho trizas, añade.

Porque su padre cuando quiere puede ser hasta gracioso.

Como ya casi ha dejado de llover, al final de la tarde salen los dos a pasear por los caminos de alrededor, a la sombra de los árboles. Las hojas húmedas les gotean en la nuca cuando pasan por debajo. El padre habla solo.

En su opinión, en la familia Lavallée debe de haber un síndrome depresivo. El abuelo, después de la guerra se colgó. El tío Charles no

fue capaz de trabajar en toda su vida, y en cuanto a Marie-Noël, la hermana de Colette, que vive en Clermont, desde que se jubiló está sedada.

Su hijo, que es el último eslabón de esta cadena genética, no tiene demasiadas ganas de entrar en el tema.

A lo largo de las alambradas, las vacas dirigen sus grandes ojos pacientes hacia el crepúsculo, porque todos los seres, recuerda Blériot, los seres razonables y también los animales, necesitan contemplar.

A él mismo le gustaría apretar un botón secreto para que se le concediera un momento de contemplación.

Pero no encuentra el botón.

De vuelta a casa, ponen un poco de orden y preparan la mesa para dos, porque la madre no quiere bajar. La oyen ir y venir en el piso de arriba, va al lavabo, vuelve a la cama, tira cosas al suelo, vuelve a salir al pasillo. No puede estarse quieta.

Cada noche es igual, dice su padre, ya en el jardín. Hasta tengo que vendarle los pies antes de meterla en la cama.

A veces tiene sangre en los zapatos.

Blériot se queda mudo. No pueden dejar que siga así.

Tienes que llamar a un médico, no hay más remedio, dictamina. Y que la lleven a una residencia: o ella, o tú.

A la mañana siguiente, al pasar en coche ante una urbanización en la periferia de Montpellier, Blériot ve a una joven muy morena que espera en la puerta de su casa, vestida con una bata que se ha echado encima del pijama.

Ha debido vestirse precipitadamente y salir para atender al cartero o a algún repartidor.

En una mano sostiene un sencillo paraguas a rayas rojas —él conduce muy lento, no la pierde de vista—, y con la otra se peina un mechón del cabello detrás de la oreja.

Es tan perfecta, piensa, y tan inconsciente de su perfección, que sería legítimo acabar aquí el viaje y con la mayor cortesía pedirle permiso para tener descendencia con ella.

Mientras piensa estas cosas al volante, los neumáticos hacen crujir la grava del arcén.

Al llegar a su altura, baja la ventanilla y ella se inclina hacia delante creyendo que le va a preguntar algo (¿está soltera?), pero Blériot se limita a sonreírle mirándola a los ojos.

Antes de alejarse suavemente, sin descendencia.

Así ha sido su instante contemplativo.

Murphy, con el paraguas en la mano y escoltado por Max Berney y por Sullivan —es el rubio, un poco macrocéfalo, que camina a su derecha—, sube por New Change, preocupado por los avatares de su vida doméstica con Nora.

Oyen sonar las cinco. Como si se tratase de una señal, Sullivan, que vuelve a tener sed, se empeña en que le acompañen a tomar una cerveza. Se la toman, como buenos camaradas que son, y luego lo abandonan a su suerte, no poco contentos de librarse de él.

Mientras Murphy sigue rumiando sobre su imprevisible huésped, Barney le confiesa que en su horizonte han aparecido negros nubarrones y que su colaboración con la agencia ha llegado a su término: Borowitz ya se lo ha insinuado.

Machacado por sus fracasos y por esa eterna mala suerte que lo convierte ya en un fenómeno social —al fin y al cabo va a ser la cuarta vez que le despiden en cuatro años—, Barney hasta está empezando a preguntarse si todo esto no responderá a un complot contra él.

¿Por parte de quién? pregunta Murphy, saliendo de sus cavilaciones. Max no tiene respuesta.

Lo que evidentemente no puede decirle es que sus bostezos eternos en las reuniones de trabajo y sus bromas calamitosas —casi siempre a destiempo— tampoco mejoran su imagen de cara a la dirección.

Se separan como de costumbre ante la estación de Moorgate, y Murphy, sumido otra vez en sus meditaciones, se despista y se confunde de línea.

Durante todo el viaje en el bus que finalmente le lleva a Islington, va pensando que cuando llegue Nora se habrá ido, que el piso estará silencioso, los objetos ordenados en su sitio, como cada día, y que sin embargo todo le parecerá inerte como después de un encantamiento.

Ya se imagina el ruido de sus pasos por el corredor vacío, las fuerzas del no-ser emboscadas tras la puerta.

Pero ella está en casa. Está en el despacho, tumbada en el sofá que le sirve de cama, con las piernas dobladas. Le da la espalda.

Él, presa de una necesidad imperiosa de relajarse, corre a la cocina a servirse un vaso de vino y luego regresa y se sienta a su lado sin hacer ruido.

En los pisos de arriba alguien toca al piano una melodía de ragtime.

Este extraño momento, según la conciencia de Murphy lo asimila —ha acercado la silla—, tiene la doliente belleza de lo que quizá no se repetirá nunca más.

¿Dormías?, dice finalmente, con la mano en la mejilla.

No, me aburría, dice ella estirándose. ¿Qué hora es?

Se estaba aburriendo, piensa, cuando es libre de salir, de ir adonde le apetezca, de verse con quien quiera.

¿Cómo puedes aburrirte al cabo de tres o cuatro días? le pregunta, sentándose al borde de la cama para acariciarle el cuello y las orejas calientes.

Ella le mira, inclinado sobre ella, sin hacer el menor gesto de reciprocidad, y le responde en un tono desenvuelto que así es la vida, se aburre, y además en Londres no conoce a nadie.

Murphy, desconcertado por la cohabitación entre la antigua y la nueva Nora, no sabe qué decir.

Añoras París, acaba diciendo, mirando sus ojos castaños como si disfrutase sufriendo.

Desde que ella ha vuelto, apenas ha aludido tres o cuatro veces a su vida en París. Él no ha insistido. Pero esos largos cuatro meses han quedado envueltos como un paquete y colocados entre los dos como un regalo con trampa.

Ahora, él tiene muchas ganas de deshacer el lazo.

Supongo que tienes alguien que te espera en París, le dice, mencionando a voleo el nombre de Sam Gorki —el que la ha telefoneado una docena de veces.

Pobre Sam, hace años y años que me espera, dice ella riendo para hacerle comprender que ese no pinta nada.

Ojalá todos los hombres fueran tan pacientes.

En ese momento Murphy, que no le ve la gracia, cree oportuno recordarle que como siempre ha sido honesto al cien por ciento con ella, cree que puede exigirle reciprocidad.

¿Exigir qué? dice ella, extremadamente agresiva.

Exigir que me digas de una vez por todas con quién vives en París.

Tras pensarlo un momento, Nora le hace observar, mientras se sienta en el sofá y enciende un cigarrillo, que no hay por qué decirle la verdad a nadie, pero que si tanto se empeña le va a decir cómo se llama. Aunque no ve qué ganará con ello.

Que lo diga de todas formas.

Se llama Louis Blériot y le conocí mucho antes de conocerte a ti, dice observándole, satisfecha del efecto causado.

¿Louis Blériot? repite él dos o tres veces, porque la impetuosidad de su confesión le ha descolocado, ¿pero qué nombre es ése? ¿No se llama así un famoso aviador?

Yo qué sé. El caso, añade ella para provocar, es que con este chico me divierto muchísimo.

Sin duda porque es demasiado serio, Murphy no quiere creer, no puede creer, que ella haya podido liarse durante tanto tiempo con un chico sólo porque se divierten. Tiene que haber algo más.

Hay mucho más, hay todo, admite ella tras marcar una pausa, y se

levanta y va también a por una copa. Es un chico muy raro.

Mientras la escucha sentado en un taburete, con toda la constancia de que es capaz, Murphy se va dando cuenta de que durante todo el tiempo que ha vivido con Nora ella pertenecía a otro —psíquicamente o no— y que él nunca lo había sospechado.

Probablemente porque no tenía ninguna experiencia en este tipo de situaciones, y no había desarrollado ningún anticuerpo, ninguna capacidad instintiva para detectar las mentiras.

Ahora sabe a qué atenerse.

Durante unos minutos se queda clavado en el taburete, perdido en una especie de niebla emocional que le impide pensar.

Me imagino, le dice más tarde sujetándola por los brazos, que piensas volver a vivir con él pronto.

No vivo con él. Si fueras gentil, atento y un poquito psicólogo, le contesta serenamente, dejarías de hacerme este tipo de preguntas y en cambio te preguntarías si sigues queriendo vivir conmigo.

¿Vivir contigo?

Ella va a hacerle beber el cáliz hasta la hez.

Espontáneamente, le han entrado ganas de soltar una carcajada y decirle no, no, y mil veces no, porque incluso suponiendo que ella de verdad le quiera, lo que ya es suponer, ya sabe cuál es el precio que le tocará pagar.

Así que se aparta. Por su cara, ella ha debido presentir que el futuro de su relación está siendo sometido a reevaluación, y que el pronóstico no es muy optimista, porque se asoma a la ventana del salón, sin añadir nada, y se inclina hacia la calle.

Murphy sabe que ahora mismo debería decirle que más vale que se separen, que ella tiene toda la vida por delante y le olvidará en seguida. Pero se queda callado.

Como esperando que sea otro quien lo diga.

Al cabo de un rato ella vuelve a sentarse a su lado en el sofá y apoya la cabeza en su hombro, y él renuncia a preguntarle nada más. Ni a la una le gusta confesarse ni el otro tiene el poder de absolver pecados.

En cambio lo que nunca comprenderá es esa necesidad que ella tiene de traicionarle y luego volver a vivir con él. Pero bueno. Paz en la tierra y en el cielo. Que haga lo que quiera.

¿Sabes qué, Murphy?, dice ella besándole. No, no lo sé.

Me encanta tu inocencia.

¿Mi inocencia?

Esa misma mañana Tannenbaum le ha enviado por *e-mail* una carta de casi quinientas palabras que tiene algo de requisitoria, de exhortación y de epístola electrónica, para reprocharle que sea un amigo olvidadizo y relativamente intermitente y que le haya abandonado a su suerte cuando languidecía en el lecho.

Entonces Blériot recuerda que le prometió pasar a verle para saber cómo estaba y que se olvidó, como se olvida de todo desde hace unas semanas —Nora ha llegado—, hasta el punto de sentir que ha perdido la idea de su propia continuidad.

Como no es un amigo tan ingrato como Léonard finge creer que es, abandona de inmediato la traducción, se viste y toma un taxi hasta Les ButtesChaumont, esperando llevarle un poco de consuelo. Aunque la verdad es que no está muy metido en el papel.

Un hombrecillo muy moreno y con bigotes caídos que le dan un aire vagamente proustiano —Jacques Cusamano, se presenta tendiéndole la punta de los dedos— le hace entrar en el piso anunciándole con cara de circunstancias que su amigo no está en su mejor momento.

Espere, ¿no será grave? se alarma Blériot, temiendo encontrarle ya en la agonía.

Está en su cuarto descansando, le tranquiliza el otro, y amablemente se ofrece a ir a anunciar su visita.

Mientras desaparece al fondo del pasillo, Blériot recuerda que Tannenbaum, que es la indiscreción personificada, le confesó que tiempo atrás se prepararon juntos para el instituto, hasta el día en que por la mayor de las casualidades descubrieron que los dos sentían la misma atracción —qué pequeño es el mundo— por los chicos morenos y muy velludos.

Sólo que si Léonard llevó en seguida sus ideas a la práctica, Jacques Cusamano, seguramente más timorato, sigue en casa de su madre esperando al príncipe azul.

Puede usted pasar, le dice desde la puerta de la alcoba.

Tumbado en la cama como un cocodrilo inerte, Tannenbaum alza un párpado y al verle entrar tira precipitadamente de la sábana en un reflejo de pudor.

La ceja sigue hinchada, el rostro descarnado, las mejillas consumidas por una barba de varios días.

A su alrededor, las pilas de libros y de revistas, los cadáveres de botellas, los envoltorios de paquetes, la ropa esparcida sobre las sillas, atestiguan un abandono que ya dura demasiado.

Camarada, me ves convertido en un ecce homo, le dice Léonard al besarle.

Por su voz pastosa y sus ojillos brillantes Blériot adivina que ya ha

bebido más que bastante.

Podrías estar peor, tienes lectura, visitas, y hasta te has agenciado un enfermero, le hace observar Blériot, ayudándole a repantigarse sobre un cuadrante, mientras Cusamano vuelve a sentarse en su silla, frunciendo el ceño y cruzando las manos sobre el regazo.

Cusa, déjanos un momento solos, dice impaciente Tannenbaum, volviéndose hacia su visitante con una sonrisa carnicera para que le cuente al detalle qué le ha pasado desde la última vez que se vieron.

Blériot primero se toma el tiempo necesario para tragar saliva y ponerse en situación, como si su padre espiritual le recibiese en audiencia, antes de comenzar el relato de sus tormentos y de su demasiado larga adicción a Nora, con las desdichadas consecuencias subsiguientes.

¿Sigues viviendo maritalmente con tu mujer?, se preocupa Tannenbaum, que se pirra por los problemas de casuística conyugal.

Por supuesto. A juzgar por sus reacciones y su manera de hablarme, tengo la impresión de que no sabe nada, responde prudentemente.

En tal caso es un mal menor, admite. Pero ¿sabes? Desde que te has convertido en adúltero y fingidor me tienes muy preocupado, guapo, porque te has echado a perder. No sé cómo acabará todo esto.

De momento, dice, dándole animosas palmaditas en la rodilla, tú y yo parecemos dos bultos que sufren.

Blériot no quiere decir nada, pero siente que él es el más desdichado de los dos.

¿Sigues sin tener noticias de Rachid?

Ése es el único problema.

Léonard tiene que reconocer que actualmente sólo puede hacer suposiciones y que lo más probable es que Rachid haya vuelto a vivir con su mujer. Sin duda, presionado por sus hermanos y su hija.

Siguen amargos comentarios sobre la hija de Rachid, salpimentados con algunas observaciones maliciosas sobre las familias musulmanas, que Blériot tiene la delicadeza de no escuchar.

Metafísicamente hablando, he fracasado en todo, declara Léonard, encendiendo la televisión posada sobre el parqué. No tengo ni mujer ni familia ni amigo, y no me queda otra que mirar películas del oeste o series porno hasta las dos de la madrugada.

De eso se desprende que mi interpretación de la vida no era la correcta, concluye hundiéndose de golpe en el orejero como dando la audiencia por terminada.

Blériot, sin ofenderse, mira la tele un ratito con él mientras los árboles de Buttes-Chaumont, como en un tecnicolor de los años cincuenta, salpican los cristales con sus colores anaranjados.

¿Quizá prefieres descansar? acaba por decirle al ver que da

cabezadas.

La televisión, señala Tannenbaum levantándose para buscar el mando a distancia, tiene sobre las pesadillas de la vida real la ventaja de que puedes apagarla cuando quieres.

¿Sabes cuál es el secreto más universal y que nunca se ha dicho? le pregunta súbitamente, cogiendo un libro de Péguy de la estantería.

El secreto más herméticamente secreto. ¿El secreto que nunca se ha escrito en libro alguno?

El secreto, lee ajustándose las gafas, más universalmente divulgado y que sin embargo nunca ha pasado de los hombres de cuarenta años a los de treinta y siete, ni de los de treinta y siete a los de treinta y cinco. El secreto que nunca ha bajado a los hombres de abajo.

¿Sabes cuál es?

No. Te escucho, Léonard.

Desde que existe el hombre, declara con su voz de oráculo, ningún hombre ha sido jamás feliz.

Ya lo sospechaba, dice Blériot por decir algo, en el momento en que Cusamano, al que habían olvidado en su antesala, les anuncia una visita.

Son Madame de Clermont y Madame de Bernardet, le dice Léonard, resucitando de golpe.

Blériot, sin ganas de seguir con el tema, prefiere desaparecer de inmediato. Pero de todas formas saluda en el pasillo a Philippe Clermont y al pequeño Bernardet, que se empolva discretamente ante el espejo, mientras Tannenbaum con un gesto protocolario, les invita a sentarse a su lado.

Aquello parece Yalta. En la última imagen que se lleva de ellos al cerrar la puerta, Philippe Clermont, guasón, hundido en su sillón, ostenta la sonrisa ya lejana de Franklin Roosevelt.

Por precaución, ha borrado el mensaje de Nora de su pantalla —por fin ha regresado de Londres— y luego ha bajado como si nada a hacer las tostadas y leer el diario de la víspera, con aire imperturbable.

Pese a eso ha necesitado casi media hora antes de abrir la boca e interesarse a través de la puerta del cuarto de baño por los planes de su esposa.

Que esta tarde se va a Marsella.

Tras zamparse el desayuno, Blériot se guarda mucho de mostrar la menor impaciencia, por miedo a despertar las sospechas de Sabine y presentar un flanco débil a sus comentarios, y pasa el resto de la mañana tecleando en el ordenador y dando diez mil vueltas al despacho en una especie de trance emocional.

Si un artista hubiera podido pintar una alegoría de la Tranquilidad, seguro que no lo hubiera tomado a él como modelo.

De vez en cuando, para calmarse y tener a sus neuronas ociosas entretenidas, espía por la ventana el piso de su vecina octogenaria, que está durmiendo en bata ante el televisor, como de costumbre.

Cuanto menos se vive, más tiempo se vive, filosofa mientras aguarda a que se vaya su mujer.

¿Puedes pedirme un taxi? grita ella en la escalera, son las dos y media y estoy llegando tarde. ¿Me ayudas también a bajar la maletita azul?

Vamos allá con la maletita azul. Blériot lleva su amabilidad hasta llevarle, por el mismo precio, la gran bolsa de cuero negro. Luego espera a que ella haya subido al taxi antes de ir al cuarto de baño a prepararse, rezando por que no se le haya olvidado algo.

Tras ducharse y afeitarse bien, se anuda la corbata de *bluesman*, se calza las viejas botas camperas y se siente inmediatamente operativo.

En su precipitación, da un portazo olvidando el carnet de identidad y la documentación —lapsus significativo— y baja corriendo las escaleras. Luego abre precavidamente la puerta de abajo, no ve a su mujer, y ya está fuera, corriendo una vez más hacia Les Lilas como si el tiempo no acabase de dar marcha atrás.

Los postigos están abiertos, la puerta entreabierta. Mientras atraviesa el jardín cubierto de maleza, por un instante tiene la sensación de estar flotando, liberado de la gravedad. Abre de un golpe la puerta de entrada.

Soy yo, anuncia usando las manos como altavoz.

Al verla en lo alto de la escalera con su vestidito y sus pantys, Blériot —no cambiará nunca— siente como un frío que se difunde hasta las extremidades.

Here you are, dice Nora devolviéndole la sonrisa. Pero sin moverse,

como si temiera su reacción.

¿Puedo subir? le pregunta él, lo más dulcemente posible.

Están desnudándose en el cuarto, él de una forma un poco precipitada, emocionado por acostarse en plena tarde, ella más circunspecta, tomándose claramente su tiempo —todavía está desatándose el cinturón del vestido—, como quien se ha puesto en huelga de celo.

Pero en ese momento él apenas presta atención a eso. Sabe por experiencia que todas estas separaciones y estas intermitencias demasiado largas, que les estropean la vida, les desacostumbran del otro, así que hay que ser pacientes.

Cuando por fin llega el momento esperado con tan ardiente nostalgia, en que está pegado al cuerpo de Nora, ya liberada de ropa y pantys, la alza en vilo como a una joven novia desnuda y la pasea por el cuarto, mientras ella ríe a carcajadas y le da pataditas.

Louis, stop it, please!

Desgraciadamente, este instante de felicidad, este pobre minuto de gloria, concluye en cuanto están juntos en la cama —él ya se ha metido entre las sábanas— y ella le empuja sin contemplaciones contra la pared.

No quiero que te comportes así, declara cruzando las piernas, me siento como una puta.

Blériot, un poco avergonzado, permanece unos instantes pegado a la pared, con las manos escondidas bajo las sábanas, mientras ella se mantiene encogida en el borde del colchón, preparada para saltar de la cama si él insiste.

Oye, Neville, a qué juegas, le pregunta él por fin, inclinándose para atraparle las piernas. Porque se siente al mismo tiempo desesperado y excitado.

A nada. Las cosas están así, responde ella juntando las piernas y atrapándole la mano.

En su nerviosismo, en su obstinación, en el temblor de su labio, Blériot adivina de inmediato que no está dispuesta a cambiar de opinión y que va a ser mejor no insistir. Todas las luces están claramente en rojo.

Supongo, dice logrando mantener el control de sí mismo, que ha sido tu viaje a Londres lo que te ha puesto en este estado.

Quizá, responde sentada en la cama con los brazos como un cerrojo alrededor de las rodillas.

Viendo sus conjeturas convertidas en ansiedades, Blériot le pide con su voz más suave, más persuasiva, que le cuente con todo detalle lo que ha pasado en Londres, mientras que por su lado ella enciende un cigarrillo como un tránsfuga en el momento de dar una rueda de prensa.

Además tiene la misma manera de demorar las explicaciones perdiéndose en un largo circunloquio sobre sus relaciones con su ex novio. Todo entreverado de una serie de paréntesis a propósito de su hermana y su prima, visiblemente destinados a despistarle un poco más.

Hasta que él le ruega formalmente que vaya al grano y le diga qué ha hecho con Murphy. Porque ya sabe cómo se llama.

Muy bien, dice ella, parpadeando a ritmo enloquecido, sin poder controlarse.

Y le cuenta mecánicamente, los ojos fijos en un *teleprompter* imaginario, que en vez de ir a un hotel, como era su intención —había reservado un cuarto en Camden— aceptó su invitación a instalarse en su casa, porque le pareció verdaderamente muy desdichado, y quería pasar unos días con él.

Yo dormía en el sofá del despacho, explica, como si eso cambiase algo las cosas.

Espero que al menos hayas mimado a ese pobre Murphy, se divierte él en pincharla, evitando hacerle preguntas demasiado explícitas para ahorrarse un sufrimiento inútil.

Para nada. A todos les cobro la misma tarifa, responde buscando su ropa por la cama.

De todas formas ya sabía que no me ibas a creer.

Claro que sí, Nora, te creo, insiste él prometiéndose interiormente que un día reunirá todas estas informaciones para extraer de ellas la verdad. Como si se tratase de una raíz cuadrada.

Yo no te pregunto nada sobre tu esposa, así que déjame en paz, Louis. Soy libre de hacer lo que quiera con quien quiera.

Bueno, por lo menos ésta es una declaración franca, asiente Blériot.

En este instante, para no dar un paso irreparable, Blériot decide ir a la ventana y encender a su vez un cigarrillo, porque presiente que han llegado a un momento decisivo.

Pero ¿decisivo en qué sentido?

Se puede pronosticar, le subraya, enviando el humo en dirección a la tempestad, que después de su relación con un *trader* americano, tiene muchas posibilidades, estadísticamente hablando, de terminar su carrera en brazos de un oligarca ruso o de un emir sudanés.

¡No tienes derecho a hablarme así! grita ella lanzándole los pantys a la cara. *How dare you*?

How dare you, repite, dando pataditas y mandando a paseo todo lo que le sale al paso.

Blériot, que raramente está a la altura de las situaciones extremas, esta vez tiene la presencia de ánimo para no agravar la cosa y sabe detenerse a tiempo, como el piloto que endereza un *looping* in extremis, justo antes de estrellarse contra el cable del teleférico que

tiene delante.

Bueno, Neville, retiro todo lo que he dicho y firmamos la paz, le propone, intentando un aterrizaje suave.

Primero no pasa nada.

El rostro de Nora sigue tan pegado al suyo que le ve la textura de la piel y las ojeras parduzcas mientras respiran en silencio como si escuchasen el ruido de la calle; luego la tensión decrece poco a poco, la locura se aleja.

Me gustaría que nos tomásemos una copa de vino blanco y luego fuésemos a cenar a algún sitio, dice él, una vez calmado, ahorrándose la escena melodramática de la reconciliación.

Como llueve a cántaros, van a cenar al chino de la esquina.

A que no adivinas a quién he visto, a dos calles de aquí, le pregunta ella: al hombre del sombrero. El que según tú te espiaba.

¿Era él o su sosias?

Él, estoy casi segura. En realidad es un *homeless*, un pobre tipo que duerme en un coche aparcado al lado del estadio.

Qué locura, la de fantasías que nos inspira el miedo, observa él tras un momento de reflexión.

El miedo o la culpabilidad, Louis Blériot-Ringuet. Estoy convencida de que hay tantos hombres con sombrero como maridos infieles.

¿No te parece gracioso?

No, lo encuentro más bien deprimente, dice él, mientras paga la cuenta.

Luego vuelven temprano por las calles vacías, apretados bajo el paraguas.

Esa noche, mientras Nora duerme tranquilamente envuelta en la manta, Blériot, que vuelve a pensar en Murphy y en ella y no alcanza a conciliar el sueño, tiene la sensación de caminar tiritando por esas galerías profundas donde la pena de los hombres engañados —de todos los hombres engañados desde la noche de los tiempos— se ha solidificado en roca.

Y según avanza en esa oscuridad, tanteando las paredes, va olvidando el camino de regreso, claro. Porque hay pesares de los que no se vuelve.

Nora se ha despertado en mitad de la noche —le pareció ver luz en la escalera— y luego ha vuelto a subir sin decir nada y se ha dormido, olvidando el brazo sobre él.

Cuando a su vez se despierta, Blériot se encuentra incómodo con ese brazo en diagonal sobre el pecho, que le impide moverse.

Se siente, salvando las distancias, como un hombre atrapado bajo una viga y con el cuerpo que insensiblemente empieza a entumecerse. Porque ese brazo pesa kilos de sueño.

Ya que no puede levantarlo sin despertarla, ni serrarle el hombro, intenta deslizarlo centímetro a centímetro hasta dejarlo paralelo a su cuerpo, donde queda yerto de forma extraña, con la mano hacia arriba.

De la mano ya se ocupará luego. De momento se centra en recoger su ropa y vestirse sin hacer ruido, abrir la puerta de entrada y salir a la calle en busca de una cafetería abierta.

Al cabo de una hora, cuando regresa con los cruasanes y los periódicos ingleses, Nora sigue con los ojos cerrados y alrededor suyo todo parece contagiado de su sueño, duermen las sombras, las cortinas, los regueros de lluvia en los cristales, la ropa, el teléfono.

Durante un rato, Blériot, que cuando quiere tiene la paciencia de un bramán, permanece tranquilamente sentado en la cama, mordisqueando un cruasán, con el periódico abierto en el regazo.

De vez en cuando, harto de estudiar los resultados de los equipos ingleses, se inclina discretamente sobre ella para acariciarle los hombros y la espalda arqueada con la esperanza de suscitar una reacción, aunque sea un escalofrío, pero nada.

Sigue igual de inmóvil.

Inquieto por tal letargo, finalmente se decide a llamarla: Nora, Nora, le cuchichea al oído mientras desplaza cuidadosamente los dedos sobre su piel, como un ladrón que busca la combinación de la caja fuerte.

Nora, *darling*, repite, sin rendirse, mientras con la mano izquierda —es zurdo— le aprieta suavemente los muslos.

Louis, eres patético, responde ella de repente, volviéndose y apartándole la mano. Ya te he dicho que no me apetece.

Pero eso fue ayer, se defiende él.

Te aseguro que en este momento no me interesa, responde ella tan seriamente como si se tratase de una cesura histórica.

Al oírla hablar así, parecería que una mañana, al escuchar los titulares de las noticias, ha descubierto que el sexo estaba tan pasado de moda como la falda con estampado Vichy o los pantalones pata de elefante.

Te prometo que no volveré a molestarte, dice Blériot, conciliador.

Pero en lo que le ha dicho y en su actitud adivina la influencia de un agente nuevo, de un elemento químico desconocido que no deja de inquietarle.

¿Estás segura de que ese Murphy no tiene nada que ver con tu indiferencia hacia mí? le pregunta, acordándose de la escena de la víspera.

Absolutamente segura, dice ella, con el mentón apoyado en las rodillas.

Pues a mí me parece que sufres una ligera depresión y que ya añoras a tu amor.

Es que no entiendes nada, dice ella rechazándole. Añoro su inocencia, pero esto eres totalmente incapaz de comprenderlo.

En su mirada un poco fija, Blériot ve pasar como la nostalgia de un amor inmaculado, liberado de las realidades sensoriales.

Haría algunas bromas sobre eso, pero ella le mira de tal forma, con tal gravedad infantil, que se siente desnudo de su ironía, sin nada con que cubrirse.

Lo único que se le ocurre responderle es que si el sexo puede en ciertos casos ser un peso, la soledad, en su opinión, es ciertamente un peso aún mayor.

Pero prefiere dejarlo ahí, por miedo a que cualquier presión adicional provoque una nueva crisis.

No te he hablado nunca de la soledad, dice ella de repente, incorporándose y besándole en los labios, como para demostrarle que entre dos misterios de dolor siempre pueden surgir acontecimientos felices.

Se quedan un momento en la cama, ella besándole y él acariciándola torpemente pero sin atreverse a más, en una extraña suspensión de su impulso, que les sigue haciendo vibrar cuando ya están en la calle.

Tengo una idea, dice ella mordiendo un cruasán. Hace un día estupendo, cojamos un taxi y vamos a derrochar dinero donde sea.

Es mi *doping*, mi manera de acumular energía. En cuanto tengo tres pavos, tengo que gastar diez.

Blériot, que siente el roce de sus rodillas, le advierte que así es como la gente suele arruinarse.

Pero como en todos los aspectos es un adulto en permanente proceso de rejuvenecimiento, al que le encantan las adolescentes tan inmaduras e irresponsables como él, difícilmente va a tirar la primera piedra.

Para él el ahorro tampoco es una virtud fundamental.

En cuanto al subsiguiente castigo —tarjeta confiscada, inhabilitación bancaria y otros inconvenientes—, ya sabe que en lugar de servirle de lección le obligará como máximo a buscar otros

recursos, entre los cuales los bolsillos de su mujer o los de Léonard.

Pero en este momento, le advierte, está a dos velas. Bah, parece que con lo que ella ha ganado en el hotel van cubiertos.

A él le encantaría creerla.

De acuerdo con su pulsión repetitiva, vuelven a los alrededores de la rue du Bac y del Boulevard SaintGermain, a esas tiendas lujosas y austeras donde las dependientas de mediana edad manifiestan una pronunciada simpatía por las parejas jóvenes y derrochadoras.

Sin duda para compensarle de sus pesares, Nora le compra un lote de corbatas y un pañuelo de seda, que él, claro, no se atreve a rechazar porque se imagina que le dolería.

Me gustaría ser muy, muy rica sólo para regalarte cosas, le dice mientras caminan juntos al sol y su bella sonrisa desfila sobre las paredes como un friso del Partenón.

Yo soy más egoísta, me gustaría ser una especie de gigoló de lujo que iría en una limusina inmensa y bebería Cristal mirando a las chicas. Y no pensaría más en ti.

Sí, pensarías en mí, le dice ella, y serías muy desdichado.

Luego —señal de que no le guarda rencor— Nora le lleva a un restaurante de la rue de l'Université, donde almuerzan en un salón vacío un extraño pescado en gelatina, con su guarnición de cítricos, y un pastel de chocolate.

En momentos así, cuando están solos sentados frente a frente, y ella posa sus grandes ojos castaños en él, la ecuación de sus relaciones le parece sencilla, casi natural: él la quiere, y ella le engaña. Es así. Se acostumbrará, como otros se acostumbraron.

Naturalmente, da por supuesto que su perseverancia será más fuerte y que por lejos que ella llegue en la traición, el amor siempre la alcanzará.

Tiene la impresión de que este proyecto podría firmarlo y rubricarlo ante notario.

Claro que hay que decir en su descarga que ya está más que alcoholizado.

La próxima vez pago yo, le promete Blériot al salir del restaurante —se ha puesto a llover—, porque aunque pretenda lo contrario, le disgusta aprovecharse así de su generosidad o la de su amante.

No te preocupes, le grita ella a través de la borrasca, mientras por encima de ellos baten las persianas y los postigos y el paraguas quiere salir volando.

Sorprendidos por la tromba de agua, se refugian en el primer cine que encuentran y pasan la mayor parte de la película —sale Tokio en el título— durmiendo con las cabezas juntas.

La película me ha encantado, dice Nora al salir.

Ya son casi las cinco, observa él melancólicamente. ¿Quieres que

volvamos?

Más tarde, mientras esperan el taxi —sigue invitando ella— Blériot cuenta que en la época en que era estudiante y ya padecía insomnio sólo podía conciliar el sueño en las salas de cine, con predilección por las que proyectaban películas indias de los años setenta.

Tienes clase, reconoce Nora acurrucándose contra él en el asiento del taxi, en el momento en que el conductor, al que acompaña en el asiento de al lado una perra lacrimosa, les avisa de que el Boulevard Périphérique está cerrado a causa de los árboles caídos y las inundaciones en algunos tramos.

Alzan un momento la cabeza para asimilar la información, y luego se siguen besando. Pero muy, muy suavemente, como personas preocupadas por no turbar el equilibrio del planeta.

Nora desfila por la cama contoneándose, con una especie de vestido de volantes semitransparente, mientras Blériot, sentado en el parqué, consulta sus mensajes: su mujer desde su hotel marsellés le informa de que le ha llamado dos veces a casa y no le encuentra.

¿Me sienta bien? Le pregunta ella mirándose de perfil en el espejo. Me parece que me hace gorda.

Blériot le hace señal de que no, mientras sigue escuchando la voz de su mujer, que le parece un poco tensa.

¿Pero prefieres éste o el vestido charleston apretado por las rodillas?, insiste ella, porque mañana por la mañana tiene una sesión de fotos.

Ni el uno ni el otro, y tampoco me gustan mucho los fotógrafos, responde desconectando el teléfono.

Deja de hablarme como mi padre y dime qué opinas.

No te hablo como tu padre, sólo te digo que una vez más, Neville, y quizá una de más, te encaminas a una gran desilusión.

El Señor es mi pastor, canturrea ella enseñándole las piernas, nada me puede faltar.

Él, desalentado, se tumba en la cama y ya no dice nada más.

¿Cuáles te gustan más, las de tu mujer o las mías? Le pregunta ella agitando los faldones de su vestido como la actriz de *Los contrabandistas de Moonfleet*.

Pero Blériot no tiene ganas de hablar de su mujer.

Le mira las piernas un momento sin decir palabra, luego como un niño hastiado desvía la vista al crepúsculo precoz y a las gotas de lluvia en la ventana.

Mientras ella se cambia de ropa y va a buscar algo de beber, enciende un cigarrillo y vuelve a sentarse en la cama con un cenicero y una mano en el cogote.

En términos matemáticos ningún instante cuenta más que otro, y todos son equidistantes, pero aun así estos momentos de respiración son los únicos que le hacen completamente feliz.

Nora, que nunca lo sabrá, vuelve con un vestido negro de crêpe de China con una raja al lado, que le ha prestado su prima, y le pide amablemente que le deje espacio en la cama.

Te he traído patatitas y cervezas inglesas, le dice, con la bandeja en el suelo. ¿Quieres ver qué tal me queda?

Claro que sin zapatos no hará el mismo efecto, le advierte, poniéndose de puntillas.

Parece no percatarse de que Blériot, tumbado en diagonal sobre la cama, como un insecto boca arriba, ya ha empezado a explorar sus muslos con sus antenas táctiles.

Francamente, me parece estupendo, incluso sin zapatos, le asegura

rozándole las suaves piernas y marcando una pausa.

Porque en este instante, su sistema hedónico está tan brutalmente activado que para mantener el control de sí mismo tiene que suspender la respiración.

Nora, claro, aprovecha para refugiarse en el otro extremo de la cama.

Se deberían hacer pruebas de vestuario más a menudo, me parecen graciosas, ¿a ti no? dice en el tono de un hombre que procede a un sondeo cualitativo, a fin de decidir si debe cambiar de comportamiento o persistir en sus intenciones.

No estoy convencida de que tengamos el mismo concepto de las pruebas de vestuario, responde ella en el momento en que Blériot le agarra la pantorrilla para tumbarla sobre la cama, con el aplomo de quien sabe hasta dónde se puede ir con las probadoras.

Luego, claro, quitarle el vestido es un combate de lucha libre.

Louis, de verdad que eres patético, vuelve a quejarse ella, y estoy harta. Te estás volviendo muy pesado.

¿Es que no puedes pensar en otra cosa?, le grita a la cara antes de lanzarse contra él y darle de puñetazos mientras él se protege con la almohada.

Por suerte al cabo de unos minutos abandona el combate, quizá cansada o quizá simplemente porque tiene prisa de acabar con eso.

Se queda tumbada en la cama, con los brazos en cruz, y, aparte de sus braguitas inglesas, está completamente desnuda.

Hay combates cuerpo a cuerpo que terminan peor.

Luego Blériot se desnuda lentamente dándole la espalda como se hace en los vagones de tren con literas, y vuelve a consultar los mensajes del móvil, antes de deslizarse discretamente al cuarto de baño.

Pero cuando regresa se da cuenta de que el triunfo queda lejos.

Nora, que debe de ser un as del transformismo, ahora está sentada en una silla de rejilla, vestida con tejanos azules y una camiseta blanca con la efigie de John Lennon.

¿Y yo, qué se supone que tengo que hacer mientras tanto?, pregunta él mirando cómo posa en su silla, con la revista de moda en el regazo.

Sólo lo de arriba, responde ella como si fuera una recomendación tántrica de la revista.

¿Lo de arriba? dice él, incrédulo.

Lo de arriba, dice ella, descubriendo sus pezones oscuros, color de mora, y atrayendo sus manos hacia ellos.

Mientras tanto, sus largos pies huesudos siguen posados en el parqué, el pulgar del derecho frotando distraídamente el izquierdo, porque los pies deben responder a otro circuito de pensamiento al que

no le afecta en absoluto lo que pase arriba.

Desde luego eres una chica increíble, dice Blériot, sin poder acordarse de dónde leyó que las chicas guapas suelen tener los pies demasiado grandes.

En este instante, ella tiene los dedos apretados alrededor de su nuca, y la boca pegada tan cerca de su oreja que él percibe de golpe, gracias a su experiencia como sexo-detective, el cambio en su respiración.

Como si después de una larga ausencia recuperase por fin el hilo de su deseo.

Por miedo a que lo vuelva a perder, él evita hablarle o hacer el menor gesto precipitado.

Así que los dos se quedan al acecho, tensos, jadeantes, mientras la oscuridad se expande hasta el fondo del cuarto.

En un momento dado, sin que hayan pronunciado una sola palabra —el ceremonial está muy ensayado— él pasa suavemente el brazo tras sus piernas y ella se deja elevar y transportar por el aire hasta la cama.

Espera, Louis, dice súbitamente escapando de sus brazos, espérame un segundo.

Él tranquilamente la mira dirigirse hacia el cuarto de baño: espectro menudo, piernas blancas, risa de niña en la penumbra.

Tan joven que Blériot de repente se siente viejo y contemplativo.

Mucho más tarde, a fuerza de insistencia, Nora se estira dócilmente sobre la espalda, con los brazos paralelos al cuerpo, acogiendo su deseo pero sin reclamarlo.

Y de golpe se hace el silencio, el mecanismo se pone en marcha, ella se alza sobre los codos, él aplica los labios a su piel, los baja a lo largo de su cuerpo con la lentitud de un ballet acuático, las piernas ya fuera de la cama, sintiendo el frío que reina en el cuarto.

Luego vuelve a subir.

Mientras, fuera la lluvia azota los cristales, el tiempo parece suspendido.

La culminación sigue retenida.

Curiosamente, al final ella se queda muy contenta y él más bien decepcionado. Lo que demuestra que la química humana no se preocupa de la recompensa en la retribución de los placeres.

Para consolarle, le parece oportuno volver a explicarle, mientras se come unas patatas chips, que para ella todo esto no reviste mayor importancia. No más que comerse un helado o pasear en bici por París. Ella no establece ninguna jerarquía.

¿Para ti no es lo mismo? dice tendiéndole una cerveza desbravada.

Pero por hoy Blériot ya tiene bastante. Miran un momento la televisión, se acaban una botella de vino en la cocina, y vuelven a acostarse, con su común fatiga y sus deseos disímiles.

Te quiero, dice ella al apagar la luz. Ya lo sé, dice él.

A veces me gustaría que fuésemos castos como niños, Louis.

¿Te acuerdas de la carta que le escribe Mellors a Lady Chatterley?

No, dice ella, esperado la continuación.

Now is the time to be chaste, le recita en la oscuridad*, it is so good to be chaste, like a river of cool water in my soul*.

¿No te parece magnífico?

Sí, dice él con voz débil.

Quisiera decirle algo más sobre la castidad, pero ya no es el momento y se siente desanimado.

Así que le coge la mano y se quedan silenciosos, encogidos en las sábanas, rodillas contra rodillas, nariz contra nariz como esquimales tristes.

Blériot ha vuelto a la calle de Belleville, ha recogido el correo, se ha cambiado, ha comido frugalmente un huevo al plato y un yogurt, y se ha dormido en el sofá escuchando la radio.

Ahora son las cinco de la tarde, telefonea a Nora apoyado en la ventana mientras percibe a lo lejos, por encima del zinc de los techos parisinos, un gran cielo rojo del siglo XIX.

A menudo tengo la impresión de ser un hombre muy viejo y muy desfasado, le confiesa. De hecho nuestra época no me gusta mucho.

No eres el único, Louis, yo soy una joven rusa de los tiempos de Chejov, dice ella mientras se prepara un baño con mucha espuma. ¿Estás libre esta noche, hacia las diez?

En principio sí, dice él después de un momento de duda. Después de Marsella, Sabina tenía que ir a Barcelona en viaje de negocios.

Madame y él viven así, le explica haciéndose el gracioso. Madame viaja, hace negocios, frecuenta el gran mundo, y paga el impuesto sobre las fortunas, mientras él, en París, se dedica a las traducciones mal pagadas y vive de la caridad de Madame.

Y del amor de su bella inglesa, dice ella.

Y del amor de su bella inglesa, de acuerdo. El caso es que menuda pareja de inadaptados que formamos.

Quizá sólo somos buenos para el sexo, señala él. Algo es algo.

Calla, no me vengas otra vez con eso, se queja ella en la bañera.

Sólo constato un hecho, dice volviéndose y percatándose de repente, por cierto frufrú de ropa, por cierto quejido de la madera, de que en el piso hay alguien y ese alguien probablemente sea su mujer.

Al cabo de dos minutos, al ver la maletita azul posada en el recibidor, la sangre afluye tan violentamente a su corazón, que tiene que apoyarse en la puerta.

¿Por qué te has quedado callado de repente? dice Nora en el momento en que él cuelga. En ese momento daría diez años de su vida por poder borrar todo lo que acaba de decirle.

Aunque presa del pánico, antes de salir a recibirla aún tiene el reflejo de componer una expresión presentable, entre risueña y sorprendida por tan inesperado regreso.

Estoy en el dormitorio, le dice ella secamente.

No te había oído, se excusa Blériot, que ahora ya no sabe qué hacer con su cara.

Ella le espera ante la puerta del dormitorio, con el abrigo puesto. La próxima vez llamaré al timbre, afirma, dirigiéndole un haz de rayos negros que de repente le recuerdan a su madre.

Sin que aparentemente hay relación alguna con lo precedente, Blériot, en un ataque de debilidad, ha empezado a doblar las rodillas e inclinarse hacia delante, con los brazos separados, como un nadador

mirando el vacío desde su plataforma de salida.

Le ve los pies, los calcetines grises, el pantalón arrugado, mientras los latidos de su corazón aceleran y el borde de su visión periférica oscurece como si fuera a sufrir un desmayo y caer de cabeza al suelo. Antes de salir del escenario.

Pero sigue allí.

Para enderezarse tiene que apoyarse en la pared. Ella sigue mirándole con una calma hipnótica, con la espalda recostada en la puerta, sin decir palabra.

Cualquier otra mujer en su lugar exigiría inmediatamente explicaciones o le tiraría una silla a la cara, pero habrá que creer que Sabine no es una mujer cualquiera. Ése es el problema que tienen.

A causa de ese silencio interminable, se diría que hay algo casi palpable, una angustia magnética en el aire que les paraliza a los dos.

Durante unos minutos permanecen inmóviles como esos personajes de los frescos de Pompeya que están en suspenso, mirando de reojo algo que no se ve y que sólo ellos saben qué es.

Quizá el fin del mundo.

Ahora Blériot adivina que ella lo sabe todo. Lo sabe todo desde el principio. Casi espera que le diga que haga el equipaje, deje el despacho ordenado y abandone el lugar inmediatamente. Pero no.

¿Qué querías decirme? le pregunta él con la sensación de estar en una escena paranormal.

En vez de responder, su mujer deja el abrigo sobre la cama, se descalza y va a la cocina a prepararse un café como si él se hubiera vuelto transparente.

Cuando se reúne con ella para hablarle, ella coge su taza y se vuelve bruscamente hacia la ventana como para cortar toda comunicación.

Sabine, ¿se puede saber qué pasa exactamente? le dice a su espalda.

Como prueba de buena voluntad, Blériot hasta le propone, por si ella no soporta verle, irse a vivir a casa de Léonard y despejar el campo por algún tiempo.

No hay respuesta. Pero sabe que la explosión es inminente. Ella lleva años con el dedo acariciando el botón rojo.

Lo que ya no aguanto más son tus mentiras, comienza levantándose teatralmente de la silla y avanzando hacia él.

En este momento el cuerpo de su mujer parece aumentar automáticamente de volumen y volverse todopoderoso, amenazante, hasta el punto de que Blériot, abrumado, recula como si quisiera hundirse en la pared.

Supongo que además, como mientes más que respiras, a ella le mentirás tanto como a mí, prosigue aprovechando su ventaja, y que le

vas a arruinar la vida como has arruinado la mía.

A Blériot le gustaría devolverle el cumplido, pero como de costumbre lleva retraso.

Pese a todo (de perdidos al río), él quisiera, dice emergiendo de la pared, aclarar las cosas un poquito y recordarle que si es verdad que a veces ha mentido han sido mentiras por omisión, inspiradas porque estaba preocupado por ella y por el amor que siente por ella. Aunque esto la haga sonreír.

En realidad, no sonríe en absoluto. Le escucha en silencio, con los brazos cruzados, con algo oscuro y convulso en la mirada, que a él le parece muy angustioso.

Luego se produce una pausa eléctrica, durante la cual él tiene la impresión de oír su propia respiración.

Hablemos, hablemos de tu «amor», reacciona ella mirándole a los ojos y haciendo el gesto de poner las comillas. De tu amor a Niza, por ejemplo, cuando me dejaste sola en la acera, ante un cartel de cine, y desapareciste.

Tocado y hundido, piensa Blériot como si se tratase de una batalla naval.

Y de tu amor a Anvers, cuando yo estaba enferma con cuarenta de fiebre y tú te pasabas las horas en el patio del hotel telefoneando a tu inglesa.

Tocado y hundido otra vez.

Además, como no recuerda que fue con ella a Anvers, sospecha que está tratando de instilarle falsos recuerdos para manipularle mejor.

De todas maneras, no se acuerda de nada.

Desde que ella ha regresado por sorpresa, él tiene la sensación de haberse quedado sin ideas, igual que uno descubre que se ha quedado sin dinero. Hasta el punto de que cuando su mujer le insta a elegir —si no lo hace, ella sacará las consecuencias que se imponen—, tarda un rato en comprender a qué elección se refiere y qué espera de él.

Es como si su cólera, su palidez, sus bonitos y penetrantes ojos, ejerciesen sobre él una especie de ascendiente sexual que le aletarga.

Sabine, dime tú misma qué quieres que haga, dice abatido por su sentimiento de inferioridad.

Acabo de explicártelo, en primer lugar deja de mentirme y de engañarme, y luego ya veremos.

Porque así no podemos continuar, ya lo sabes, Louis, insiste suavizando ligeramente el tono. Tienes que tomar una decisión de una vez por todas.

De una vez por todas, repite él, convertido en eco.

Por todas, confirma ella.

Aquí se abre otra pausa que Blériot intenta aprovechar —mira desesperadamente las ventanas del edificio de enfrente— para activar

su dispositivo de protección mental. Pero la presencia de su mujer le impide concentrarse.

Entonces de acuerdo, concluye ella ambiguamente, y sale de la alcoba, sin que él acierte a saber si le ha dado su beneplácito o un simple acuse de recibo.

Al cabo de una hora —está en los pasillos de un supermercado, con los auriculares en las orejas— su mujer le llama al móvil para comunicarle que sus antiguos colegas, Marie-Laure y Carlo Simoni, les han invitado a cenar.

Vuelvo en cuanto termine, le promete, y de pronto se da cuenta de que llegará el día en que ella ya no volverá a llamarle y que nunca más irán a cenar con nadie.

Ya está aquí el invierno, dice Max Barney, el invierno de nuestro descontento.

Y todo induce a creer que también será el invierno de mi despido, añade, con las manos pegadas al cristal.

Murphy, sentado detrás de él, no responde, preocupado como está por las señales de depresión que Max le viene enviando desde hace algún tiempo: acaba de localizarse un glaucoma y dos úlceras imaginarias.

Si no fuera por Borowitz, creo que yo tampoco me quedaría en esta agencia, acaba diciéndole mientras mira el cielo helado.

Como de costumbre, el grupito sombrío que forman ellos dos con Kate Meellow se mantiene a respetable distancia de sus colegas, separados de ellos por una frontera invisible que cruza la cafetería a lo ancho y la divide en dos microclimas opuestos.

En este instante, al otro lado de esta línea de demarcación, las jóvenes de la agencia están reunidas en torno a la máquina de café bajo la autoridad de un nuevo macho dominante, llamado Paul Burton, que por cierto se cuida mucho de desanimar a algunas volviéndoles ostensiblemente la espalda —no hay emulación posible sin selección—, mientras estimula a otras con una bromita o una atención que apenas le cuesta nada. Se nota que tiene años de experiencia.

A propósito de esto, Kate les cuenta en voz baja una historia un poco larga sobre una amante de Burton, que Murphy, aunque poco inclinado al cotilleo, se sorprende escuchando pacientemente como si su propio vacío interior le reconciliase con la vacuidad de los demás.

Pero al cabo de un rato acaba por perder el hilo del relato y se amodorra mientras sigue escuchando las voces de Kate y de Barney.

La llegada de la banda de los analistas pone fin a su tranquilidad.

Al verlos ir por la sala de un lado a otro con una ubicuidad infatigable, Murphy se pregunta, frotándose los ojos, qué le destinaba también a él a dedicarse a mercados de valores o a fondos especulativos, cuando hubiera resultado mucho más convincente como profesor universitario o incluso como predicador.

Pero es obvio que ya desde el principio ha sido el clásico desplazado.

Desgraciadamente todo se decidió sin que pudiera decir ni palabra.

Durante años, años radiantes e inmóviles, estudió en Boston las idealidades matemáticas y las teorías económicas de Keynes, hasta el día en que, a la fuerza ahorcan —su padre se había arruinado a las cartas—, tuvo que tomar la decisión de abandonar el Paraíso, establecerse en el planeta Tierra y ganarse la vida con el sudor de su frente.

Ahora lo tiene todo, salvo la vida.

Se ha achaparrado, ha envejecido, y aunque aún puede salvar las apariencias, por dentro se ha convertido en una estatua de sal. Como un hombre desecado por la nostalgia.

Desde la tarde en que Nora volvió a París y desapareció de su radar, los pensamientos de Murphy Blomdale, lo quiera o no, no han cesado de regresar a ella como atraídos por una fuerza psíquica invariable.

¿Te acuerdas de lo que te propuse ayer? le dice de repente Kate, que sería una estupenda comisaria del pensamiento.

No, confiesa él, volviéndose hacia ella —cuando la ve excitada sigue dándole un poquito de miedo.

Te dije que he invitado a unos amigos, antiguos compañeros del Barclays, y que cuento contigo.

Murphy tiene la delicadeza de no decir nada. Sin duda ella cree estar haciéndole un favor. Mientras él sigue charlando un poco con Max Barney, ella sigue esperando su asentimiento, sentada en la silla, mirándole con esa piedad, esa ternura dulcemente obtusa, que le desarma por completo.

Si me decido a ir, Kate, sólo me quedaré un rato, la avisa en un reflejo de autodefensa, antes de levantarse para salir a la terraza a fumar.

A Murphy a veces le gustaría que le explicasen por qué desvío de la moral hemos llegado a convencernos de que quien nos quiere adquiere automáticamente derechos imprescriptibles sobre nosotros.

Mientras apoyado en la barandilla intenta telefonear a Vicky Laumett, observa a lo lejos los puentes y a las chillonas gaviotas que dan vueltas alrededor, angustiadas por el hambre.

¡Pronto! dice una soñolienta voz de hombre. Hay días en que la vida parece un malentendido planetario. ¿Pronto?

Kate vive hacia la estación de Euston —no muy lejos de su casa—, en un pisito oscuro con dobles cortinas de terciopelo y fundas en los muebles que le dan un aire confinado y fúnebre. Fuera, se oye a ratos el ruido de los trenes.

Sírvete tú mismo, le dice, vuelvo en un minuto, y se va a su dormitorio a llamar por teléfono.

Sin saber por qué, Murphy está seguro de que va a llamar a su madre en Baltimore. Su devoradora madre, que la vigila a miles de kilómetros de distancia y le exige un informe completo de sus días. Debe de ser la hora de su cita cotidiana.

Mientras espera el fin de la conversación, descorre las cortinas y mira por la ventana los primeros copos de nieve que revolotean sobre las vías férreas, y poco a poco siente, como si la nieve derrotase al tiempo, que su tensión nerviosa se relaja como bajo los efectos de un

narcótico.

Sin que se dé cuenta, ya está otra vez pensando en Nora. En su primer invierno juntos.

En aquel domingo en que bajaban por una calle nevada de las alturas de Hampstead, caminando con cuidado, vigilando cada paso, en la oscuridad silenciosa.

Deben de ser las siete o las ocho de la tarde y todas las tiendas están cerradas. Sobre todo no quisieran perder el autobús. A pesar de eso siguen avanzando muy, muy despacio, cogidos de la mano, quizá a causa de las placas de hielo que sienten bajo los pies o quizá simplemente porque en el pasado se camina más lentamente que en el presente.

Los otros no tardarán en llegar, le dice Kate, a la que no ha oído salir del dormitorio.

¿Tú crees?, dice él con un escalofrío.

Se separa de la ventana para ayudarla a colocar las sillas y a llevar las tazas y vasos al salón, mientras Kate le cuenta sus líos con su hermana, que vive a costa de sus padres en un magnífico piso de cinco habitaciones en Newport y que sólo se comunica con ella a través de sus respectivos abogados.

Mientras la escucha, Murphy está cada vez más convencido de que haría bien en encontrar una escapatoria antes de que lleguen los demás. Pero al mismo tiempo no se atreve. Porque tiene motivos para creer que Kate se lo tomaría muy mal.

¿Y quiénes de tus amigos van a venir? le pregunta finalmente poniendo cara de interés.

Charles Grocius, del que ya te he hablado, Quentin Bilt, comienza ella interrumpiéndose un momento para dejar que pase el estrépito de un tren, Édouard, Franca Lippi, Carol Kussli —que es una chica sorprendente— y una docena de personas que ya irás conociendo.

Sin apearse de su bonhomía y de su sonrisa ligeramente estereotipada, Murphy conoce primero a Quentin Bilt, tan austero en su traje color antracita como un estudiante de teología —dicen que es un as de la informática— pero con algo fresco y cándido que llama la atención, y luego a los llamados Mike y Édouard, que resultan ser dos solteros corpulentos y chismosos, apasionados por los cotilleos sobre la familia real, y comparados con Quentin Bilt son como el Demonio de Tasmania y su hermano gemelo.

En cuanto a Carol Kussli, es la clásica solterona deportiva de cuarenta años, con su mochila y sus botas de nieve, con abultadas pantorrillas, simpática, dotada de una agradable sonrisa alpestre, pero que a la segunda o tercera copa de vino blanco se lanza a ofrecerle a cualquiera su soledad trágica.

Pero parece que no será fácil encontrar un voluntario.

En cualquier caso, no va a ser Murphy, que se ha ido al lavabo.

Hay alguien, grita una voz de hombre. Por deducción debe de tratarse de Charles Grocius, aunque lo mismo hubiera podido decir Bertrand Russell.

Murphy ha pensado muchas veces que la vida en sociedad es como un viaje mal organizado, con esperas interminables, conversaciones tediosas, gente descarada y el lavabo siempre ocupado.

Lo que está claro es que a él, que le echen un galgo. La próxima vez se quedará en casa leyendo la Epístola a los romanos. Ahora lo único que tiene que hacer —sus eternos escrúpulos— es retirarse discretamente, sin ofender a nadie.

Por suerte, Kate está acaparada en el salón por Franca Lippi, una morena alta, con traje chaqueta, que le está revelando que después de veinte años sin abrir un solo libro ahora lee dos novelas al día, como si la hubieran trasplantado.

Es una locura, dice Kate en el momento en que Murphy le hace una pequeña señal a espaldas de Franca.

En la calle no se oye ruido alguno, la nieve ha cuajado sobre las aceras. Los copos en suspensión parecen arremolinarse como mariposas nocturnas a la luz de las farolas.

Tras un instante de vacilación, Murphy, encantado de verse libre, echa a correr por la nieve como si aún esperase alcanzar el bus de Hampstead.

Durante unas décimas de segundo —debe de ser el sueño más corto de la historia de los sueños— una joven perseguida por tres amantes (los tres interpretados por Blériot) se refugia en el tejado de una casa donde se mantiene en precario equilibrio, asomada a la calle, con una pierna suspendida en el vacío.

Al reconocer a Nora, Blériot se despierta de repente, empapado en sudor.

Abre un ojo, ve su ropa tirada sobre la silla —ahora él y su mujer duermen separados—, el ordenador apagado, los papeles desordenados, los restos de la comida en la bandeja.

Fuera está empezando a nevar. Es un día para quedarse bajo las mantas leyendo un libro sobre la retirada de Napoleón de Rusia.

Por las puertas que se cierran adivina que su mujer ya está lista y le está esperando abajo.

Desde el episodio del teléfono, no le queda más remedio que aguantar con paciencia sus cambios de humor, sus llantos, sus silencios, sus reproches, sus crisis de autoridad, hasta el punto de que su vida cada día parece más una prueba de supervivencia.

Ya en pie y liberado de las telarañas del sueño, como un excursionista que suspira al salir del sotobosque, escucha un poco de música, y luego comienza sus idas y venidas por la penumbra del cuarto, en busca de un calcetín irrecuperable.

Cuando pasa en calzoncillos ante el espejo del cuarto de baño, siempre tiene la impresión de ser un yogui.

No por ello se afeita menos meticulosamente; se aplica una loción hidratante a las mejillas, y se masajea las sienes suavemente. Son rutinas que le recomendó un médico naturalista para combatir su persistente ansiedad.

Luego baja la escalera, con el alma sombría y los nervios tensos, temiendo, como cada día, la reacción de su mujer. Porque nunca sabe en qué estado de ánimo la va a encontrar.

Guten Morgen, anuncia escuchando su propia voz detonar en el silencio helado del piso.

Ella le da la espalda, ocupada en ponerse las botas.

¿Podrás vaciar el lavavajillas? le pide mientras se dan un beso asexuado en el umbral de la cocina. Estoy llegando muy tarde.

Blériot, que siente que su ansiedad se funde de golpe, promete hacer lo necesario.

A propósito, añade ella de pasada en el momento de abrir la puerta, ¿te gustaría acompañarme a Turín? Me han invitado a la retrospectiva Pistoletto del mes que viene.

¿Pistoletto? repite Blériot cuyas funciones cognitivas se han quedado instantáneamente colapsadas.

Tras recobrarse, tiene que invocar, como en el caso de Milán, una serie de traducciones en marcha para no comprometerse a nada. Porque dadas las circunstancias la invitación le parece un poco extravagante.

Pero prefiere guardarse estas impresiones para sí y dejar que ella marche a su trabajo.

Ahora, pensándolo bien, está convencido de que se trata de una nueva estratagema de su mujer para mantenerle sometido hasta el final de la penitencia.

Por esa tristeza que ella trasvasa cotidianamente a su cerebro, Blériot espera cada mañana que Sabine le proponga que haga el equipaje, y cada mañana ella prorroga el castigo. Para que se cueza un poquito más en sus remordimientos.

Y la verdad es que de tanto pensar en su historia y de pasar al tamiz de la conciencia durante todo el santo día las meteduras de pata, las groserías y las múltiples libertades que se ha tomado con ella, Blériot ha acabado por convencerse —el síndrome de Estocolmo debe ser algo parecido a esto— de que se ha ganado a pulso lo que le pasa.

Ahora, en reparación por todo el daño que ha causado, y con completa rendición de su voluntad, le toca ponerse al trabajo y vaciar el lavavajillas, cuidando de no mezclar los cubiertos de plata y los de acero inoxidable, limpiar el fregadero y los lavabos —qué serviles nos vuelve la culpabilidad— y fregar el suelo, echar espuma a la moqueta, sacudir el polvo de los muebles, hasta que el piso se convierta en un modelo de confort y de paz familiar.

A mediodía, los azulejos de la cocina y del cuarto de baño brillan a la luz del día como si los hubiera pintado un holandés.

Porque Blériot lo hace todo muy bien, con la misma docilidad, la misma sumisión neurótica a su mujer que su padre a su esposa —debe de ser el karma de los hombres de esa familia—, con el mismo rencor impotente y los mismos gestos de autocastigo.

En momentos así, cuando va de cuarto en cuarto con el cubo y la fregona, calzado con unas zapatillas viejas, parece un prisionero condenado en la cárcel. Sísifo debía de parecerse a él.

Al cabo de un par de horas Blériot se quita el disfraz, toma una ducha caliente y telefonea a Nora para contarle su extraño sueño.

Ella está hablando por otro teléfono. Luego te llamo, le dice.

Mientras espera, recalienta las sobras de la víspera que despacha lo más lentamente posible porque se le ha ocurrido —es una de sus nuevas excentricidades— que el mejor remedio para su nerviosismo sería demorar la ingesta de alimentos y fraccionar minuciosamente cada una de sus acciones en una sucesión de instantes iguales.

Sumido en sus cálculos, escucha distraídamente el rumor de la circulación y de las máquinas neumáticas abajo en la calle, que casi le

hacen añorar la energía de la vida exterior.

A veces, de tanto explorar cada centímetro de su microespacio sedentario, siente unas ganas locas de saltar fuera del círculo vicioso de su existencia y volver a empezar desde cero. Lejos, donde sea.

Pero sin Sabine y sin Nora —que por cierto no le llama.

Tras ordenar la cocina, Blériot, de vuelta a planes más razonables, regresa dócilmente al despacho y enciende el ordenador.

Además de un artículo sobre problemas del habla, ha tenido que aceptar —hasta tal punto llega su indigencia— la traducción del manual de instrucciones de una nueva gama de maquinillas de afeitar. Como siga así pronto traducirá folletos turísticos.

Nuestra maquinilla eléctrica, va traduciendo mientras tras la ventana sigue cayendo lentamente la nieve, no está destinada a ser usada por personas que no posean la experiencia necesaria para manipularla, ni por personas que padezcan alguna reducción de sus facultades sensoriales o mentales —es exactamente lo que dice: *reduced sensory or mental capacities*—, salvo si otra persona responsable de su seguridad les vigila y les indica cómo utilizar correctamente el aparato.

En caso de irregularidades patentes durante su funcionamiento, continúa imperturbable, conviene enviar el aparato a nuestro servicio técnico, acompañado de su recibo de compra, *with the receipt of purchase*.

Hay que traducirlo para creerlo.

Pero al menos puede decirse, a modo de consuelo, que el día ha sido productivo, porque además de realizar las tareas domésticas casi ha terminado la traducción, sólo le quedan un par de cuartillas.

Cuando por fin da por concluido el trabajo del día, Blériot ve en el reloj que sólo son las cuatro y media y de repente se siente desorientado por la inmensidad de la tarde.

Durante un rato va y viene por el cuarto, presa de la misma manía ambulatoria de su madre, hasta que el timbre del móvil interrumpe oportunamente su ir y venir, señalándole que tiene un mensaje.

Es un texto de Nora*: I miss you more and more. Your girl*.

¿Cómo se puede estar al mismo tiempo abatido y feliz?, se pregunta tendiendo la cara a la ventana para sentir la humedad de los copos de nieve y lavarse de la fatiga.

Cuando su mujer regresa, a las seis, le encuentra exactamente en el mismo sitio, con el cabello empapado y la cabeza un poco ladeada como un caballo que se ha quedado dormido de pie.

A la mañana siguiente, basta con que Nora le llame por fin urgiéndole a que se olvide de las tareas domésticas y salga de una vez con ella —es su único día libre en el CDG— para que él decida que la penitencia ya ha durado demasiado y salga corriendo a verla. Como si ella no tuviera más que chasquear los dedos.

Y vuelta a empezar con todo, la locura, las mentiras, las citas ocultas, los encuentros apresurados, el amor insensato e irrevocable.

En general sólo se ven durante una o dos horas, preferentemente en territorio neutral, en los bulevares exteriores o a veces incluso en la periferia, cuando aún quieren correr menos riesgo de que les descubran.

Luego, como agentes secretos expertos en todos los subterfugios de la clandestinidad, cada uno vuelve a fundirse en el tejido de su vida cotidiana, ella en el refugio de su hotel, él en el domicilio conyugal donde espera con aire inocente —nada por aquí, nada por allá— la llegada de su mujer.

Aunque al cabo de una hora a cada pregunta que le haga se sobresalte como si le hubieran pillado.

A propósito de esto, algo le dice que más vale que mida sus palabras, porque hay que tener en cuenta que es multirreincidente.

Instruido por experiencias previas, Blériot sabe que tiene que prestar atención a todo, a las llamadas telefónicas, a los mensajes, a las cuentas de restaurante que se olvidan en el bolsillo, a las retiradas de dinero del banco, en fin, a todo lo que cualquier día pudiera servir como prueba de cargo.

De manera que su vida ha adquirido una precisión milimétrica.

Pero en cierto sentido esto le agrada. Porque además de su tendencia al disimulo, le gusta la idea de formar parte de una organización secreta con Nora, e integrar ellos dos una célula durmiente, capaz de activarse y desactivarse según las circunstancias.

Esa mañana, cuando un gran sol de Austerlitz se alza sobre el suburbio, Blériot, súbitamente rejuvenecido —lo suyo es casi un desdoblamiento— ha subido al tren y luego a un autobús, para embrollar las pistas, y luego echa a andar por las calles nevadas de un municipio de pabellones tratando, naturalmente, de pasar lo más desapercibido que puede.

Al llegar a la altura de una escuela sigue la empalizada de unas obras, y luego, con las solapas del abrigo levantadas, baja por una calle en escalera, bordeada de casas de ladrillos y jardincillos helados, sin ver a nadie. Parece un ángulo muerto del tiempo.

Abajo, a dos pasos de la estación, descubre el barestanco que Nora le dijo.

Salvo por el patrón y dos viejos clientes habituales, que discuten en

voz baja, mientras siguen en la tele colgada sobre el mostrador la presentación de los caballos en Vincennes, la sala está absolutamente desierta. Entonces Blériot pide un vaso de vino de Bourgueil y se sienta cerca de la puerta, estirando las piernas y cruzando los brazos. Toda su atención converge en este instante vacío.

En este estado de tensión y de vago tedio, observa a los pasajeros que salen de la estación y uno por uno se dirigen a la parada del autobús, sin vislumbrar la silueta de Nora.

Al cabo de un rato la llama por teléfono pero está fuera de servicio. Son ya las once y lleva casi una hora de retraso. Hay días en que sospecha que lo hace adrede.

Su exasperación, multiplicada por el coeficiente de su ansiedad, de repente le da ganas de levantarse y volver a París.

El timbre le frena.

Louis, soy mamá, dice una voz de mujer tan cálida, tan atropellada, que por unos segundos cree que se trata de una bromista.

Pero no. La han tenido en el hospital algo más de una semana.

Dos días antes de darle el alta, el médico le dio una clase de química sobre las proteínas y los aminoácidos y le recetó un nuevo antidepresivo —el Termex o el Temlex— que le sienta de maravilla.

En estos momentos me estoy paseando por las calles de Nimes en compañía de mi amiga Jacqueline, la hermana de Jean-Philippe Lamy, el que sustituyó al doctor Bernard. ¿Y tú? le grita al aparato.

Todo va bien. Escucha, te vuelvo a llamar esta noche, se excusa precipitadamente, al reconocer a dos pasos de la puerta a la joven tocada con una boina de lana que le sonríe mostrando los dos dientecitos de delante.

Es la sonrisa de la nieve.

Con su parqué de madera oscura, la mesa baja, el ramo de flores marchitas y el lavabo chiquitín, el hotel tiene un vago parecido con un albergue oriental que conoció tiempos mejores. Las cañerías hacen un ruido infernal y los radiadores están fríos. Pero ellos se sienten bien así, solos.

Están ante la ventana abierta, con las mejillas juntas, mirando más allá de las vías férreas el laberinto de pabellones y almacenes característico de ciertos paisajes suburbanos. El cielo es azul claro, casi blanco. La nieve ha comenzado a fundirse como el pasado y los cuervos posados sobre los cables eléctricos caen como hojas muertas sobre los jardines de las casas vecinas.

De vez en cuando, mientras se sorprenden hablando por primera vez de un futuro en el que por fin vivirán juntos, pasa un tren a lo lejos, reducido por la distancia a ondas sonoras.

Tengo un poco de frío, dice Nora cerrando la ventana.

En ese momento él aún no le ha dicho nada del viaje a Turín, y

una vaga intuición le empuja —ya sabe lo imprevisible y explosiva que es— a atenerse escrupulosamente a su política de *black-out*. A menos que sea ella quien saque el tema de su porvenir con su mujer.

Mientras, Blériot, al que su propia, psicótica capacidad de llevar esta doble vida le asombra, se desnuda rápidamente mientras ella sigue ocupada en el baño.

¿Vienes?, dice mirando la calle a través de la celosía. Ella no responde.

Ya en la cama, con los ojos cerrados y las manos tras la cabeza, se siente conducido suavemente como si flotase en un río.

En este instante tiene el corazón puro, los nervios de punta, el sexo erguido como un adolescente, y la impresión de que nada malo puede sucederle.

Nora finalmente se ha sentado a su lado, en braguitas y sostén, con las rodillas bajo el mentón.

Ahora no, dice rechazando su mano. Ya te he explicado que no me gusta que te comportes así. *It's bloody annoying, Louis*.

Quien no se arriesga no pasa la mar dice él.

¿Eso es de Leibniz?

No, imagínate, se me ha ocurrido a mí solito.

You are such a pain, Louis! Such a pain!

Bueno, si no es ahora ya será luego, dice él, habituado a tomarse las cosas con paciencia.

A veces piensa que también podría acostarse con la reina Ginebra. Y que lo perdido en el terreno de los sentidos lo ganaría en el del espíritu.

Acaba con la cabeza apoyada en su regazo e inmóvil durante un rato, sólo respirando el aroma de su piel (caolín y moras negras, decide tras rebuscar en las alacenas de su memoria).

Es curioso, hablas como una chica que tuviera a sus espaldas cuarenta años de vida sexual, señala, y se incorpora y vuelve a su nuca perfumada y a la concha de sus orejas como a un punto fijo de su deseo.

Nora, apartándose un poco, le dice que su contrato en Roissy caduca en el mes de marzo y no le va a quedar más remedio que regresar a Londres.

Qué manía, contesta él sonriendo débilmente.

Mientras ella le acaricia la mejilla, él cierra los ojos, escuchando la vibración lancinante de los trenes suburbiales.

Volveré a París, claro, le dice ella mientras enciende un cigarrillo, pero allí puedo encontrar todo el trabajo que quiera. Mi hermana conoce a un montón de gente.

Además estoy segura de que aunque siga tomando clases durante años nunca seré Nina Zeretchnaia, ni la joven Violaine, ni nadie. Salvo

quizás una doncella inglesa.

Serás mi novia, Nora Neville, mi única novia, mi amante inglesa.

Quizá, pero tengo ganas de abandonarlo todo, le dice ella, desanimada.

Tan desanimada como si en unos meses hubiera dado la vuelta a su vida y hubiera extraído conclusiones.

Parece que no tiene ni con qué pagarse los cursos de teatro.

Si ése es el problema, yo tengo lo que necesitas, responde Blériot cogiendo la chaqueta de la silla y sacando de un bolsillo como por arte de magia un buen fajo de billetes de veinte que despliega en abanico sobre la cama como en una apuesta de póquer.

Todo esto para ti, insiste empujándolos hacia ella.

Aunque sabe que por definición no se puede comprar lo que no está en venta, quizá así aumenten las posibilidades de demorar su marcha por uno o dos meses.

Te los devolveré en seguida, le promete ella tras una breve pausa de vacilación. ¿Quieres que salgamos a cenar a algún sitio?

Sería tonto, dice Blériot, que está boca abajo para atrapar el reloj en la mesita de noche. Esta noche Sabine está en una inauguración, así que podríamos aprovechar el cuarto.

Pero a tu cuenta y riesgo, le advierte ella mientras intenta abrir el candado del bar empotrado, renuncia y se tumba desnuda a su lado.

¿Conoces el juego del ascensor? le pregunta metamorfoseándose en una compañera tan dócil, tan hábil, que parece una *call-girl* de la KGB en brazos de un funcionario internacional.

Evidentemente la comparación sólo le gusta a medias.

En realidad quizá el espía perverso eres tú y yo la pequeña funcionaria enamorada, le dice en el momento en que suena el teléfono. Es tu móvil.

A Blériot no le gusta hacer dos cosas a la vez, y le pide que sobre todo no se mueva.

Así que dejan que el teléfono suene en el vacío, mientras ella permanece apoyada en los antebrazos, inmóvil, en una especie de éxtasis doloroso que empalidece sus labios entreabiertos.

Luego se duchan y se visten en dos turnos y tres movimientos. Son casi las nueve.

Fuera es negra noche, el barrio está completamente silencioso. Caminan juntos sobre la nieve fundida, tosiendo como tísicos.

Al llegar al andén de la estación, vuelve a sonar el teléfono de Blériot. ¿Es tu mujer? se inquieta ella.

Mi madre, responde resignado. Ya la llamaré mañana.

Con una hora de desfase, la misma oscuridad húmeda ha caído sobre Londres mientras Murphy y Vicky Laumett están sentados frente a frente en un bar de Blackfriars.

Ella, vestida toda de blanco como en su primera cita, y él claramente más austero en su traje oscuro de agente de bolsa; ha dejado la chaqueta negra sobre el banco.

Aunque Murphy Blomdale se esfuerce en parecer resignado y que lleva una vida monótona y autárquica, el tiempo no ha suprimido su necesidad de ver a Vicky, porque sigue siendo su único lazo con Nora.

Hasta el punto de que esta noche viéndoles cuchichear se podría creer que son las dos últimas personas que hablan una lengua desconocida.

¿Solíais venir a este bar? le pregunta ella.

Ella solía esperarme aquí, a que yo saliese del trabajo cuando quedábamos para cenar fuera.

Ahora él ya sólo vuelve los fines de semana, casi siempre solo, le explica. Primero porque en Londres no tiene muchos amigos, y luego porque también tiene ganas de estar solo por si se diera el muy improbable caso de que Nora apareciese por esa puerta.

Sigo siendo un romántico, dice Murphy, disfrutando de contemplarla, maravillado por la belleza y la plenitud de sus formas, pero no turbado, por lo menos no excitado en absoluto.

Confidencia por confidencia, Vicky le confiesa que ella cada vez que suena el teléfono se sobresalta, porque piensa que por fin va a volver a oír la voz de Nora.

No sé si te acuerdas, le dice, de aquel personaje de Bradbury en las *Crónicas marcianas,* que tiene la facultad de cambiar de sexo y de identidad cada vez que se encuentra con alguien.

Nunca he leído a Bradbury.

De hecho, sin hacerlo adrede, adopta la cara de aquel o aquella que el otro llevaba años esperando. Como si adivinase la proyección de su deseo.

Al final, todo el mundo le persigue y ya no es más que una silueta fugitiva, terriblemente desdichada.

Murphy está de acuerdo en que ésa podría ser una buena definición de Nora.

Si te apetece, añade ella maliciosamente al levantarse, siempre puedes probar suerte más adelante, ya que según su hermana Dorothée dentro de unos meses piensa volver a Londres.

El problema es que él no sabe si para entonces seguirá allí.

La agencia, le explica, ya ha despedido a una docena de empleados y bien podría ser que él formase parte del próximo contingente y tuviera que volver a Estados Unidos.

Lo que sería una doble desgracia, subraya ayudándola a ponerse el impermeable. Aunque en el fondo sabe que de todas maneras con el paso del tiempo su relación acabaría apagándose de muerte natural.

Ya en Holborn —ella ha tomado un taxi para volver a su casa—, Murphy, bajo la protección de su paraguas, sigue caminando hacia Islington, pensando en sus fracasos y confundiéndose mil veces de camino, cuando un perro tan solo como él, un perro paria, con una pierna rota y una oreja medio colgando, le estorba el paso, encogiéndose para hacerse perdonar.

Debe ser hermano del otro.

Esta vez Murphy decide recurrir de inmediato a los grandes remedios y hacerle comprender de forma clara y definitiva —de perro a perro— que no tiene nada que ofrecerle, así que más le vale buscar en otra parte.

De nada sirve. El otro se aparta un poco, esperando que él reanude su camino, y luego vuelve sobre sus talones. Seguido por un colega no más presentable.

Entonces Murphy piensa que debe de tener un aspecto tan cómico y desamparado con su paraguas, que todos los perros, que no tienen muchas ocasiones de divertirse, quieren acompañarle un ratito.

Al llegar al barrio de Clerkenwell, Murphy, ya sin argumentos, se resigna a seguir un poco más deslizándose entre la multitud, como san Roque seguido por sus dos perros, y confiando en que llegue algún autobús para perderlos de vista.

En casa, Vicky se ha desnudado y se ha metido en la cama sin cenar, con algo de náuseas. David aún no ha vuelto. Es habitual, casi una costumbre.

Como suele hacer cuando le domina la angustia, y la angustia de las crisis de angustia, se coloca en posición fetal y se aprieta los ojos con las manos como hacen los niños, para recobrar la imagen de Nora.

No la Nora de París, sino la primera Nora, la de Coventry, cuando las dos aún eran torpes, tímidas e inocentemente depravadas y pese a todas las precauciones que tomaban su amor saltaba a los ojos.

La Nora que desaparecía unos días y luego volvía a cualquier hora, con el rostro demacrado y feliz, diciéndole: ¿me has estado esperando?

¿A ti qué te parece?

La que le enviaba una postal desde un museo francés, con corazones y guirnaldas de flores: Hoy te quiero, le escribía con su letra pequeñita y aplicada, subrayando el hoy.

Aquella a la que una vez esperó prácticamente toda una mañana al pie de una escalera.

Hasta el punto de que esta noche ella vuelve a tener la sensación de esperarla —la imagen ha regresado—, con las manos hundidas en

los bolsillos del impermeable. Cada vez que una corriente de aire abre a su espalda la puerta del edificio, oye en el patio el rumor de la lluvia de verano.

Lo más extraño es que no se acuerda del resto del inmueble, ni del barrio —y eso que las dos vivían aún en Coventry—, solamente de esa escalera oscura con su rampa de madera, como si su memoria se hubiera convertido en una escalera de caracol.

Ella sube a tientas esas escaleras, hasta el tercer o cuarto piso, los últimos pisos han desaparecido, devorados por el olvido.

Al llegar arriba, Vicky se ve haciendo el ademán de llamar al timbre.

Ya duermes, se asombra su marido encendiendo de repente la lamparita.

No, estaba pensando.

Perdida en sus sueños neumónicos, no le ha oído entrar.

¿Puedes dejarme sola, David? le dice, porque tiene prisa por volver a esa escalera.

Él, con aire contrariado, se saca los zapatos y sin decir nada se va al cuarto de baño.

Así que ella vuelve a llamar, vuelve a subir, vuelve a bajar, y siempre oyendo el ruido de la lluvia en el patio.

¿Eres tú? ¿Qué sucede? pregunta de repente Nora desde la puerta entreabierta. (En el foco de su memoria, aparece mucho más bajita que en la realidad, y viste un camisón que le llega hasta las rodillas.)

Te estaba esperando abajo. Me dijiste a las nueve.

No puedo. No estoy sola, susurra ella haciendo un gesto con el pulgar como señalando a alguien a sus espaldas.

Ella se siente estúpida. No se había dado cuenta, se excusa. De todas formas tampoco quiere imponer su presencia más tiempo.

Nada de eso, dice Nora apretándole los dedos, vuelve cuando quieras que te lo explicaré.

A partir de aquel instante ya no recuerda más palabras. Es como si hubieran cortado el sonido.

Sólo se ve bajando las escaleras a trompicones, en tal estado, con tal angustia de abandonada, que rompe en sollozos.

Ya no recuerda qué le explicó Nora a la mañana siguiente. Sólo recuerda la escalera y los ojos de Nora, turbios de sueño.

Quizá eso es lo que tienen de bonito los recuerdos. Que con el tiempo, con el filtro de los años, se convierten en productos depurados, libres de la escoria de los pesares y el miedo.

¿Tengo ya derecho a acostarme? pregunta su marido, que con rostro inexpresivo y en pijama parece esperar su turno.

La noche es alta y clara. Han apagado la luz y han salido descalzos al balcón.

Miran las calles desiertas con sus hileras de arcadas y las ventanas anaranjadas a la luz de los faroles —su hotel se encuentra al final de la plaza Vittorio.

Blériot, sin más rodeos ya, se inclina hacia su mujer y le mordisquea suavemente los hombros mientras le levanta la falda del camisón, como si se tratase de un gesto ritual de arrepentimiento y perdón. Ella se arquea contra su mano sin decir nada.

Evidentemente ha sido perdonado.

Se quedan un momento apoyados en la balaustrada, sin hablar, perdidos en el espacio y la claridad del cielo. De vez en cuando pasan muy altos, casi imperceptibles, unos filamentos nubosos, blancos como líquido seminal —la imagen es de Blériot—, que casi inmediatamente se disipan sobre las montañas de alrededor.

Me alegra de que hayas venido a Turín, le dice Sabine cogiendo una silla y apoyando los pies en la balaustrada.

Yo también estoy contento de haber venido, dice él.

Blériot, que siempre ha sido secretamente ciclotímico —ahora se halla en fase de excitación— se pone inmediatamente a besarla y a ceñirle el talle con el brazo izquierdo —está sentado a su diestra— hasta el momento en que los dos acuerdan tácitamente meterse en el cuarto. Él entonces libera sus grandes senos morenos del camisón, y ella los mira como si los viese por primera vez.

Lo que tiende a demostrar, colateralmente, que pese a la tensión extenuante en la que llevan semanas viviendo no todo ha terminado entre ellos.

Ya desnudos y tumbados en la cama. De hecho las cosas vuelven a comenzar exactamente como antes, como si no hubiera pasado nada.

Encuentran espontáneamente las mismas palabras, los mismos gestos, los mismos desarrollos íntimos de años atrás —quizá porque el sexo es la reminiscencia del sexo—, y luego aflojan el abrazo y ruedan cada uno hacia su lado, empapados de sudor.

Ahora ninguno de los dos tiene fuerzas para levantarse. Lo que no les sucedía desde hacía mucho tiempo, subraya la mujer.

¿Quién ese ese Michelangelo Pistoletto? pregunta Blériot para cambiar de tema.

Parece que sería demasiado largo de explicar pero que la exposición era perfecta, con obras que ella no había visto nunca.

Blériot reconoce que hubiera podido haberse molestado en estudiarlo un poco. ¿Me enseñarás el catálogo que has traído?

No sé si el catálogo te servirá de mucho, dice ella tras una pausa.

A medida que la noche avanza, sus voces se hacen cada vez más

intermitentes, como si las condujese una débil corriente eléctrica.

Debe ser casi la una. Una corriente de aire hace batir la persiana.

Los dos permanecen tendidos sobre las sábanas, con las piernas enredadas, respirando el frescor del aire de la calle, y su conciencia se va disolviendo en el ir y venir de los ruidos de la noche de Turín.

Por la mañana les despierta el teléfono. ¿Oiga? dice alguien.

¿Sí? dice él sin reconocer la voz en el aparato, ni el número que aparece en la pantalla.

¿Oiga, oiga? repite el otro como una especie de pájaro mecánico.

Blériot cuelga, con un mal presagio.

¿Quién era? dice la mujer, que sigue en la cama.

Ni idea, dice él saltando a las maletas para coger algo de ropa.

Gracias a una misteriosa transferencia nocturna de energía, se ha levantado revigorizado, ligeramente pasado de vueltas, mientras su mujer parece una convaleciente sobre la almohada, con los rasgos tensos y los ojos hinchados.

¿Estás seguro de que no era nadie que conozcas? insiste alzándose laboriosamente sobre los codos.

Seguro cien por cien. No sabe qué pretende ella insinuar, pero no tiene ningunas ganas de dejarse arrastrar a esta conversación.

A veces sospecha que tras su aspecto aplomado —sociabilidad, confianza en sí misma— oculta un fondo neurasténico.

La *colazione* llega oportunamente.

Se ha preparado un baño y permanece un largo rato sumergido hasta los hombros, con las piernas dobladas, con su toisón de fauno flotando en el agua espumosa, mientras las palomas zurean en los tejados.

El crujir de sus patitas en las tejas ardientes.

Sale del baño delgado y desnudo como lo estará en su último día y se apresura a tomarse otra taza de café antes de salir a leer el diario al sol. Allí le encontrará su mujer.

A las dos, almuerzan en un restaurante cerca de la orilla del Po, donde una docena de personas sentadas a contraluz parecen sestear en las sillas. A él le gusta la calma chicha de los domingos por la tarde.

Tras el cristal ven los tranvías de color naranja, a veces naranja y blancos, que cruzan el puente en dirección a las colinas.

¿En quién estás pensando? le pregunta su mujer viéndole un poco ausente.

¿En tu inglesita? dice al azar.

Está claro que piensa en ella más que él. No, responde, no pensaba en nadie.

Blériot ha renunciado a explicarle que nunca se ama bastante, y que las necesita a las dos —la necesita a ella y a Nora—, y que si por desgracia tuviera que renunciar a una, también perdería a la otra.

Como sucede en las leyendas.

En el interior de su doble vida, ha debido establecerse una especie de relación barométrica entre las presiones que cada una de las dos ejerce sobre él, gracias a la cual ha acabado por alcanzar una especie de equilibrio.

A fin de cuentas es una teoría tan buena como cualquier otra.

Exagerando un poco Blériot incluso estaría dispuesto a sostener que quien no haya amado a dos mujeres a la vez está condenado a ser un hombre incompleto. Como si él no lo fuera.

Yo invito, dice apoderándose de la cuenta para demostrarle de paso que no es tan aprovechado como ella cree.

Luego caminan entre las colinas, siguiendo al sol, en el frescor de los jardines y el silencio del viento.

A lo lejos, ven las cimas de las montañas aún cubiertas de nieve, que les devuelven el recuerdo de su primera estancia en Italia, hace cinco o seis años, y de las largas pistas de Cortina.

Si algún día volvemos a Turín, me gustaría que alquilásemos un coche y que fuésemos a esquiar donde tú quieras, le dice Sabine, que súbitamente ha recobrado su dulzura, su indulgencia y su dinamismo natural —sus tres virtudes cardinales.

Sin duda porque los momentos de placer robado la noche pasada han sido tan benéficos para ella como para él.

Habrá que ver si la cosa se repetirá.

Atraviesan un pueblo sombrío, y luego otro, sin encontrarse con nadie ni preocuparse por ello. Siguen caminando al mismo paso, juntos, concentrados, silenciosos, como esas parejas filmadas de espaldas por Mikio Naruse, y luego vuelven a descender sin una meta precisa hacia las orillas del Po.

A la altura del jardín botánico, compran helados y se sientan un momento en la hierba para observar a los remeros rojos de sol.

No me apetece mucho volver en seguida a París, dice él tirando el cucurucho al agua. ¿No podríamos quedarnos una o dos noches más?

Pero parece que es muy complicado. El cuarto sólo está reservado para una noche.

Siempre pueden intentar negociar en el hotel, sugiere él.

Lo siento pero hubieran tenido que despertarse antes, les señala con acritud el recepcionista italolibanés —la penuria de amor está muy extendida.

Para acabarlo de arreglar, Sabine no está segura de que puedan cambiar los billetes de avión. Lo único que sabe es que el vuelo es entre las diez y las once.

Parece que de repente tengan demasiado tiempo por delante y a la vez demasiado poco, como siempre que están juntos.

Los rayos oblicuos del final de la tarde penetran en las arcadas de

la plaza e iluminan la vieja terraza donde se han sentado a beber un vermú, él hojeando un periódico, ella medio adormilada en su silla, con las piernas al sol.

Aprovechando esta inmovilidad, Blériot, oculto tras las gafas de sol, la fotografía largamente con la mirada —ha tomado la precaución de detener el tiempo, reteniendo el aliento— mientras ella sueña despierta, con la cabeza ladeada, con su bonita cabellera rubia recogida en moño en la nuca, y el collar negro que enrolla pensativamente en un dedo.

Luego, suelta el aliento de golpe y el tiempo vuelve a correr, purificado, regular, mientras el rumor de las calles de Turín vuelve a llenarle los oídos.

Bueno, ¿ahora qué hacemos? le pregunta su mujer estirándose.

En ese instante, como un hombre que gira sobre sí mismo, Blériot piensa tan fuerte que se puede pensar que nunca la abandonará.

Lo primero es buscar otro hotel, le propone.

Se despierta de repente con la sensación de que Nora está acostada a su lado. El cuarto está sumido en la oscuridad. Murphy Blomdale extiende el brazo a lo ancho de la cama, como un mutilado que busca su miembro fantasma, sin encontrar más que sábanas frías.

Sin embargo, la impresión de su presencia aún perdura unos segundos como una ilusión sensorial de la que no logra librarse.

Las visitas de Nora se reanudaron hace unas semanas, siempre a la misma hora matinal, entre las cinco y las seis, acompañadas de la misma descarga de emoción, del mismo frenesí cardíaco —otra prueba de que somos máquinas electroquímicas—, y seguidas, cada vez, de la misma desaceleración brutal y deprimente.

Y él que creía haberse desintoxicado ya de ella.

Una vez de pie, le cuesta dar un paso tras otro. Pero aun así logra abrir las ventanas y dirigirse a tientas hacia el cuarto de baño para encender el calentador y hacer correr el agua, comprobando con cierta satisfacción la permanencia de sus costumbres.

Aunque no muy propenso a la introspección, Murphy se da perfecta cuenta —quizá porque hace meses que no toca a una mujer— de que ahora le basta con un sueño, con cualquier simple perturbación, con una pequeña confusión de espíritu por la mañana, para tener de inmediato la sensación de desmoronarse, como si la soledad le hubiera vuelto poroso.

Si es verdad que cada uno de nosotros tiene un yo profundo (reflexiona mientras se viste), un yo tan inagotable como esas fuentes ocultas que no se secan jamás, ni siquiera en verano, habrá que reconocer que el suyo está hundido a gran profundidad. Y que no es seguro que algún día pueda recuperarlo.

Mientras asomado a la ventana escruta mentalmente el futuro, Murphy tiene de repente la extraña impresión, casi grata, de ser un minúsculo detalle en el paisaje urbano, imperceptible a la vista.

Ahora acaba de amanecer. Los mirlos lanzan sus trinos de fin de invierno, mientras una luz amarillo limón se filtra a Liverpool Road por las calles transversales, deslumbrando a los primeros peatones.

Antes de ir a la oficina, nada, como de costumbre, sus treinta largos de piscina, con algunos saltos de trampolín, y luego sale del agua.

Como hombre casto y taciturno, Murphy evita mirar a las pocas bañistas que aún están chapoteando y que de todas maneras no le prestan la menor atención. Así que se viste rapidito y sale de la piscina, nada descontento de volver al uniforme de trabajo, el traje tres piezas —ha optado por un tejido de lana fría— y a la austeridad bostoniana, como confortables jirones de su identidad.

Esta mañana los despachos y los pasillos de la agencia parecen tan

vacíos como si hubiera alerta de incendio.

Después de verificar en el reloj que no se ha confundido y que son las nueve, Murphy, ligeramente desorientado, sube en el ascensor y se sienta en la cafetería con la esperanza de que alguien, preocupado al no verle, venga a buscarle.

Mientras, saca un bollo de la máquina y se pone a hojear los periódicos, preguntándose, como el joven ligeramente paranoico, si sus colegas no habrán decidido ponerle en cuarentena.

Al cabo de un rato —ya va por el segundo bollo— la señorita Anderson, incómoda en su materialidad corporal, llega proyectando el busto hacia delante para avisarle de que la reunión ya ha comenzado y que esta vez su presencia es imprescindible.

¿Viene usted o no viene? se impacienta.

Como si pudiera elegir.

Están todos: los corredores de bolsa, los cambistas, los comisionistas, los juristas, los analistas —doscientas pálidas cabezas de empleados de banca—, alineados muy formalitos en las sillas de plástico ergonómicas, mientras por la pantalla desfilan las cifras de las pérdidas de los dos últimos años —nueve millones, doce millones, veintidós millones y medio— como una avalancha al ralentí.

En el estrado, inclinado sobre el micrófono, John Borowitz comenta los resultados mientras agita sus plateadas guedejas como un director de orquesta dirigiendo un ensayo de *El holandés errante*.

Es especialmente llamativo que entre el 8 y el 25 de este mes se hayan volatilizado diez millones de fondos alternativos, continúa susurrándole al micro mientras en la sala silenciosa los rostros se descomponen insensiblemente, porque todo el mundo comprende que se acabó lo que se daba.

Los más desalentados ya han salido de la sala.

Si está usted de acuerdo en septiembre u octubre le trasladaremos a Filadelfia, le susurra Borowitz entre dos puertas. Sigo confiando en usted.

Murphy se queda mudo.

Profesionalmente, con el cambio no pierde nada. Claro que hay otros factores, más personales, que dadas las circunstancias le costaría objetivar.

Al final de la mañana la cafetería, que habitualmente es el centro neurálgico de los chivatazos a un millón de dólares y de los juegos de manos más o menos recomendables, se ha llenado de gente azorada que va y viene con un vaso en la mano.

Murphy, acostumbrado a hacer rancho aparte, pide dos cafés y se sirve un gran vaso de agua en el depósito reprimiendo su deseo de alcohol, y luego se acerca a consolar a Kate, que acaba de enterarse de que la han despedido.

Ya ves si valía la pena levantarte a las cuatro y trabajar tanto, bromea cordialmente.

Pero parece que lo ha asimilado bien. Parece que en los últimos tiempos —además del clima detestable de la agencia— las conversaciones de sus colegas la aburrían tanto que había llegado a interesarse por la astrología y por las princesas de las revistas como si se estuviera volviendo ya senil.

Mirando distraídamente los rasgos sin encanto de Kate, Murphy medita en la propuesta de su patrón, sin saber qué decisión tomar sobre el tema de Nora.

Se diría que con la simple mención de un regreso a Estados Unidos la angustia ha entrado por una puertita de su cerebro y ha comenzado a tejer su telaraña paralizante.

Qué poco se ve a sí mismo viviendo y trabajando en Filadelfia.

En cualquier caso, si tiene que dejar la plaza de Londres, siempre podrá decir, como San Pablo, que no ha arruinado a nadie, no ha explotado a nadie ni perjudicado a nadie.

Está en la segunda epístola a los Corintios.

La gente le toma por beato, cuando su única religión es la espera.

Espero que antes de que te vayas volveremos a vernos, le dice Kate, con su pobre sonrisa de antiheroína.

Aún sigo aquí, le señala él, lamentando para sus adentros no haber tomado una copita de alcohol.

Siente que el alivio le hubiera hecho temblar las manos.

Ahora estamos a lunes 11 de abril. En vez de dejar descansar el asunto y tratar de vigilar su propia conducta, sólo por unos días, los suficientes para adormecer la desconfianza de su mujer, a Blériot, apenas regresar de Turín, se le ha metido en la cabeza ir a ver a Nora.

Prueba de su capacidad intacta de desdoblamiento, ya ha olvidado todas las decisiones que tomó allí.

Así que negándose a escuchar la voz de la razón y a hacerse más preguntas, ha marcado su número y se ha hecho invitar a pasar el martes y el miércoles en Les Lilas, aprovechando que Sabine tiene que ir a Estrasburgo.

Tal como están las cosas bien se le podría definir como un carácter poligámico.

Está cruzando el jardín, el sendero empapado y la hierba alta que anuncia la primavera, cuando ella aparece en el umbral de la casa, con su minivestido negro, la tez sorprendentemente pálida y el móvil en la oreja.

I won't be a minute, le grita, mientras le hace señal de que entre.

La luz roja de las siete de la tarde ilumina todos los cuartos, hasta el hueco de la escalera. Blériot se sienta un momento en la banqueta del salón, con la mirada vuelta hacia la ventana como hacia un cuadro monocromo, mientras espera a que Nora termine.

Según lo que pilla de su conversación, parece que está hablando con su hermana de Londres.

Al cabo de diez minutos ella llega a la sala, visiblemente nerviosa, con una extraña sonrisa incierta que parece flotar por delante de ella, a unos centímetros del rostro.

Supongo que tu viaje a Italia habrá ido bien, dice sirviéndole una copa de vino.

Gracias a sus apéndices sensoriales, Blériot adivina de inmediato que tiene ganas de pelea y se sorprende temiendo lo que pueda pasar —de hecho siente como una especie de hormigueo por la espalda.

En efecto, conoce demasiado bien su tendencia a los arrebatos y su lamentable propensión al psicodrama para no temer que las cosas empiecen a degenerar. Además de que sospecha que ya se halla en un estado de ligera impregnación alcohólica.

En sus prisas por levantar la sesión, le propone dejar la conversación para luego y ahora salir de paseo por el barrio para aprovechar el sol en alguna terraza.

Pero ella no tiene ganas de pasear.

Aún no me has dicho nada de tu viaje, insiste echándole una mirada homicida que él finge no percibir.

No hay gran cosa que contar, ha sido un viaje como otro cualquiera, responde, con la mirada fija en la etiqueta de la botella de

riesling.

Sigue un largo silencio durante el cual se mantienen el uno frente al otro, recortados contra la ventana, con sus copas de vino blanco en la mano, en una calma fotográfica que parece preceder a la tempestad.

Para mantener la compostura Blériot se aplica a ajustar la imagen del televisor del salón —reconoce al joven Ricky Nelson en su caballo tordo— porque a su entender está demasiado contrastada.

Apágala, le ordena ella aplastando el cigarrillo en el cenicero como si fuera una cucaracha, y vuelve a servirse vino y se le planta delante, toda cargada de electricidad negativa.

Decididamente, reflexiona él —que por prudencia ha reculado hacia la puerta—, está escrito que haga lo que haga, le conceda lo que sea, nunca lograrán acceder a una existencia normal, una existencia tranquila, sin crisis, sin angustia, sin locura.

Supuestamente ibais a pasar una o dos noches en Turín, comienza ella, y os habéis quedado cuatro días, quizá incluso cinco. ¿Qué ha sido eso, cariño? ¿Una nueva luna de miel?

Da la impresión de que el alcohol le ha subido directamente al cerebro.

En primer lugar se quedaron tres días, y además aunque se hubieran quedado un día más no ve qué hay de malo en ello, subraya, ya que básicamente se trataba de un viaje de trabajo.

De trabajo, se ahoga ella, con la cólera arrugándole súbitamente los rasgos y los labios temblando, vocifera: *You are such a bastard, such a bastard*!

Blériot, aunque estaba preparado para lo que iba a llegar, la mira tan asustado como si le salieran de la boca sapos y culebras.

Se hace cargo de lo que siente y si tiene algo sensato que decirle procurará escucharla, le responde tranquilamente, pero le ruega que primero baje la voz dos octavas, porque en este momento todo el vecindario se está enterando.

Lo que él quisiera explicarle, continúa, siempre y cuando ella preste un poco de atención, es que ya es lo bastante desdichado con su mujer, y está bastante cansado de todas las mentiras que tiene que decirle, para que encima ahora ella se meta en su vida conyugal. Cuando no es asunto suyo.

¿Que no es asunto mío?, le reprende ella, ¿y qué hago contigo? ¿Qué es lo que hacemos juntos?

¿Por qué crees que he vuelto a París? ¿Para encontrar un curro de estudiante? ¿Para visitar los museos?

Y continúa escupiendo preguntas a la velocidad de una ametralladora, repitiéndole por tercera o cuarta vez —lo que a él no deja de inquietarle— que pase lo que pase están ligados a vida o muerte.

No hay por qué ponerse dramáticos, dice Blériot, que lleva un rato acechando la ocasión de intervenir.

Yo te hablo claramente de mis relaciones con Sabine y del viaje que acabo de hacer con ella porque no podía negarme a hacerlo.

Sí que podías, se empeña ella.

Vale, sí que podía, admite. Pero también puede callarse, si ella quiere, y pasar a otra cosa, sabiendo que de todas formas ella no soporta no decir la última palabra.

Ha ido a la cocina a buscar otra botella de vino y tomar dos aspirinas con un café negro, porque su visión de las cosas empieza a verse oscurecida por los avances de una jaqueca.

En la nevera descubre unos tomates y unos calabacines mohosos, unas salchichas caducadas y una costilla de cerdo fría como la muerte.

Como el dolor de cabeza sigue latiendo fuerte entre los ojos, Blériot se acoda a la ventana para mirar, con la cabeza hacia atrás, las masas de nubes luminosas que desfilan sobre los techos, y al mismo tiempo ausentarse de su propia vida.

Pero por más que bloquee la respiración y haga el vacío concentrándose al máximo en los límites de su campo de visión, esta vez su poder no actúa —no es la primera vez—. Con la cabeza fuera de la ventana, sigue oyendo a su espalda la voz de Nora hostigándole desde el cuarto contiguo.

Se demora un rato en la cocina para dar tiempo a que ella se calme, como un boxeador entre dos *rounds* que toma aliento sentado en su taburete.

Es increíble, constata, hasta qué punto esta chica puede hundirle. Es como si actuase sobre él como esas sustancias alucinógenas que dilatan nuestra percepción pero destruyen nuestras células nerviosas.

Y al mismo tiempo sabe que no es capaz de renunciar a ella y largarse dando un portazo.

Por consiguiente sabe que tendrá que seguir soportando sus gritos, sus recriminaciones y sus escenas de celos, y que todo esto probablemente todavía dure unos meses, unos años, hasta que a él no le quede ni una pizca de amor.

Lo sabe y ya no lo sabe.

De hecho no sabe qué tiene que hacer.

En el rato que va en busca de su teléfono —debe de haberlo olvidado en el bolsillo de la chaqueta— ella prácticamente se ha bebido la mitad de la botella.

Supongo que era tu madre, dice. No, mi mujer, responde él retirándole la copa.

Aunque él no es quién para darle lecciones de moral, se permite avisarle de que bebe demasiado y que eso, desde luego, no facilita la conversación.

Tú deja de acostarte con tu mujer y yo dejaré de beber. Toma y daca, dice ella cogiendo otra copa con una sonrisita pícara.

El problema es que hasta que se demuestre lo contrario él y Sabine son oficialmente marido y mujer y por tanto, le recuerda él, se supone que viven como tales.

Entonces haz de manera que deje de ser tu mujer y te vienes a vivir conmigo.

Hay sitio de sobra.

Vaya, se divierte él, esto no me lo esperaba. Aunque la verdad, Neville, esto parece un ultimátum.

Lo es, confirma ella.

Por culpa de la demora en sus emociones, Blériot tarda un rato en reaccionar y en decirle qué opina de su iniciativa.

Porque tiene derecho a asombrarse de que una chica tan emancipada como ella, que tiene un amante en Londres y otro en París, y que aparentemente se ha entregado a un gran número de chicos —y en general repetidamente— ahora le reproche que viva maritalmente con su esposa.

Me tienes harta, Louis, me tienes tan harta que ni te lo imaginas, responde ella lentamente, casi soñadoramente, mientras él va poco a poco tomándole las medidas a la magnitud del desastre.

No es eso lo que quería decir, dice él.

Me haces vomitar, Louis, *you make me sick*, sigue ella, siempre igual de lenta, antes de explotar de repente como propulsada por una caldera emocional, y ponerse a gritar mientras se abalanza contra él.

Ha tardado demasiado en retroceder.

De repente se da cuenta de que sangra por la nariz y que no tiene pañuelo.

Ella, envuelta en una nube de odio, un deseo de matarle o desfigurarle, se desplaza por el cuarto a una velocidad vertiginosa, con el brazo extendido como un sable.

Está fuera de sí, se dice él, tratando de protegerse como puede.

Louis, you make me sick, vuelve a repetir ella, mientras trata de recobrar el aliento, apoyándose en la mesa mientras él se seca la nariz con una servilleta. No entiendes nada.

Llevado por una especie de curiosidad clínica, Blériot se acerca a ella para observar su rostro deformado, medio descompuesto, que de repente le recuerda a una entidad infantil, hipócrita y perturbada.

¿Pero qué te pasa? le pregunta, cada vez más preocupado, en el momento en que ella se apodera del teléfono para golpearle con él en la cara.

Ahora también sangra por la boca.

Antes de que las cosas degeneren del todo, Blériot le agarra del brazo para hacerle una llave a la espalda e inmovilizarla contra la

pared.

Entonces ella se desliza hacia abajo y él al verla desarticulada por el suelo tiene la lamentable sensación de haber disparado contra una cierva.

La alza en brazos. Ella acaba por derrumbarse en el banco, sin duda noqueada por el alcohol, y se abraza a él, apoyando el rostro en el suyo y dejando que corran sobre él tantas lágrimas que parece que lloran juntos.

Estás completamente loca, le dice suavemente mientras le acaricia el pelo, y ella sigue llorando, con la mandíbula caída, como si dijese sí.

Con espíritu de reconciliación, se ha levantado para ir al cuarto de baño a buscarle un tranquilizante con un gran vaso de agua que ella se traga sin pestañear. Luego se sientan junto a la ventana.

Así que en el continuum de su sufrimiento se ha intercalado un instante de respiro, un pobre y frágil instante de respiro, durante el cual los dos retienen el aliento.

Están otra vez sentados juntos, en la banqueta del salón, muy silenciosos, presas del temor vago, telepático, de que ya sea demasiado tarde porque esta vez han ido ya demasiado lejos.

La culpa es mía, le dice finalmente Nora hundiéndose los puños en las mejillas, en un gesto de automortificación.

No tengo derecho a tratarte así, añade, *that's not a way to behave*, y se pone a llorar y a acusarse, entre hipidos de niña, de ser mentirosa, egoísta, posesiva, destructiva, sobre todo destructiva y *perversiva*.

Perversiva es un defecto que en francés no existe, la tranquiliza él, yendo a buscar otro vaso de agua y una servilleta para secarle el rostro empapado de lágrimas y friccionarle la frente y las sienes con una loción analgésica.

Ahora tranquilízate y trata de dormir un poco, le aconseja, sin poderse impedir —de hecho está tan enfermo como ella— observar sus pequeños pechos jadeantes, que suben y bajan bajo la tela de su ropa.

¿Sigues deseándome? le pregunta de repente, volviendo hacia él sus ojos color avellana, de una claridad sin solución que le asusta.

No sé por qué me lo preguntas, se defiende, recostado contra la pared con una erección de ahorcado.

Porque me lo pregunto.

La lleva a la alcoba y la tumba sobre la cama quitándole el vestidito —ella se debate blandamente con las piernas—, consciente de que no es esto lo que debería hacer, que no es la respuesta apropiada y que al contrario, ella quedará aún más perdida que antes.

Pero también él está tan perdido que no ve qué otra cosa podría hacer en este instante.

Más tarde, en mitad de la noche, Blériot se vuelve hacia ella y le sopla al oído: ¡Te dejo! como una bala a quemarropa —¡bang!— que atraviesa su cerebro dormido.

Murphy no dijo nada. Se contentó con mirarla inclinar la cabeza mientras picotea cerezas de un plato de gres blanco posado sobre la mesa del jardín. Los demás, le parece, estaban hablando de la reciente conversión de Tony Blair a la santa iglesia católica romana.

¿Quiere una? le propuso ella mostrándole el plato. Son perfectas.

Así que tendió la mano para atrapar un puñado de cerezas negras, y con el brazo derecho inadvertidamente rozó el suyo.

No fue absolutamente nada, pero hoy, de nuevo —es su lado hipermemorioso—, Murphy se acuerda con mucha exactitud de aquel instante. En particular del fino vello dorado de su brazo, y del ligero picor que sintió al rozarlo, como una pequeña señal eléctrica.

Como ella estaba intentando escuchar la conversación sobre Tony Blair y él detestaba a Tony Blair, incluso como neocatólico, le señaló que su vestido azul tenía matices tan cambiantes como el vestido de Buen Tiempo que lucía Piel de Asno, y ella de inmediato se metió en su concha.

Él, sin aceptar el rechazo —estaba irreconocible—, añadió que desde siempre adoraba las películas de Jacques Demy, aunque no estaba seguro de si se pronuncia demi o daimi.

Demi, dijo ella escupiendo en la mano el hueso de una cereza.

Con su largo cuello y sus ojos castaños, tenía esa clase de belleza —pero esto él no se lo dijo— que instila en el corazón de los hombres nostalgia de las vidas que jamás vivirán.

Así que sabía a qué atenerse.

Y sin embargo cuando los otros se incorporaron para ir a pasear hacia el estanque y ella hizo ademán de seguirlos él le obstruyó el paso, sediento de su frescor. Como si él mismo fuera un verano tórrido y melancólico.

Andaban en grupos de dos o tres —Tyron y sus hijos en cabeza— en la paz lírica de una tarde inglesa, entre cantos de pájaros y el bordoneo de los insectos.

A su memoria subjetiva le parece que aquel día el aire era extraordinariamente ligero, los árboles luminosos, las corrientes rápidas.

Logró enterarse —ella no era precisamente del género locuaz— que se llamaba Nora Neville y que era hermana de Dorothée, la mejor amiga de Tyron.

Creo que trabaja en la misma empresa que él, añadió ella señalando a una morenita que iba delante, con un vestido de flores y un *canotier* rosa.

¿Y usted, acaba de llegar a Londres? le preguntó ella por pura cortesía.

Ya no recuerda qué le respondió.

En aquella época ya llevaba un año viviendo en Londres con Elisabeth Carlo, y probablemente respondió con evasivas.

En cambio recuerda muy bien que sin haberlo premeditado volvieron a encontrarse apartados del grupo de cabeza mientras que los que cerraban la marcha con Max Barney seguramente habían dado media vuelta o habían cortado a campo través.

En un momento dado, se detuvieron ante una cerca electrificada, sorprendidos por el silencio que reinaba allí.

Recostados en lo alto del prado, unos cuantos ciervos les observaban con mucho interés por encima de la punta de la hierba, acompañados por cinco o seis liebres grises y un caballo negro con pezuñas peludas, como si todos los bichos de los campos y los bosques retuvieran el aliento al paso de aquella chica, a la que quizá tomaban por Julie Andrews.

Temo que hagamos esperar a los demás, le dijo ella en voz baja como para no asustarles.

Según él, el estanque debía de estar a una distancia máxima de un kilómetro o dos.

Por el camino —cruzaban en diagonal una pradera verde, con curvas tan suaves como un campo de golf— ella le contó que no hacía tanto que había ido a vivir a Francia, un poco como cuando uno viaja en busca de sí mismo —tenía antepasados franceses— y que al cabo de ocho meses en París no había avanzado gran cosa. Seguía sin saber quién era ni qué quería hacer.

¿Y qué hacía solita en París? le preguntó él inocentemente, antes de darse cuenta de que —timidez o estrategia para zafarse— ella tenía la curiosa manía de no responder nunca directamente a sus preguntas y de no terminar las frases.

Sea como fuere, a base de preguntas, como en esos juegos en que hay que conectar puntos numerados para completar un dibujo, Murphy vio aparecer la imagen de una chica extraña, bastante inestable, a la vez despabilada y extrañamente taciturna —aparentemente acababa de separarse de algún chico—, afectada por un narcisismo bastante pronunciado.

Entonces ¿por qué no dio marcha atrás? ¿Qué es lo que falló en su sistema de detección?

¿Por qué no se disparó ningún timbre de alarma para avisarle de que iba a sufrir tanto?

En aquel instante —se habían reunido con Tyron y su grupo a la orilla del estanque— el contraste entre las banalidades que los dos se veían obligados a intercambiar con los demás y su silenciosa intimidad sin duda era demasiado nuevo, demasiado excitante, para que él tuviera ganas de mirar más allá del futuro inmediato.

Lo único de lo que estaba seguro era de que sus días con Elisabeth

Carlo estaban llegando a su fin.

Estaba seguro de que le encontraría aquí, le dice Borowitz, que acaba de aparecer en la terraza. Siempre se piensa mejor al aire libre.

No sé, dice Murphy, aún perdido en el caudal de sus recuerdos.

En fin, espero que tome la decisión correcta y que en septiembre podré contar con usted.

Imagino que sí, responde echando una mirada circular sobre los tejados de los inmuebles —el cielo es de un azul oceánico— y las fachadas de cristal alineadas a lo largo de los muelles.

Al este, del lado de Canary Wharf, las cifras de las cotizaciones de la bolsa siguen desfilando por la torre de la agencia Reuters como si no pasase nada.

Entonces me quedo tranquilo. Estoy convencido de que nos volveremos a encontrar en Filadelfia, le dice Borowitz triturándole la mano con su emoción.

Abajo, sus colegas despachan los asuntos corrientes y empiezan a llenar cajas de cartón como funcionarios despedidos. La cafetería está casi desierta.

Desde que la señorita Allison ha sido hospitalizada —se dice que por una embolia— su despachito parece un museo donde todo se conserva cuidadosamente tal como estaba, el ordenador, los lápices, su agenda, su cajetilla de Lucky Strike y la foto de su gato *Pigalle*.

Se diría que el vacío se suma al vacío.

Murphy pasa el resto de la tarde, tenso y solo, consultando dossieres en la pantalla hasta que Kate Meellow aparece por sorpresa.

Oficialmente sigo perteneciendo a esta empresa durante dieciocho días más, le comenta sentándose en un rincón de su despacho y exigiendo que le cuente al detalle los últimos acontecimientos que le afectan.

Creo que me voy a Filadelfia, le dice con un aire sombrío mientras ordena sus cosas en la cartera.

Naturalmente, la decisión es tuya, pero he leído que en Nueva York los antiguos *traders* se han visto reducidos a vender camisas en Bergdorf Goodman.

Pues entonces venderé camisas, dice ya en la calle, al percatarse de que hay un mensaje de Nora (Murphy, *I need you urgently*).

Así que está en Londres, como predijo Vicky.

De regreso en casa, Murphy, de vuelta a sus cálculos analíticos, se pregunta si Nora quiere decir que le necesita en persona o si sólo es una forma maliciosa de recurrir a su caridad y pedirle dos o tres mil dólares.

Si ése es el caso, como desgraciadamente cree, añadirá un bonus de mil dólares, para que comprenda que la caridad siempre es más fuerte que la malicia y la venalidad.

Luego, si quiere empeñarse en pensar lo contrario, es muy libre. Él le habrá dado todo lo que podía darle.

La estuvo telefoneando todo el día, y luego se resignó a dejarle un mensaje en el contestador. A la mañana siguiente, volvió a empezar desde las nueve, sin mucha esperanza, esta vez llamando al fijo.

Raymond *speaking*, respondió de pronto una voz de hombre con tono fatigado, antes de colgar, sin duda creyendo que se trataba de una confusión.

Blériot se quedó por un momento con el brazo tendido, el teléfono convertido en bloque de hielo, y luego se apresuró a vestirse y a paso de carga se presentó en Les Lilas, con la sensación de vivir en permanente recapitulación.

Ante la entrada de la casa hay un coche grande, con las puertas abiertas, y un hombre con pantalones de terciopelo está con el torso metido en la cabina.

Al otro lado del coche, con los brazos cargados de paquetes de ropa, una rubia alta con gafas le mira acercarse, con desconfianza.

¿Nora no está? le pregunta, presentándose.

Creo que se debió largar anteayer muy temprano. Cuando nosotros hemos llegado la casa estaba vacía y la cocina en un estado abominable, le cuenta ella con una risita sardónica que a él le parece desagradable.

Soy su prima Barbara, le explica. Él ya se lo imaginaba.

Más allá del seto —las rosas se han marchitado— ve en el césped cadáveres de botellas que asoman de una caja de madera, junto a montones de libros y revistas tiradas por el suelo.

Y aún más allá, en medio del jardín, descansa una tumbona en la que nunca se había fijado.

Me llamo Raymond Hemling, dice el hombre saliendo del coche.

¿Tienen idea de dónde puede haber ido? les pregunta Blériot sin dejar de observar la tumbona vacía.

(Se la imagina diciéndole: ¿De qué te quejas, Louis? Tienes lo que querías.)

El hombre y la mujer se consultan con la mirada y se encogen de hombros, como para indicarle que ahora ésa es la menor de sus preocupaciones.

En pura lógica, debe de haber vuelto a Londres para gorrear alojamiento en casa de su hermana o de alguno de sus novietes, pronostica la prima Barbara echándole una mirada inquisitiva.

Pero él no reacciona.

Al contrario, se muestra más bien desinteresado, casi ausente, apoyado en el capó del coche con el cigarrillo en los labios, mientras Raymond suda la gota gorda acarreando paquetes.

Aunque sabe perfectamente —pero en otro circuito de su conciencia— que es muy probable que no volverá a ver a Nora en Les

Lilas, y que, como las leyes de la probabilidad son tan innegociables como la de la gravedad, pronto lo único que va a poder hacer es llorar.

Mientras observa cómo vacían la casa —¿qué pensarán hacer con ella?—, de pronto Blériot siente que el sufrimiento brota como de una arteria seccionada.

Y mana, mana con caudal continuo.

Sólo le da tiempo a apartarse unos pasos y doblarse en dos para recobrar el aliento.

Bueno, buena suerte, joven, le grita Barbara dándole la puntilla mientras sube al coche.

Esa noche Blériot está sentado en un cuarto de hotel delante de la televisión, con las piernas tendidas sobre la cama, el mando a distancia a mano, y tan pasivo como un hombre en estado de muerte cerebral.

Echó a andar en estado de shock hasta las Buttes-Chaumont —Léonard estaba ausente o dormía— y luego siguió adelante y se metió en el primer hotel que le salió al paso.

Ahora se bebe una cerveza a morro, mientras mira las imágenes del espacio extra atmosférico.

En el momento de meterse en sus respectivos cohetes, los dos astronautas se dan vuelta sobre sí mismos, en estado de ingravidez, y se observan muy largamente —por un instante una luz rojo cobalto resplandece sobre sus viseras— y luego se hacen un gesto con la mano y cada uno regresa a su nave espacial, conscientes de que no volverán a verse.

Blériot apaga la tele, tira los zapatos al parqué y se tumba, con la cabeza inclinada hacia atrás, en la oscuridad, para soñar con su desgracia.

Permanece despierto sobre la cama, con la vista clavada en la ventana blanca, los brazos a lo largo del cuerpo, presa de ese pensamiento lancinante, regular como una gota de agua que cae en un cubo: Nora se ha ido y él va a vivir sin ella.

Tiene el presentimiento de que ya no volverá a verla. Va a hacer demasiado frío.

La oscuridad caerá a mediodía, y el viento ártico soplará por las calles desiertas. Las tuberías reventarán, en las grietas del hormigón crecerá la hierba, la gente obstruirá todas las salidas con colchones, y al final, los animales se tumbarán para morir, sin haber conocido a Nora.

Más o menos así será el mundo sin ella.

En este estado casi alucinatorio, encuentra fuerzas para levantarse, ir a la ventana a aspirar un poco de aire fresco —la desdicha le produce náuseas— mientras al otro lado del bulevar, en el mundo

dormido, el metro elevado ilumina las enramadas de los árboles hasta la estación de Stalingrad.

Los ojos de Blériot exploran la oscuridad y descubren la presencia de un taxi aparcado al final de la calle, con el piloto encendido, la puerta entreabierta y el motor en marcha.

Quizá ella le esté esperando allí.

Tendría que acercarme a ver, se dice con retraso, en el momento en que el coche se pone en marcha, y tras él la noche vuelve a cerrarse.

Como la desesperación tiene su propio crescendo, Blériot cae en una especie de estupor, tumbado en diagonal sobre la cama, mientras los dientes le castañetean como si se riese.

01:07 indica en este instante la pantalla digital.

El cenit de la crisis ya debe de haber pasado. La gente regresa a sus habitaciones. A intervalos oye el ruido del ascensor que sube y baja en su caja de vidrio como un péndulo hipnótico.

Sin darse cuenta, se ha tumbado boca abajo, con los dos brazos extendidos hacia delante, a un lado y otro de la almohada, como un nadador equipado con un tubo que cruza con un discreto batir de los pies las aguas negras y silenciosas, antes de hundirse estrato a estrato en los abismos pelágicos.

Se despierta al amanecer, con los músculos entumecidos a consecuencia de sus proezas natatorias, e inmediatamente llama a su mujer —al fin y al cabo sigue estando casado— temiendo que haya salido en su busca. Pero debe de haber desconectado el móvil.

Mientras espera para volver a llamarla, Blériot mira la cama vacía con la forma de su cuerpo dibujada en el hueco de las sábanas como si tomase una huella de su desaparición, y luego vuelve a dormirse en la silla.

Cuando vuelve a casa y en el salón se encuentra ante su mujer, tiene la sensación extraña, pero precisa y paralizante, de que llega demasiado tarde.

Mientras se rozan en un saludo un poco tenso, Blériot lee en el rostro de ella una expresión de tristeza y de solemnidad que le espanta.

Está sentada de través en el borde del sofá, con las manos planas sobre las rodillas, los ojos ocultos por gafas de sol, y evidentemente espera a que él se explique.

Por su silencio Blériot adivina que va a pasar un mal rato y que esta vez no hay escapatoria.

Anoche, comienza, aclarándose la voz, me sentí muy mal y preferí no volver. Alquilé un cuarto de hotel en el barrio de Stalingrad. La verdad es que estaba completamente perdido.

Dos mujeres a la vez y no estar loco, le recuerda ella casi alegre.

Supongo que tu bella inglesa estaba contigo.

Él niega con la cabeza, mientras se le clava algo oscuro y frío como un recuerdo desolador.

Precisamente, se defiende con una especie de sobresalto, a propósito de Nora, tiene algo que decirle.

De hecho se han separado definitivamente y es por ese motivo por lo que —esta vez no le miente— anoche no tuvo fuerzas para volver a casa.

¿Se supone que tengo que consolarte? le pregunta ella incorporándose para coger el paquete de cigarrillos.

Blériot vuelve a negar con la cabeza, consciente de que no habrá consuelo ya para nadie.

De hecho ya hace un rato que siente un clima de desastre generalizado flotando entre los dos.

¿Sabes qué, Louis? Esta noche mientras te esperaba he tomado una decisión, le dice ella, con un tono tan grave que a él se le corta la respiración.

Una decisión difícil, perfectamente unilateral y cuya responsabilidad recae exclusivamente sobre mí, reconoce, pero ya he aguantado bastante y ahora quiero estar tranquila.

Mientras dibuja un somero balance de su vida en pareja y del fracaso que ha supuesto, Blériot la escucha inmóvil, apoyado en la pared, con los músculos paralizados, sintiendo que la sangre fluye gota a gota por sus venas.

Está contando los segundos.

Para ser del todo franca, le dice ella, hubo una época en que lamenté no haber tenido hijos contigo, pero ahora ya no lo lamento, creo que hubieras sido un padre desastroso.

Sabine, ya no sabes lo que estás diciendo.

Es verdad, ya no sé lo que estoy diciendo.

El caso es que he decidido, concluye, que a mi regreso de casa de mis padres —tengo que pasar dos o tres días allí—, habrás hecho el equipaje y abandonado este piso.

Es la solución que sinceramente me parece más razonable para los dos, añade separando cada sílaba de la siguiente.

Dos o tres días, repite él, pegado a la pared por el dolor, como una mariposa quemada.

¿Y luego?

Habrán permanecido juntos diez años, menos dos o tres días.

Si quieres café, hay sobre la mesa, le dice ella.

Evidentemente ya hacía tiempo que el acontecimiento aciago proyectaba su sombra sobre los dos, pero Blériot siempre fingía no verla.

Pese a su pesimismo o su cinismo, de verdad que no podía creer que un día se separarían, y que tampoco ellos escaparían a la banalidad desoladora de este final.

A fin de cuentas, no hemos sido más listos que los demás, le comenta para desviarla un instante de sus proyectos y abrir un debate desapasionado sobre las incertidumbres de la vida conyugal.

Yo nunca pretendí que fuéramos más listos que los demás, le responde ella mientras se peina ante el espejo del cuarto de baño.

Sólo hemos sido más desdichados. Y por eso nunca recibíamos a nadie. ¿Te acuerdas?

Se acuerda.

Lo que le parece absurdo e injusto, responde, hablando a su vez con una lentitud intencionada, es que vayan a separarse en el preciso momento en que se ha curado, en el que está arrepentido y en el que podrían volver a empezar desde cero, juntos, aquí o en otro sitio, en el extranjero.

Pero si nos hemos pasado la vida volviendo a empezar desde cero, le interrumpe ella, y sabes muy bien que no son más que palabras.

¿Me engaño o no me engaño?

Blériot está a su espalda, sentado en el borde de la bañera, y en este instante los dos se observan en el espejo. Cada uno mira el reflejo del otro como si se dirigiese a su doble, a aquel al que ha amado y perdido y cuya mirada busca en las profundidades del espejo.

¿Tienes algo más que decirme? le pregunta ella con voz neutra.

No, reconoce él, con la impresión de escuchar ese pequeño clic que señala que el presente acaba de transformarse en pasado.

Sólo una cosa más, reacciona en el último momento.

Antes de que se vaya querría pedirle perdón por haberla amado tan mal, y prometerle que la esperará tanto tiempo como pueda, durante

años si fuera necesario.

Pero esto ya me lo has prometido docenas de veces y de todas formas yo ya no tengo ningunas ganas de que me esperen, le confiesa ella, apartándose.

Para un hombre es bastante duro, señala él con una sonrisa forzada, ser a la vez despedido y expulsado.

Así son las cosas, dice ella mirándole de repente, sin cólera, sin reproches, pero sin querer que añada ni una palabra más.

Así que él no dice nada más.

Bueno, tengo que darme prisa, anuncia ella como si el caso estuviera cerrado y tuviera otras cosas que hacer.

Fuera, las ráfagas de lluvia y la luz plomiza sobre la calle de Belleville acentúan la atmósfera de debacle que reina en el piso.

Blériot, que está junto a la ventana sin saber qué hacer con su persona, todavía tiene la tentación de detenerla, de agarrarla por la fuerza y abrazarla, pero entre la lentitud de su reacción y la prisa que ella tiene por cerrar la bolsa de viaje, está claro que ahora el tiempo se mueve a dos velocidades diferentes y que él tiene pocas posibilidades de alcanzarla.

¡Sabine, vuelve! grita estúpidamente en la escalera. Por su aire sorprendido cuando vuelve la cabeza, comprende que él ya no existe para nadie.

Finalmente —su taxi se ha ido bajo la lluvia— se encuentra doblado en dos en el lavabo, con los pantalones bajados y el rostro desencajado luchando contra la náusea.

Al anochecer dejó de llover. Y el vecino de enfrente, el enorme africano, y uno de su amigos, asomaron la cabeza por el tragaluz, como dos astrólogos.

Bienaventurados los astrólogos.

Mientras tanto, Blériot contempla las cosas de su mujer esparcidas a su alrededor, sus bolsos, sus zapatos, sus pilas de dossieres, sus cajas de fotos, su catálogo Pistoletto, con la sensación de un desastre pavoroso.

Pronto saldrá del piso de puntillas, dejándole en el despacho una nota de despedida y entregando las llaves a la portera, y luego de su vida en común ya no quedará nada, absolutamente nada, como si el encuentro de sus dos trayectorias no hubiera sido más que una ilusión óptica.

Quizá lo único que subsista será la desdicha de ambos, como un cuerpo en suspensión en el aire de las habitaciones.

Mientras decide adónde ir, Blériot, que no tiene ganas de permanecer ni un minuto más en este piso, mete sus escasas posesiones en una maleta, luego algunos efectos personales, un ordenador y dos diccionarios que siempre le acompañan —ella ya

tirará lo demás—, deja la maleta en el portaequipajes del coche y da media vuelta.

Al salir del garaje, la tristeza le cae encima como una espada de luz. Casi la había olvidado.

El cielo vuelve a ser azul, el aire primaveral.

Se detiene un instante en la place de la Republique, para respirar hondo y ajustarse los auriculares —siempre le quedará Massenet— y luego a pasos lentos, circunspectos, se dirige hacia los Grandes Bulevares mirando cómo su imagen desaparece en la sombra de las vitrinas.

Entre un contrato y otro quizá pueda escaparme a verte a Filadelfia, le dice ella, cogiéndole de la mano.

Murphy ha abierto la boca para hablar, pero se ha callado, desconcertado.

Ella le parece irreconocible, o por lo menos tan diferente de hace unos meses, que tiene que hacer una serie de rápidos ajustes y operaciones mentales para encontrar el hilo de su historia de amor.

Avanzan de la mano por los senderos de Hyde Park, entre los céspedes llenos de junquillos y azafranes, mientras que abajo las parejas madrugadoras reman en el Serpentine.

Visiblemente, Nora apenas presta atención.

Lleva un rato hablándole de sus proyectos como actriz —en Londres sólo está de paso— y de las personalidades que frecuenta en el mundo del teatro, y con las que parece que se trata de igual a igual.

Por fin vas a ver recompensada tu paciencia, le felicita él con una sonrisa forzada.

Robert Wilson, dice ella con aires de conspiradora, acaba de llamarla desde Nueva York porque cueste lo que cueste quiere que este otoño represente el papel de Anne-Marie Stretter.

Ya sé que es imperdonable, pero no tengo ni idea de quién es Anne-Marie Stretter, ni Robert Wilson, se excusa Murphy.

Luego, si todo sale como está previsto, prosigue ella sin escucharle, va a ser la joven Violaine, en el Odeon.

La joven Violaine en el Odeon, repite él con la impresión de sentir la rotación glacial de la tierra bajo sus pies.

De repente la voz de Nora, su excitación, su cháchara inquietante, le recuerdan cierta época de su vida en la que después de estar abatida y depresiva tenía unos arrebatos de alegría un poco exaltada que para él eran un suplicio.

Retrospectivamente, Murphy se da cuenta de que en realidad ella siempre le ha parecido inquietante.

Y no sabe, a causa de su habitual mezcla de incertidumbre y contemporización, si decirle amorosamente la verdad, como recomienda San Pablo, o dejarla que divague, confiando en que algún día un resto de sensatez la devuelva a la realidad.

Nora, me das un poco de miedo, acaba por decirle.

¿Miedo? se asombra ella. ¿Por qué dices eso?

No lo sé, una intuición, dice renunciando a explicarse, mientras siguen caminando de la mano por el césped.

Por primera vez desde que la conoce Murphy no siente por ella más que compasión y desaliento. Pese a su palidez de anoréxica, conserva una belleza doliente que a él le oprime el corazón.

Le gustaría pensar que ella ha hecho con su propia vida lo que ha

querido, y que todo esto a él ya no le incumbe.

Está contándole —seguro que por esto quería verle— una confusa historia sobre unos emolumentos que aún no ha cobrado y sobre un alquiler que si no lo paga ya, la desahucian.

¿Es mucho dinero? le interrumpe, con prisas por abreviar la cita, mientras intenta hacerle comprender que tampoco él lleva una vida palaciega.

Dos mil quinientos, dice ella bajando la voz.

Si quieres, te puedo dar un poco más, le propone él sacando la chequera.

Durante dos segundos, dos breves segundos de consuelo, percibe en sus labios la irradiación de su sonrisa.

Luego se apaga.

Su relación ha quedado atrás.

Tras gratificarle con un beso de circunstancias, Nora se va y Murphy, con el corazón encogido, la sigue con la mirada mientras cruza el parque, volviendo la cabeza en todas direcciones como una corneja despistada.

Con la mochila colgada a la espalda, sigue la reja del parque sintiendo el viento húmedo que se le enreda en las piernas. Aparte de algunos paseantes matinales, las Buttes-Chaumont están vacías, un toldo cubre los caballitos, los jardineros se afanan en sus plantaciones.

Son poco más de las nueve. Tannenbaum le espera en el rellano en pijama, asomado a la barandilla.

Blériot, guapo, me tenías muy preocupado. ¿Por qué no viniste anoche? Ya sabes que voy a salir de viaje.

Ahora te lo explico.

El equipaje está amontonado en el pasillo, y detrás de la puerta cuelgan las llaves, un manual de instrucciones de los aparatos, y una lista teléfonos para casos de urgencia.

He avisado a la guardesa, te traerá el correo. Ahora estás en tu casa, le dice paternalmente Léonard dejándose caer en un sillón con una ligera mueca de dolor.

Blériot se fija en sus piernas hinchadas, su cuello delgado como una caña y sus grandes orejas transparentes, como si fueran de cera, pero no hace comentarios, ni intenta persuadirle de que posponga el viaje para cuando se encuentre mejor.

Porque sabe que no se encontrará mejor.

Háblame de tus cuitas amorosas, le dice Léonard, que adivina en qué está pensando.

Recuerda que soy tu director espiritual oficial.

Pero por la mañana, así, a salto de mata, con la chaqueta y los diccionarios bajo el brazo, pocas ganas tiene él de confesarse.

Me gustaría que primero me hicieses un café, Léo.

¿Entonces?, dice el director. Sabes que soy curioso y que no te dejaré así como así.

Es una historia aburridísima, le dice Blériot, que prefiere empezar directamente por el final: ahora está solo, su amante le ha abandonado y su esposa le ha expulsado de su domicilio —él siempre supo que la revancha de una llevaría aparejada la de la otra— y por primera vez tiene la impresión de haber naufragado por completo.

Lo que es una experiencia dura pero instructiva, reconoce.

Mira, querido, temo que no acabo de comprender muy bien tu melancolía heterosexual, dice Léonard. Está claro que pertenezco a otra especie animal, con otros placeres y otras maneras de sufrir.

Además, dice Blériot, que no cree ni una palabra de lo que dice su amigo, lo único que tengo son dos camisas, un par de zapatos y cincuenta y siete euros en mi cuenta bancaria.

Te he dejado unos billetes en el cajón de la cómoda, pero si no te bastan pídeme lo que necesites, le indica Léonard, que parece convencido de que su amigo tiene esa rara manía de pedir.

¿Quinientos sería demasiado? pregunta Blériot, en el preciso momento en que en un parque de Londres Nora está vaciando los bolsillos de Murphy —se diría que son una pareja de sablistas profesionales en acción.

Blériot, como su cómplice, se embolsa sin pestañear el cheque de quinientos, de los que mentalmente ya aparta la mitad para los gastos más urgentes, y escucha a Léonard que mientras se viste le va contando los detalles de su nuevo idilio —tiene un lado sentimental— con Omar y Samir.

Supuestamente se trata de dos primos estudiantes, vagamente futbolistas, que le han ofrecido acogerle en su hogar de Casablanca.

Aparte del tiempo que dedico a esos dos chicos, mi vida me parece inútil, le confiesa Léonard ante su expresión escéptica.

No quiero meterme, pero visto tu estado yo te aconsejaría que seas prudente.

Como puedes imaginarte, ya se me había ocurrido.

Ahora tengo que dejarte, mi tierno y débil amigo, le dice Léonard, en plan siglo XVIII, y los peligros en que nos encontramos los dos hacen esta separación doblemente difícil.

Estoy convencido de que todo saldrá bien, le tranquiliza Blériot sacando su equipaje al rellano, mientras Léonard, que se cree obligado a viajar disfrazado como el gato con botas, se pone la capa y el sombrero.

¿Sabes, guapo?, le dice mientras le da un beso, yo hubiera querido terminar mi vida contigo.

No digas eso.

Quería decírtelo. Y además no por eso moriremos antes, que yo

sepa.

No, dice Blériot.

Al cabo de unos minutos se encuentra solo, sentado en una silla del salón, con los ojos perdidos en la luz acuática de la mañana.

Duerme sin parar. Hay días en que duerme entre doce y quince horas seguidas, encogido en la cama, con el pelo pegoteado por el sudor, paralizado por el letargo. Se diría que al mismo tiempo que se niega a despertarse su temperatura interior va bajando grado a grado y sus extremidades se enfrían.

Probablemente sean algunas de las consecuencias psicofisiológicas —pero se siente demasiado cansado para meditarlo— de la pena sobre el organismo.

Hace días que las cortinas están corridas, la puerta cerrada, el interfono desconectado. El cuarto donde duerme al fondo del piso es tan hermético y silencioso como una cápsula de privación sensorial.

Un despertador digital proyecta la hora en el techo, (02:13… 11:03… 17:12… 04:21) como si girase en órbita alrededor de la tierra en lugar de la perrita *Laika*.

De vez en cuando, cuando el timbre del teléfono logra despertarle —la llamada nunca es para él— Blériot se levanta temblando para dar unos pasos por el piso y se queda un momento junto a la ventana como un cosmonauta junto al ojo de buey. Fuera, llueve sin cesar.

Tras beberse una taza de té, vuelve a acostarse, se contrae entre las sábanas arrugadas, cierra los ojos y empuja con los pies para hundirse otra vez en la tibieza amniótica del sueño, hasta que poco a poco se siente mecer en las espirales de un pozo oscuro.

Y sigue su camino hacia otra revolución.

A veces se despierta en pleno día, atormentado por un dolor de cabeza, cabeza que le da la impresión de pensar sólo con un hemisferio cerebral. Se obliga a tragarse dos o tres aspirinas y a ducharse con agua hirviendo.

Mucho más tarde, cuando el dolor amaina, se cepilla los dientes —tiene los incisivos amarillentos como los de los animales—y luego se afeita, con la ventana abierta a los rumores de la tarde, con la calma y la lentitud de un opiómano.

De paso aprovecha para explorar el botiquín de Léonard y sustraerle un poco de Valium.

Mientras intenta conciliar el sueño otra vez, Blériot vuelve a tumbarse en la cama, con las manos juntas en la nuca, y a veces le sorprende un deseo sexual sin objeto como cuando tenía trece o catorce años.

A esta velocidad del proceso regresivo, no sería raro que pronto acabe postrado en la cama, abandonado por todos, el cuerpo y el alma esclerosados y la mente dominada por preocupaciones libidinosas primarias.

Y la verdad es que sabe que se lo está buscando.

Llega un día que ya no puede dormir más. Ha agotado sus reservas

de sueño.

Sigue tumbado en la cama, un poco dolorido, indiferente, la mirada vuelta hacia el intersticio entre los postigos que deja pasar un minúsculo rectángulo de luz gris.

A veces oye en el tercer o cuarto piso a una niña que ríe, risa que tintinea —la nitidez de sus percepciones le tranquiliza sobre su estado mental— como una campanilla sacudida por el viento.

Fuera llueve tan ligeramente, tan imperceptiblemente, que para convencerse tiene que sacar los brazos, y así se despeja un poco.

Parece que desde que no espera nada ni a nadie, el mundo se le haya entregado en su objetividad, con sus calles vacías, sus perros mojados, sus parejas de desconocidos, sus árboles en flor, y que el campo de su conciencia se dilata.

Si no se pasara los días preguntándose en qué va a emplear el tiempo, casi sería feliz.

A veces sale a comprar al colmado de la esquina, al pie de la calle de Meaux, preferentemente ya casi a mediodía, porque es la hora de los perezosos, de los desocupados, de los asociales, y él siente que es un miembro de esa familia.

Como todos ellos, siente cierta predilección por esas interminables series americanas que mira una tras otra en la tele, diciéndose que hasta que llegue el final —y parece que hay para rato— no puede pasarle nada grave.

Los contados días en que no llueve, se sorprende en plena tarde volviendo a pie a Les Lilas, siguiendo exactamente el mismo trayecto que antaño, deteniéndose en los mismos sitios, como si se sometiera a un ritual hueco.

Se queda plantado ante la puerta de la casa, apoya la frente en la cerca —el césped ha sido invadido por la mala hierba—, y recuerda aquellas noches en que Nora aparecía en el umbral con una camisa que le venía grande o la pañoleta en la cabeza como una joven campesina rusa filmada por Eisenstein.

Alrededor, el barrio sigue igual, y a veces piensa que no tiene ninguna foto, ninguna prueba de que aquello no fue un sueño, y que si llamase a los vecinos quizá le dirían que la casa lleva años deshabitada.

Con el paso de los días, Blériot, gracias a su extraña habilidad de rebotar, sale por fin de esa crisis *post separationem*, bastante abatido pero intacto, preservando la integridad de sus medios.

Como lleva algún tiempo sintiéndose más vigoroso, o por lo menos más cerca de su estado normal, incluso vuelve a encender el ordenador.

Traduce a razón de tres o cuatro horas por día un informe americano sobre ciertas degeneraciones del aparato neurovegetativo

—es como si lo hubieran escrito pensando en él— lleno de términos tan esotéricos como los procesos de neuroquimiotactismo o los microtúbulos coloidales, que él traduce tranquilamente sin darles muchas vueltas.

Para animarse un poco en el trabajo, y estimular su propio sistema motriz, fuma y bebe sin parar y como fondo sonoro suena Duke Ellington y su gran orquesta.

Cuando aparta la vista del trabajo ve, procedente de los senderos de Les Buttes-Chaumont, la luz amortiguada, elegíaca, del día que termina, y esos minutos de belleza robada al tiempo social bastan para animarle.

En medio de esta vida monótona, purgada de pasiones y disciplinada por el trabajo, llega incluso a pensar que él nació para vivir solo y traducir páginas del inglés, eso está tan claro como que los vencejos posados en los árboles del parque nacieron para zamparse insectos.

Por la noche, fuma apaciblemente en la ventana, al mismo tiempo que la gente sentada en las terrazas o en los bancos de la calle Manin —toda una pequeña sociedad—, cada uno chupando su cigarrillo como si se comunicasen en la penumbra con señales luminosas.

Hasta esta noche de junio en que, en el momento en que está cerrando la ventana, la idea de que tiene que ir a Londres como sea y encontrar a Nora —idea que debía de latir desde hace semanas en los lóbulos oscuros de su cerebro— atraviesa su espíritu a la velocidad de una estrella fugaz.

A la mañana siguiente —en el principio fue la acción— reserva una plaza para Londres en una compañía *low cost*, escribe un mensaje de agradecimiento para Léonard, riega las plantas y limpia a fondo el piso abriendo de par en par todas las ventanas.

Ya con los cuartos aireados y exorcizados, Blériot reúne su escaso equipaje y se va al garaje de la calle Belleville —en principio su mujer está en Alemania— para dejar allí sus cosas y recoger la maleta del portaequipajes del coche.

Ilusionado con su deseo de regenerarse, se gratifica con un almuerzo copioso en una *brasserie* y luego se apresura a tomar el metro para ir a Roissy CDG.

Abandonar Francia parece súbitamente una absolución, una liberación, o por lo menos una reducción de condena. La prueba es que pese a sus aires de semidepresivo, Blériot, una vez en el aeropuerto, casi se vuelve a sentir despreocupado.

En el avión, se adormila apoyado en la ventanilla como si le hubiera vuelto el hipersueño, mientras la memoria de Nora oculta en el fondo de sí mismo como un pin electrónico despliega ante sus ojos imágenes de días felices, días en que ella todavía era traviesa y divertida, durante todo el tiempo que el avión sobrevuela el mar.

El regreso a la realidad no puede ser más brusco. El frío en el *finger*, el cielo lluvioso, las colas, la burocracia aduanera y las hileras de rostros anónimos en el área de llegada le devuelven de golpe al sentimiento de fragilidad y abandono.

Sentimiento que más tarde se materializará en la sala de equipajes de British Airways —tras una hora y media de espera— cuando su maletita negra aparezca la última, dando vueltas sola en la cinta transportadora.

Esa noche, en su hotel de Barbican, Blériot, desanimado por la tempestad y las trombas de agua que inundan las calles de Londres, se queda encerrado en su cuarto, tumbado ante la pantalla de televisión, mientras va vaciando una tras otra las botellitas del minibar, esperando pacientemente al hombre de la arena.

Por la mañana, caminando, se acuerda de que Nora le habló varias veces de un café en Islington donde solía ir, el Bertino o Bertini —al final es el Bernardino's—, que alguien le dice que está al final de Upper Street, hacia el antiguo estadio de Highbury.

Se sienta en la sala, apoyado en la ventana, sin reconocer a nadie y escuchando distraídamente las voces de los estudiantes —partículas de sonidos y polvo flotante— mientras bebe a traguitos el primer martini del día.

La camarera es nueva y no conoce a ninguna Nora. Pero le promete que preguntará al patrón.

Entonces Blériot pide el segundo martini —parece que el alcohol agudiza el sentido metafísico— y con el vaso en la mano sale a la terraza para aprovechar un rayo de sol.

En este instante, entregado a sus ensueños, no tiene ganas de hablar con nadie. Mira a la gente que va y viene por la calle con una especie de atención vaga, con la cabeza ligeramente inclinada, los ojos parpadeantes como si quisiera fotografiar el azar.

El patrón, un hombrecillo con una corbata a rayas, se presenta y le dice que se acuerda muy bien de Nora, pero hace tiempo que no la ve.

Era una joven simpática, aunque un poco extraña y fantasiosa, recuerda el patrón empleando un pasado necrológico que no deja de turbar a su interlocutor, hasta que un pequeño detalle —los gemelos a los que a veces llevaba por el barrio— aclara el malentendido: aparentemente no estaban hablando de la misma Nora.

Sin rendirse al desaliento, Blériot toma un taxi y se va a Camden, donde ella seguía un curso de teatro, y luego a Earl's Court, donde vive su mejor amiga, cuyo nombre no recuerda, y luego cruza el Támesis en otro taxi en dirección a Greenwich, donde se supone que su hermana tiene una casa o un piso.

Con una tenacidad de la que por su carácter veleidoso no se creía capaz, Blériot interroga a gente que pudo haberla frecuentado o simplemente visto aquí o allá —empezando por el personal de los bares—, pero nadie se acuerda de ella. Como si fuera transparente.

Pero al día siguiente la sigue buscando, y al otro también, avanzando contra el viento por las calles de Londres, con la continua añoranza de sus costumbres amorosas, y a veces se encuentra bajo una lluvia intensa en lugares tan improbables como Lillie Road, Maida Vale o Egypt Lane —donde en vez de las pirámides lo único que ve es una serie de colmados indios—, sin renunciar jamás ni dejar de buscarla de calle en calle como se persigue un ideal.

Hasta el punto de que, gracias a la fatiga y la debilidad, los dobles de Nora empiezan a aparecer por todas partes: una florista, una secretaria con tacones de aguja, una mujer de negocios de ojos castaños, una estudiante con gabardina y hasta una insensata chica de instituto que parece caminar sin tocar el suelo —esta última perseguida por Blériot a través de todo Holland Park hasta que la nostalgia le petrifica las piernas.

Cuando regresa a Bernardino's, Blériot, siempre igual de compulsivo, se apresura a pedir una copa y se sienta en la terraza, en el mismo sitio, para disfrutar de la claridad fluida de la mañana, mientras espera que el patrón tenga la bondad de concederle algunos minutos de su tiempo.

Absorbido por su contemplación, no se ha fijado en el hombre sentado en la sala que parece discutir con la camarera, y que aunque

está de espaldas a él no le pierde de vista.

Al cabo de un rato, el otro recoge sus cosas y sale a la terraza.

¿Puedo sentarme aquí? pregunta surgiendo como una sombra en el campo visual de Blériot.

Éste inicia un movimiento de retroceso y hace un esfuerzo de acomodación óptica, y percibe frente a sí a una especie de gigante rubio en traje de tres piezas, el rostro delgado y los ojos protegidos con gafas azules.

Soy Murphy Blomdale, dice, quizá le suene mi nombre por Nora. Me han dicho que la anda buscando.

Su voz de bajo, un poco nasal, resuena extrañamente como si saliera por las ranuras de un yelmo.

Por unas décimas de segundo, Blériot, que ha palidecido, como si supiera que éste es el instante fatal, el instante tan temido, le mira con los ojos desorbitados, antes de comprender que no tiene más remedio que tenderle la mano.

Louis, dice, Louis Blériot-Ringuet.

Tan sobrecogido está que poco le falta para tocarle el brazo y el hombro y comprobar que no se trata de una aparición.

Dos whiskies dobles, le pide Murphy Blomdale a la camarera, como para festejar el encuentro.

En ese instante Blériot observa a un perro negro tumbado a sus pies, con el morro apoyado en las patas, aire asustado y el pelo enredado por el viento.

¿Es suyo? pregunta acariciando al perro para parecer desenvuelto.

En absoluto, responde el otro, pero en cuanto salgo de casa los perros me siguen. Me gustan, y creo que lo notan.

Los perros tienen una capacidad de ser felices que me emociona, explica sacándose las gafas y clavando en él unos ojos pálidos como los de un recién nacido.

Blériot, que no sabe qué decir —no traga a los perros—, distingue en su mirada un área de malestar que no logra circunscribir con exactitud, porque el pequeño brillo del dolor no para de mostrarse y ocultarse.

Me alegra que haya venido, le dice súbitamente Murphy volviendo a protegerse tras sus gafas oscuras.

En realidad no sé muy bien qué estoy haciendo en Londres, le confiesa Blériot, tengo la impresión de haber venido a una cita en la que no me espera nadie.

Nora ha cambiado mucho desde que volvió de París, declara el otro con su extraña calma. Vive recluida en casa de su hermana Dorothée y me parece que su visita le hará mucho bien, porque actualmente está muy deprimida.

Algo así me imaginaba, dice Blériot, recordando su última

conversación en Les Lilas.

Luego los dos se quedan callados, como postrados, como dos viudos sentados en un banco de un jardín público, cada uno consciente de ser el protagonista de una historia que, en parte por su culpa, termina mal.

Supongo que hay que intentar reparar lo que aún sea reparable, señala. ¿Cree usted que su hermana aceptará recibirme?

No tengo ni la menor idea, a mí sólo me ha dejado verla una vez.

Lo mejor, en mi opinión, sería ir a Greenwich —en esta tarjeta tiene su dirección— sin anunciarse, le aconseja finalmente Murphy, y se incorpora como si por hoy ya hubiera hablado bastante.

Espero tener el placer de que nos volvamos a ver, añade, con su voz amortiguada por el alcohol.

Cuando llega el momento, el valor le abandona y le entran ganas de dar media vuelta. Pero su taxi ya se ha desvanecido y él se queda largos minutos al pie del edificio, fumando un cigarrillo tras otro, sin saber qué hacer. Una vez en la escalera, la ansiedad le paraliza los músculos.

Según la placa, viven en el tercero.

¿Puedo ver a Nora? se oye preguntar a una mujercita morena, de rostro un poco huraño, que se imagina es Dorothée. Me llamo Louis.

¡No estoy seguro de que sea una buena idea! grita tras ellos una voz de hombre. Tu hermana ni siquiera está prevenida.

Sigue un silencio embarazoso que Blériot aprovecha para colarse por la puerta entreabierta.

Pase, le dice ella por fin con tono de disgusto, mientras su marido sigue plantado al fondo del pasillo, con los brazos cruzados, como para manifestar su desaprobación, porque él personalmente era partidario de posponer esta cita sine die.

A causa de su baja estatura, de la barba de collar y del cigarro, recuerda un poco a Sigmund Freud, pero en una versión claramente menos profunda.

En el salón, una mujer grande y rubia —que no parece tener opinión sobre el asunto— está ordenando medicamentos con los gestos profesionales de una enfermera.

Quizá sepa usted que Nora está mal, comienza su hermana, pidiéndole que se siente. El médico, que no quiere hacer pronósticos, habla de agotamiento psicológico a consecuencia de un conflicto sin solución posible, le informa mirándole fijamente.

De manera que se puede intentar tratar el síntoma, pero no la causa. ¿Comprende? La causa, no.

Blériot, que cada vez tiene más la impresión de hallarse ante un tribunal, la escucha con la nuca y los hombros tensos a fuerza de concentración, mientras se retuerce en su silla temiendo lo que ella vaya a anunciarle.

En cualquier caso, caballero, puede usted sentirse orgulloso, ha hecho un buen trabajo, concluye por su parte el marido de Dorothée, y se mete en su despacho dando un portazo, para que quede claro que él se lava las manos.

Pasado un instante de sorpresa, Blériot quiere protestar ante Dorothée contra todas esas alegaciones relativas a malos tratos que él haya hecho sufrir a su hermana.

La he querido como nunca he querido a nadie, le confiesa muy bajito, por la enfermera.

Voy a ver si está despierta, pero seguramente ésta será la última vez que usted la visita, le avisa precediéndole por el pasillo.

Cuando le toca empujar la puerta del cuarto sumido en la penumbra —un cuarto desnudo, presidiario— Blériot tiene la sensación de recibir una descarga de desfibrilador que le hace recular dos metros.

En un extremo de la cama descubre una forma encogida. Una forma que respira ruidosamente.

Como está oculta bajo la sábana como en una tienda de campaña, a través de la tela apenas se distingue la forma de la cabeza y una de las piernas.

No quiero verte, le dice.

En su consternación, él sigue plantado en medio del cuarto, que huele a cerrado y a desinfectante, antes de que se le ocurra cerrar la puerta para que los otros no asistan a la escena.

¿Me has oído? dice ella.

Empujado por la necesidad de ayudarla, de curarla, de despertar su deseo de vivir y salir de este calabozo, se acerca a la cama.

Nora, escúchame, he venido a buscarte, quiero llevarte a París, le susurra, mirando bajo la sábana y descubriendo un brazo lívido y una mano tan débil, tan indiferente, que se queda de piedra, justo en el momento en que ella le asesta una patada.

Vete, Louis, tu mujer te está esperando, le manda ella con su extraña voz monocorde, como un murmullo, mientras vuelve a embozarse en las sábanas.

Blériot, abrumado, se aparta de la cama y va a sentarse en una silla junto a la ventana, resignado a dejarle abrir las compuertas de sus celos. Pero ella no dice nada.

Como si se hubiera tranquilizado, se ha puesto a jadear tenuemente bajo la sábana, mientras él, perdido en sus pensamientos, mira el Támesis gris del otro lado de la calle, y el espectáculo de los barcos y las aves marinas.

Es el cuarto de *La gaviota,* señala. Ella no responde.

¿Qué puede hacer por ella?

Estaba siempre tan excitada, tan inestable, que hace mucho que él sabía que esto acabaría por pasar.

Ahora, ella parece alguien que de tanto escindirse entre la normalidad y la anormalidad, acaba partido en dos.

Cuando se aparta de la ventana, Nora está sentada de tres cuartos, ya sin la sábana, con las piernas encogidas contra el pecho.

Le observa extrañamente, volviendo la cabeza ahora a la pared y ahora a la ventana, con ojos sin profundidad, ojos casi apagados como si sólo los alimentase una corriente alterna.

¿Te ha costado mucho encontrarme? le pregunta.

Te he buscado por todas partes durante días y días. Tengo la impresión de que es lo único que he hecho.

Me has buscado y me has encontrado, responde ella en tono extraño.

Seguro que apenas me reconoces, añade, sin cesar de hacer pivotar la cabeza. Mi juventud se acabó, mi primavera ha pasado.

Como no sabe qué responderle, ella se pone a llorar en silencio en la cama, vestida con un jersey viejo, el pelo trasquilado, los grandes pies delgados apretados el uno contra el otro.

Ven junto a mí, le pide de repente. No te vas a pasar todo el día sentado en la silla.

Él va a su lado como un autómata.

Finges serenidad y paciencia conmigo porque tienes miedo de explotar. Siento que tus emociones te asustan, Louis.

Es verdad, Neville, pero por favor no llores más.

Por unos segundos, mientras acaricia sus maltratados cabellos y la besa lo más misericordiosamente posible —porque sigue siendo *ella*—, Blériot tiene la sensación de salir de su cuerpo y meterse en el de ella, como en una experiencia de extracorporalidad, y de estar también él temblando y sofocándose en esa cama.

Permanecen apretados el uno contra la otra, las manos enlazadas, en la claridad blanca del absurdo.

Ahora escúchame, le dice ella bajito. Él escucha.

Louis, te lo suplico, no vuelvas más y no me telefonees, como no sea para decirme que quieres un hijo.

Me haces demasiado daño, le susurra ella al oído, y en ese momento su hermana abre la puerta.

Afuera empieza a caer la noche. Blériot, tragándose las lágrimas, camina apresuradamente por los muelles, fulminado, vacío, atraído sordamente por las aguas negras del río.

En este lugar, el Támesis es tan ancho como un brazo de mar y en la otra orilla las grandes arquitecturas de cristal parecen oscilar con la marea. Los almacenes de los *docks* están desiertos, el viento de mar adentro azota las terrazas.

Él se queda unos instantes mirando la corriente y entonces se imagina viviendo con Nora, a la orilla del agua, escuchándola tranquilamente divagar y perder la vida en ensueños vacíos, mientras él vela por ella con la tierna ansiedad de un novio eternamente enamorado. Hasta que sean demasiado viejos o demasiado sordos para seguir conversando.

Sería una vida suave, un poco crepuscular. Pero pese a todo, más deseable que esa vida de catatónica que se esconde bajo una sábana.

Harto de los *docks*, transido de pena, entra en la estación de metro de Jamaica Road, donde deja pasar dos o tres convoyes, sin saber adónde ir, y luego aparece en Waterloo y vaga sin rumbo por las explanadas desiertas.

Tras cruzar el puente, el aire parece más suave, los cafés y restaurantes siguen abiertos, la gente se sienta a las mesas en penumbra.

Tengo que beber algo, piensa, cuando de repente nota la vibración de su móvil.

Louis, tu madre lleva en danza desde las seis de la mañana. Va a volverme loco. Todo se le cae y se le rompe.

¿No puedes impedírselo?

Se ha encerrado con llave.

Apaga la luz y acuéstate, le aconseja. Acabará por dormirse.

Llevado por su entropía personal, Blériot se hace servir dos martinis —y para rematarlo un vodka, el del estribo—. Y a la salida se da cuenta de que le han cobrado un veinte por ciento más sobre el precio escrito, como si le aplicasen un nuevo impuesto sobre la infelicidad de los clientes.

Se va andando hacia el centro, deseando fundirse en la multitud, y acaba perdido en las inmediaciones de una estación, donde ya no hay gente —sólo pasarelas y calles desiertas—, con la sensación súbita, casi excitante, de andar por una ciudad imaginaria cuyo nombre no logra recordar.

Por casualidad acaba en un bar lleno de insomnes, con los ojos rojos por la falta de sueño, y se toma un daiquiri banana en el mostrador, oyendo la voz de Otis Redding —lo que no le rejuvenece precisamente— mientras su vecina de la derecha trata en vano de

trabar conversación con él.

I can't hear you, se excusa él, tapándose las orejas con las manos.

En la calle de enfrente hay tres chicos con las piernas bien abiertas meando contra la pared de un almacén. Tres cabezas inclinadas bajo la luna de verano.

Cuando el bar cierra, todo el mundo se dispersa en grupitos, apoyándose los unos en los otros, y Blériot echa a andar con las piernas anquilosadas y los pies torturados como los de su madre, a andar infatigablemente toda la noche —reconoce el barrio de Bayswater—como si también a él le hubieran implantado una parte minúscula de la energía terrestre.

Un poco antes de las diez, Murphy, parapetado tras sus gafas azules, está en la terraza del Bernardino's, con dos perros tiñosos tumbados al pie de la mesa.

¿Tú crees que vendrá?, le pregunta Vicky Laumett tendiendo las piernas al sol. ¿Cómo se llamaba?

Louis Blériot no sé qué. Nunca me acuerdo del nombre.

Quizá sea el fantasma del aviador.

En principio ya debería estar aquí, sigue él con voz imperturbable. Por desgracia no tengo su número de teléfono.

¿Y qué impresión te ha dado?

Bueno, evidentemente la situación era bastante particular, pero lo he encontrado bien, admite tras pensarlo un momento. Y me arrepiento de no haberle propuesto que se viniera a vivir a mi casa, en Islington. Me hubiera gustado hablar largo y tendido con él, y que un día fuésemos los dos juntos a visitar a Nora.

No sé si te lo he contado, pero Nora, ya desde Coventry, siempre suscita a su alrededor esos sueños de solidaridad triangular tipo *Jules et Jim*, tanto entre las chicas como entre los chicos.

Lo que es raro, observa ella mirándole de reojo, con algo en su mirada, algo tierno y azorado que a él le llama la atención.

A ésta, Nora también le ha debido costar cara, piensa.

¿Sabes que me voy a divorciar?, le dice ella bruscamente. Nuestra historia con David no funciona. Creo que llevo meses sin ser feliz ni un solo día.

¿No dices nada?

No, niega él con la cabeza.

Lo peor es que parece tan desamparado, tan infantil, que no logro separarme de él.

Murphy sigue sin decir nada.

Como surgida de una época lejana, tan muerta como Nínive, le vuelve la imagen de Nora caminando por el andén de una estación azotada por el viento, gesticulando con vehemencia.

¡Oh, la querencia humana, declama imitando el acento de la actriz

Helen Mirren, la terrible querencia humana, es inaudito lo que puede costarnos!

¿Por qué dice eso ahora? ¿A qué viene?

Era una estación en el País Vasco, cerca de San Sebastián —era la primera vez que viajaban juntos—, con paredes encaladas, una placita desierta y jardineras de adelfas. Estaban arrebujados en sus abrigos, tiritando al sol, esperando un trasbordo. Parecían felices. Sus dos sombras olían a principio de la primavera.

¿Por qué entonces él sigue encogido en su asiento sin decir nada, como si tuviera un presentimiento?

¿Sobre la querencia humana?

¿Le diste la dirección de Nora en Greenwich?

Sí, me dijo que iría por la tarde, responde con un tiempo de retraso como si contestase a Vicky por otra línea.

Dorothée dice que tarda dos horas en llegar desde una punta del piso a la otra. En ese estado no quiero verla, confiesa ella.

Vicky, si te apetece tomar algo, la interrumpe él, creo que será mejor que nos sirvan dentro.

¿Tú crees que tu aviador va a venir? pregunta ella consultando el reloj.

No, ahora estoy seguro de que no vendrá, responde sin mostrar ninguna emoción.

Lleva días viajando hacia Antilocura. Nora duerme tranquila a su lado, con las piernas en el asiento y la cabeza apoyada contra la ventanilla del vagón. Está maquillada y lleva una peluca rubia, probablemente para ocultar los estragos de la enfermedad. Porque ha envejecido diez años de golpe, como se envejece en los cuentos.

Una mañana se despiertan en un campo contiguo a la vía férrea, como si se hubieran caído del tren. A lo lejos unas colinas cierran el paisaje de praderas y de setos silvestres. De sus laderas al sol empiezan a elevarse bancos de niebla.

La hierba está alta y ellos avanzan alzando los pies, empapados en su ropa de verano —él no sabe por qué lleva una corbata negra—, mientras que a todo lo largo del camino los álamos susurran al viento, como dotados de sensaciones.

Él lleva un rato preguntándose: ¿Pero de verdad existe Antilocura?

Don't worry, be happy, le responde ella canturreando con una voz extraña, ligeramente desincronizada.

Blériot no dice nada pero le asombra que se porte con tal docilidad y despreocupación. No molesta nunca, no se toma nada a las malas y cuando hay que tomar una decisión confía plenamente en él.

De hecho está irreconocible.

A veces todavía cae en grandes silencios en que su mirada se apaga instantáneamente, pero ella dice que es una forma de economizarse a sí misma, y él asiente con aire de entendido.

No te preocupes, le tranquiliza ella, estoy contigo.

Tras cruzar un puente, llegan al lindero de un bosque, ante un gran jardín reseco por el verano, donde una joven con un rastrillo está quemando leña y hojas muertas.

Por su vestido bordado y la pañoleta azul anudada bajo el mentón deducen que debe de ser serbia o búlgara, y no se atreven a dirigirle la palabra.

¿Qué vamos a hacer en casa de esta gente?, cuchichea él, no sé en qué lío me estás metiendo.

Han aceptado alquilarnos la casita que está detrás de la suya, para el día en que tengamos un hijo.

¿El día en que tengamos un hijo?

Louis ¿tú quieres un hijo o no lo quieres?, se impacienta ella ante su expresión de incredulidad.

No lo sé, quizás sí, le dice para no contrariarla.

Mientras se quedan vigilando la fogata —la joven ha desaparecido — Nora le dice suavemente: ya ves, Louis, qué sencilla puede ser la vida y qué felices podríamos ser juntos.

Es verdad, podríamos ser felices, repite él percatándose de que está temblando de pies a cabeza.

Tras bajar del tren, Blériot se queda un momento en la ventosa plaza de la estación, con la chaqueta al hombro y el equipaje en la mano, casi sorprendido de que Nora no esté a su lado.

Ha ido allí para hacer algo concreto, ¿pero qué? Por culpa del sueño, le cuesta acordarse.

La responsable de la agencia de alquiler le explica pacientemente que su Opel negro se encuentra a la derecha, en la planta baja del parking, frente al hotel Continental.

Sobre todo cuando devuelva el coche acuérdese antes de llenar el depósito, le aconseja, mientras le entrega la documentación del vehículo.

Una vez al volante, empieza por aflojarse el cuello por el calor ambiental, luego baja el parasol y se mira un instante en el espejito, sorprendiéndose, una vez más, de lo mucho que se parece a su padre.

A la salida de la ciudad, justo antes de la zona comercial, gira a la derecha como indica el mapa y toma una calle anónima bordeada de edificios bajos y pabellones viejos.

En principio la clínica debería estar al final, del otro lado de la rotonda.

Pasa un rato esperando sentado en los bancos del hall, penosamente afectado por la vista del linóleo gris y las huellas de dedos en los cristales.

Es la habitación 28, segundo piso, le dice finalmente la recepcionista.

Al entrar en la habitación —las persianas están entornadas— primero ve a su madre vestida con una blusa clara y una falda negra, que le da la espalda sin parecer haberle oído.

Se mantiene de pie en medio del cuarto, con una mano agarrada al montante de la cama, y la otra en alto, aparentemente sosteniendo un pañuelo contra el rostro.

He venido lo más rápido que he podido, se excusa él besándola.

Luego sus pies le llevan hasta la cama.

Su padre, con la enorme venda de gasa alrededor de la cabeza y acostado bajo la manta, parece un herido de guerra. Está demacrado, tiene la nariz afilada, los ojos como carbones.

Parece a la vez muy joven y muy remoto, como si deliberadamente hubiera decidido cortar toda comunicación con ellos.

¿Ha dejado alguna nota?, pregunta Blériot escuchando el eco de su propia voz resonando en el cuarto.

Nada, ni una palabra, responde la madre, que de repente se pone a oscilar sobre sus pies como un péndulo, hasta que él la sostiene in extremis y la persuade de que se siente.

Un poco antes de mediodía le han quitado el catéter y apagado la máquina, continúa ella, desmadejada en su silla, mientras él mira a su

padre fijamente, con todas sus fuerzas, como para despertarlo.

Quizá en el momento en que estaba encaramado al parapeto y franqueando la verja de seguridad un gran viento de angustia apagó la llamita de su conciencia.

Quizá se rió. Quizá ya no era nadie.

¿Pueden dejarnos un momento? les piden dos asistentas entrando en el cuarto con un carro y alzando a pulso el cuerpo para cambiarle de lecho.

Durante unos segundos, los que tarda en llegar a la puerta y volverse, Blériot ve sin querer —de hecho no ve otra cosa— los testículos hinchados que le cuelgan entre las piernas.

Luego, demasiado tarde, cierra los ojos.

Tras una breve crisis de nervios en el lavabo, se remoja la cara y se queda un buen rato observándose en el espejo, chupándose las mejillas, y luego sale sereno, o por lo menos lo bastante dueño de sí mismo para llevar a su madre en coche como si ya se hubiera olvidado de su dolor.

Lo que no tiene nada de extraño —ahora el sol está en la horizontal—, porque el dolor no le olvidará.

Louis, por favor, no me dejes sola.

Aquí estoy, ya lo sabes, le dice él viendo ir a su encuentro un lienzo de luz de un intenso color naranja, y acelerando de repente.

A todos los que suelen verle por las calles de Niza, Blériot les parecerá un hombre más bien aburrido, inexpresivo y en cualquier caso curiosamente solitario.

Se le suele ver cerca de la plaza Masséna comiendo una ensalada y un pedazo de carne a la brasa, con una garrafa de vino. No habla con nadie y parece comer con una atención neurótica, con la cabeza metida en el plato, como si contase las calorías de los alimentos.

Luego camina por el paseo al sol con un paso relativamente elástico, vestido con una especie de chaleco con capucha de la que sólo asoman la nariz y el cigarrillo entre los labios.

A veces en el bolsillo interior del chaleco suena el móvil, pero raras veces se molesta en cogerlo, como si hubiera hecho voto de silencio. Sigue la orilla del mar, replegado sobre sí mismo, cruzándose con gente a la que no ha visto nunca y que no le interesa conocer, mientras a su alrededor se desarrolla la fiesta del verano en todo su esplendor.

Hace un año que vive en un pisito en una calle apartada, no lejos del Museo Jules Chéret, bonito museo inútil y desierto como a él le gustan, y en cuyos jardines pasa parte de la tarde leyendo la prensa.

Abajo, entre la trama de sombras, puede ver a las chicas de un colegio privado jugando al voleibol en short blanco y dorsal amarillo en el pecho, como en la época del Pop Art.

Cuando el calor amaina, vuelve a casa y sigue trabajando en sus tareas alimentarias, traduciendo algunas páginas sobre las hormonas adrenérgicas antes de permitirse un pequeño martini tempranero, y luego hace sus ejercicios de musculación, hasta que llegue Helena.

A consecuencia de una serie de malentendidos, hace dos o tres meses ella dejó su equipaje en su casa y decidió unilateralmente que estaban hechos para vivir juntos, y él no se atrevió a protestar, como si a fin de cuentas ella tuviera mejor criterio.

Helena es una estudiante de musicología en la universidad de Bucarest, que no conoce a Massenet —eso es lo que a él más le aflige —, pero tiene un montón de ideas sobre todo, en particular sobre el desarrollo ilimitado de la conciencia y las diversas formas de realización transpersonal.

Aparte de eso, es una persona tan reservada sobre sus sentimientos, tan poco expresiva, que Blériot ha renunciado a saber si le ama de verdad o no. La única vez que intentó abordar la cuestión con ella, de inmediato le puso la mano en la boca, y ya no volvió a insistir.

Además sobre estas cosas, como sobre todas las demás, ya no siente ninguna curiosidad.

Su interés desapasionado por los seres y las cosas podría pasar por una especie de sabiduría amarga o de fatiga de vivir, y merecer

reflexión, pero no tiene ganas de pensar y menos aún de discutir sobre eso con Helena.

Cuando ella termina de ducharse y se pone un albornoz, con los cabellos sujetos encima de la cabeza con ayuda de una gran pinza, él prefiere gratificarla con una copa de champagne en el balconcito. Se acodan los dos a la barandilla como para brindar por el sol poniente y se quedan así, hablando en voz baja, con la piel sonrosada y los sentidos despiertos.

Al salir de la cama, a veces vuelven a pasearse por Niza so pretexto de buscar un restaurante o la terraza de un café acogedor. A causa del calor que retienen las piedras de las calles, poco tardan en sudar, y se desplazan con una sensación de extrema lentitud en pos de un soplo de aire.

Louis, no tengo fuerzas para seguir hasta el centro, suele quejarse ella. Mejor sentémonos aquí. Además, ya no habrá tranvías.

Como quieras, consiente él encendiendo un cigarrillo.

Cuando regresan, sus vecinos italianos han vuelto a convocar a un montón de amigos en torno a la piscina y suena la música a tope.

A menudo, para no parecer un par de amargados, Blériot y su compañera aceptan tomarse una copa o dos con ellos, y luego suben muy formales a acostarse —Helena da clases a las ocho, les dice— y se duermen pies contra cabeza como dos niños en noche de revellón.

Es tu móvil, le grita ella desde el cuarto.

¿Hola? ¿El aviador?

Es usted, dice Blériot.

Estoy en casa de unos amigos, al final de Brooklyn, le anuncia Murphy, son las seis de la tarde y en el jardín estamos a treinta y un grados Celsius.

Blériot reconoce su voz de bajo, rápida, nasal, muy americana. Se lo imagina sentado en la veranda del jardín, con sus piernas de gigante y sus gafas de color, rodeado de una pandilla de perros sin dueño.

Le creía aún en Londres, se excusa, pensaba telefonearle un día de estos para que me diese noticias de Nora.

La última vez que la vi antes de marcharme a Filadelfia, responde, ella iba a pasar una temporada en casa de su hermana en Cornuailles. Me pareció que estaba mejor, por lo menos más estable, menos agitada. ¿Y usted, dónde está?

Tengo la impresión de no estar en ninguna parte, confiesa Blériot. Estoy en Niza, pero también podría estar en Túnez o en Dakar.

Estoy seguro, responde el otro, en un suspiro de simpatía, de que usted también la echa de menos. ¿Le guarda rencor por no darle nunca señales de vida?

Louis, un día las almas se reconocerán y todo estará bien, dice

Murphy, riendo, mientras se oye el rugir de un avión en el cielo de Brooklyn.

¿Usted cree?

Claro que lo creo, dice sin parar de reír. También ella tenía motivos para guardarme rencor a mí, y estoy seguro de que ya los ha olvidado.

Quizá tiene usted razón, admite finalmente Blériot, consciente de que el otro posee una madurez que él nunca tendrá.

Ahora se ha sentado en el balcón, en la oscuridad completa —Helena ha vuelto a dormirse—, con el ordenador en las rodillas. Se esfuerza en trabajar unas horas con la esperanza de recuperar un mínimo de estabilidad existencial y de paso despachar el artículo médico.

La noradrenalina, traduce —así que existe, no se la ha inventado —, es un compuesto orgánico, secretado a nivel de las glándulas suprarrenales, que funciona como neurotransmisor en los órganos efectores.

La noradrenalina, sigue tecleando, actúa muy poderosamente sobre los receptores alfa e interviene de manera determinante en el proceso de los sueños y de las emociones.

Él hace años que lo viene diciendo.

De un día para el otro, la estación ha cambiado. Por la mañana, nada más levantarse, se apresuran a hacer recados entre chaparrón y chaparrón.

Mientras Helena entra en las tiendas con el paraguas en la mano, Blériot, encerrado en el coche, escucha la radio y observa la tormenta acumulando fuerzas sobre el mar.

Una lluvia interminable, opresiva, cae continuamente sobre la región, inundando las carreteras y desbordando ríos y rieras, donde se ahogan personas y animales. Los autobuses ya no circulan y el cierre de la autopista aumenta la sensación de desorganización general.

Desde hace dos semanas ellos pasan los días sin salir del piso, como fugitivos o clandestinos que han cortado con el pasado, que dan vueltas sin saber qué hacer, mirando la lluvia que riela en el balcón.

Es tal su pasividad que no les queda más que repetirse las mismas cosas de la mañana a la noche, cada uno fijo en sus construcciones mentales y su sensación de aislamiento.

A ver si se reanudan los cursos de una vez, repite ella continuamente.

Qué agradable.

A veces ni siquiera se dicen nada y se quedan la tarde entera jugando a las cartas y bostezando cara a cara como dos gatos neurasténicos.

A veces, por la noche, cuando Helena está tumbada en la cama

viendo la televisión, Blériot se sienta a su lado, con esa necesidad pueril, imperiosa, de empujarla a sus últimas trincheras hasta que ella misma se desnuda para que la deje en paz.

Luego se duermen dándose la espalda.

En cambio otras veces, cuando posa los ojos en ella —está dando vueltas por el piso—, se queda emocionado por su belleza y su fragilidad, y desea de todo corazón que las cosas entre ellos se arreglen.

Cuando ya debería saber que nunca se arregla nada y que probablemente será siempre un hombre sin mujer y sin descendencia.

El lunes 9 de octubre —primer día de buen tiempo— la acompaña al aeropuerto arrastrando su gran maleta con ruedas por las calles desiertas. Va a pasar diez días en París antes de regresar con su familia, cerca de Bucarest.

Seguro que nos volveremos a ver dentro de unos meses o dentro de unos años, le dice ella, riéndose cuando él tropieza con la maleta.

Personalmente, él preferiría dentro de unos meses, le confiesa, asombrado de disponer aún de las dos piernas y la sonrisa para avanzar. Porque ya no se hace muchas ilusiones.

Mientras ella detalla las diferentes personas con las que tiene que verse en París —entre ellas un tal Emil del que ya le ha hablado varias veces—, Blériot ve al final de las pistas de despegue el mar compacto, que brilla al sol, y se frena, sin oír nada más, como si misteriosamente hubiera recuperado el poder de detener el tiempo.

Cuando vuelve en sí, todo ha terminado ya.

Está en un autobús, ella le grita algo que no oye, de todas maneras él le hace un ademán y ella se aleja en la dirección contraria, con el rostro ligeramente de perfil, encogiendo poco a poco en la profundidad del final de la tarde.

Al cabo de un año —aunque parece que siga siendo el mismo final de la tarde— Blériot está sentado en su balcón, con la cabeza protegida con un sombrero de paja y el ordenador sobre las rodillas. Habla por teléfono con su madre —que está en casa de su hermana, en Clermont—, y luego cuelga, prometiéndole que la volverá a llamar.

Luego, pese a todos sus esfuerzos, no para de adormilarse sobre la traducción, como si volviera a padecer de narcolepsia. Abajo en el jardín se oyen intermitentemente los gritos excitados de las voleibolistas.

Cada vez que se le cierran los ojos y deja caer la cabeza, vuelve a ver a su mujer cantando en el salón de su piso de Belleville —él se ha escondido en la escalera— *You shot me down, Bang bang, I hit the ground*.

Y su voz resuena en ese instante de manera extraordinaria en el escenario de su memoria, como amplificada por la distancia.

Hace unos meses, al consultar su cuenta, Blériot se dio cuenta de que ella le había ingresado un giro de cinco mil euros. Naturalmente, le envió un pequeño mensaje de agradecimiento, y ella le respondió sin extenderse mucho que momentáneamente había dejado París por razones ligadas a su trabajo.

A la semana siguiente, ella le envió dos artículos que había escrito sobre Michelangelo Pistoletto, y dejó de emitir definitivamente, no respondiendo a ninguno de sus mensajes, como un satélite perdido en la atmósfera.

Sólo le queda esperar que algún día la ciencia, gracias al invento de una nueva molécula, le restituya minuto por minuto el recuerdo de sus días de felicidad —porque tuvo que haberlos—, con sus miles de pequeñas percepciones, que si no desaparecerán para siempre, confundidas con el fondo oscuro de su vida.

Además hace ya algún tiempo que Blériot se dio cuenta de que le gusta el pasado. No su pasado: el pasado en sí.

La radiación lejana del pasado.

Cuando cae la noche, las palmeras sacudidas por el viento marino se ponen a arañar los postigos. Enfrente, los vecinos han encendido las luces de la piscina y han puesto música.

Por unos instantes Blériot tiene la impresión de vivir en suspenso, retirado del mundo, con el corazón libre y el espíritu alerta —como le gustaría estarlo siempre—, hasta que suena el teléfono.

Vuelve a ser su madre.

Louis, hay algo que antes no me he atrevido a preguntarte: ¿sigues viviendo solo?

Sigo solo. Pero no te preocupes, no estoy mal, la tranquiliza sintiendo los impulsos de su hemicráneo difundiéndose sobre el lado

derecho, desde el área encima de la oreja.

Esto le obliga a interrumpir la conversación y a tomarse dos comprimidos de Antalvic, con un poco de Valium.

Aplacado el dolor, pone una vieja película de Sam Wood, se envuelve en una manta y se adormece, con los pies cruzados sobre la mesa, esperando que Ingrid Bergman, joven, con aquellos espléndidos tirabuzones que tenía, le haga un poco de sitio a su lado.

Por la mañana, Blériot tiene la impresión de emerger de la nada, se pregunta de golpe si estamos en el 2009 o en el 2019, y al salir de la cama se cae al suelo como si cayese desde un quinto piso.

Se queda unos instantes extendido en diagonal sobre la alfombra, apretándose con las manos la cabeza, sintiendo en la boca sabor a sangre.

Un breve examen ante el espejo del cuarto de baño le confirma que se ha partido el labio inferior, tiene dos incisivos rotos y varios hematomas en la frente que evidentemente se apresura a limpiar y vendar.

Pero cuando se trata de alzar los brazos y vestirse, no le queda más remedio que constatar —en medio de su embrutecimiento, mantiene una paradójica lucidez— la inquietante rigidez de sus movimientos, y su falta de coordinación.

Sin saber si tiene que achacar el estado en que se halla a la adicción al alcohol y al Valium, o bien a una oscura enfermedad degenerativa.

Sobre este asunto Blériot recuerda que después de un colapso las inyecciones de noradrenalina —siempre está volviendo a eso— tienen el objetivo de provocar un alza de tensión instantánea y evitar así un desequilibrio letal.

Claro que tendría que tener noradrenalina en su botiquín, y no es el caso.

Cuando sale el aire le parece pesado y casi húmedo como antes de una tormenta, mientras avanza a pasitos por el paseo marítimo, respirando concienzudamente y sentándose con regularidad en los bancos, por miedo a sufrir otra crisis en medio de la gente y del tráfico ensordecedor.

Entonces le llama la atención una enorme nube luminosa y llena de pliegues que procedente de las colinas del interior se queda suspendida sobre la ciudad.

Sus formas humanas son tan explícitas, tan chocantes —se ven claramente un hombre y una mujer— que a Blériot le extraña que los padres no obliguen a los niños a apartar la vista.

En vez de eso, hay cientos de ellos amontonados en las playas, en bañador y gafas de sol, todos mirando hacia el mismo sitio.

Más tarde, cuando él sigue sentado en el banco, sin atreverse a

moverse, porque cada vez le duele más la cabeza, Blériot ve de repente, con un brote de angustia, una segunda nube luminosa suspendida sobre ellos como un platillo volante.

La gente en la playa se ha quedado silenciosa, apretados unos contra otros, con la mano haciendo de visera sobre las gafas como para protegerse de la luz del futuro.

Y en este instante, lentamente, el cuerpo inclinado hacia atrás —lleva su corbatita negra y va calzado con las Converse— él empieza a deslizarse del banco.

Aunque naturalmente a los ojos de los demás cada uno de nosotros existe con una sola forma y un solo estado —con una sola vida biológica—, en términos de probabilidad cuántica las cosas son muy diferentes. Porque el universo se subdivide en infinitos mundos simultáneos.

En este caso, inevitablemente existe un mundo, como con el gato de Schrödinger, en el que Blériot ha muerto de accidente cerebral, y otro en el que sigue vivo.

Y además está sentado en su cama, en su casa, a dos pasos del parque de Les Buttes-Chaumont. Debido a su metabolismo al ralentí, ya apenas sale de este piso que le dejó en herencia Léonard, y en el que las cajas de pizzas y recipientes de comida china se amontonan por todas partes.

Se pasa la mayor parte del día en un estado semiletárgico, reaccionando sólo a veces al timbre del interfono: señal de que algunas de sus terminaciones nerviosas aún mantienen cierta vitalidad.

¿Louis Blériot sigue viviendo aquí? pregunta alguien en el interfono.

Soy yo, se sobresalta, sin saber que abre la puerta a un universo paralelo.

Y entonces se encuentra en el descansillo cara a cara con Nora Neville, que lleva un vestidito veraniego y se cubre con un sombrero acampanado que le oculta un poco la mirada.

¿Me reconoces? le dice, sacándose el sombrero.

Por de pronto ella le parece sin edad, de una belleza fija y casi inquietante, que evoca la de los prototipos o las imágenes tridimensionales.

Como hace mucho calor, han pasado a la cocina para beber vino fresco, él apoyado en la ventana, ella sentada en un taburete como en la época de Les Lilas.

Claro que se puede pensar que cada uno de ellos tiene su propia idea sobre lo que les está pasando, pero prefieren guardársela.

El caso es que apenas se hablan, y se contentan con vaciar los vasos, sonriéndose con aire pánfilo, como dos tontitos.

En el mismo instante, como si estuviera en otra parte del mismo piso, Murphy Blomdale está esperando que la misma Nora termine de prepararse —volvió a instalarse en Islington— y que cuelgue el teléfono de una vez.

¿Te acuerdas de Tyron?, le dice ella llevándole hacia el salón. El amigo de mi hermana que nos invitó la primera vez al campo, la llamada era suya.

¿Te acuerdas, por lo menos, de aquellas cervatillas que nos

espiaban desde el seto cuando fuimos al estanque? ¿Y de los kilos de cerezas que Max Barney trajo en la moto?

Me acuerdo perfectamente, responde él, siguiéndola dócilmente de cuarto en cuarto, como si con el pensamiento volviesen a las ruinas de sus emociones.

¿Piensas trabajar mucho tiempo más en Estados Unidos?

No lo sé, dice él, depende de un montón de cosas. Pero de todas maneras, tú te puedes quedar aquí, si quieres.

Al anochecer, cogen un taxi hasta Rotherhithe y pasean por la orilla del Támesis, mientras Nora sigue desgranando dulcemente sus recuerdos y Murphy, parapetado tras sus gafas azules, silba melodías de Phil Collins, y los relámpagos ametrallan el paisaje, los tejados, los coches, los puentes y a los paseantes que cruzan los puentes. Todo está iluminado.

En este universo vertiginoso, en continua expansión, hay también un mundo superpuesto a los otros donde Nora siempre ha estado sola. Un mundo en el que actuó en dos o tres películas que nadie ha visto, y al final se lió con su psiquiatra, un hombre muy gordo, vagamente estafador, recientemente reciclado en el corretaje de vinos.

Viven en la región de Toulouse, en una especie de gran mansión con vidrieras, donde ella entretiene sus días de mujer abandonada jugando con los gatos y leyendo novelas policíacas.

Nunca ha oído hablar de Leibniz.

Tiene poco más de cincuenta años, el rostro un poco abotargado, lleva gafas negras y faldas muy cortas, e interiormente sigue teniendo diecisiete o dieciocho años.

En un universo paralelo a éste, está tan joven al lado de Blériot que parece su hija, mientras circulan al anochecer entre campos de trigo maduro, hundidos en tal desamparo, en tal silencio —están a punto de separarse— que parecen dos astronautas muertos dando vueltas alrededor de un planeta rojo.

Y bueno, también es probable que haya una infinidad de universos en los que ni el uno ni el otro han existido nunca.

La vida es breve y el deseo infinito
Patrick Lapeyre
Título original: *La vie est brève et le désir sans fin*
© de la imagen de la portada, Gordon Parks / Getty Images
© P. O. L. éditeur, 2010
© de la traducción del francés, Ignacio Vidal-Folch, 2012
© Ediciones Destino, S. A., 2012
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2012
ISBN: 978-84-233-4302-7 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com